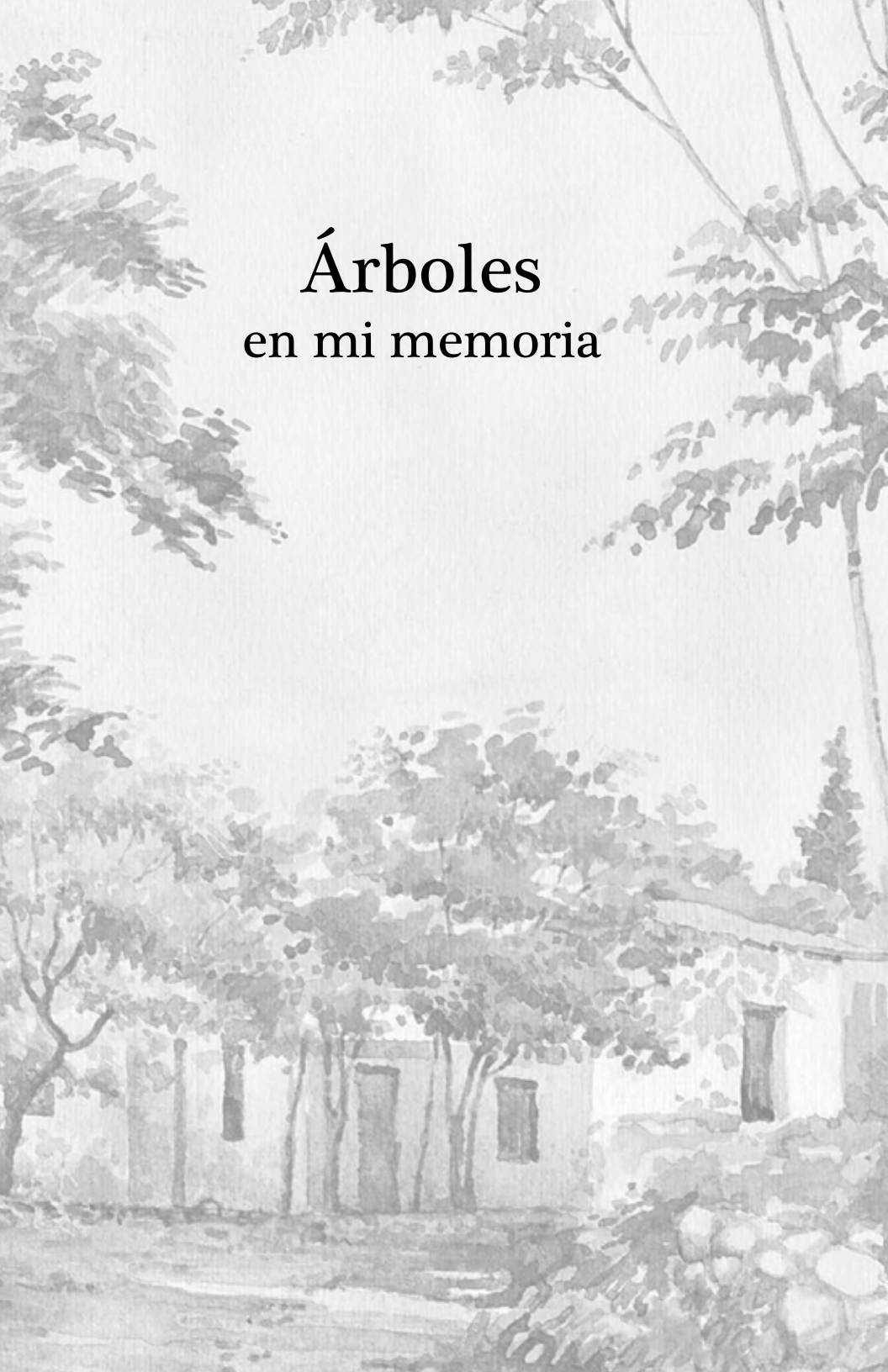

Árboles
en mi memoria

Gobierno del Estado de Chihuahua

Javier Corral Jurado
Gobernador Constitucional

Érika Mireya Mendoza García
Secretaría de Cultura

Raúl Manríquez Moreno
Director General de Políticas
Culturales y Artísticas

Enrique Alberto Servín Herrera
Desarrollo Cultural

Gisela Iliana Franco Deándar
Programa Editorial de
Gobierno del Estado

Árboles
en mi memoria

Martha Estela Torres Torres

Chihuahua
GOBIERNO DEL ESTADO

SECRETARÍA
DE CULTURA

Árboles en mi memoria

Primera edición: 2017
Secretaría de Cultura

Imagen de portada:

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluidos fotocopia, grabación magnética o cualquier sistema de almacenamiento de información o de recuperación sin permiso por escrito del autor y de la editorial, en los términos de la Ley Federal del Derecho de Autor, y en su caso de los tratados internacionales aplicables.

Derechos reservados, 1a. edición, 2017
© Martha Estela Torres Torres
© Secretaría de Cultura de Chihuahua
Avenida Universidad y División del Norte
Chihuahua, Chih., México. CP 31200.
Teléfonos: (614) 214 48 00 y (614) 4131792

ISBN:

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

Uno no es lo que es por lo que escribe, sino por lo que ha leído…

Jorge Luis Borges

Escribo para evitar que al miedo de la muerte se agregue el miedo de la vida.

Augusto Roa Bastos

Siempre digo que soy un poeta que además escribe cuentos y novelas. También me siento cómodo con el cuento, aunque me da mucho más trabajo. Un poema lo puedo escribir en un avión, durante un fin de semana o mientras espero al destino, en cambio un cuento me puede llevar años.

Mario Benedetti

Agradecimientos

A la Secretaría de Cultura, mi casa editora de muchos años

A Gisela Franco, Lety Carrillo y amigos

A mi gran familia Torres y Moctezuma

Al Dr. Antonio Flores Salas

Al maestro Luis Nava

Al Dr. Jaime Nubiola

Prólogo

Antes de la escritura solo existía la comunicación oral. La memoria era el gran repositorio del conocimiento. El saber milenario se transmitía de viva voz en las comunidades. Por supuesto que con el tiempo y la vida sedentaria de los grupos humanos, los conocimientos se fueron especializando y dieron origen a expertos en saberes y técnicas concretas. La cultura se pasaba de generación en generación a través de narraciones que explicaban el qué, quién, cuándo cómo, dónde y por qué de la naturaleza, de los astros, del universo, de los animales, de ellos mismos. Las narraciones, la palabra, tenían un valor absoluto para las comunidades, por ellas se regían en todos los ámbitos de la vida cotidiana.

La narración está en nuestras raíces más profundas. El hombre es narración por condición natural; aprendemos a través de historias que nuestros padres aprendieron de la memoria de generaciones anteriores. Además, nosotros somos parte de un relato que se va haciendo y va girando en el engranaje de los millones de cuentos que son nuestras vidas, tan diferentes, tan semejantes.

En la historia oral remota de las culturas siempre aparece un personaje singular: el narrador. Un personaje que generalmente en las noches, reúne a un grupo (mujeres, hombres, jóvenes, niños) alrededor de una fogata con el fin de contar algo, resulta importante dentro de la comunidad, porque tiene memoria, dotes de actor y voz seductora que atrapa a los oyentes. Les cuenta las historias que también él escuchó de niño y, por supuesto, otras que él ha vivido en forma extraordinaria. El auditorio se encanta con el narrador y sus

historias: evoca, sueña, aprende, ríe, llora, mientras el sol de la hoguera se va extinguiendo…

Árboles en mi memoria y otras narraciones es parte de aquel fuego que toma vigor con la cultura escritura, un nuevo aliento que sopla para encender un ritual similar y contar las historias de siempre; es decir, los misterios del hombre y del universo, del principio y del fin. Cantos sin respuestas, enigmas eternos que llevamos a cuestas en las voces y páginas de nuestra humanidad.

En este libro nos acercamos a las historias escritas que la narradora Martha Estela Torres urdió con el fin de llegar a los lectores para encantarnos con el silencio de las grafías, de las palabras, de las frases, de los párrafos de historias completas. La palabra escrita debe gritarnos a pesar de su mudez, debe agitar nuestras emociones sin que se escuche la música ni aparezcan escenarios o personajes que podamos ver con los ojos. No se reciben los olores, ni percibimos sensaciones, sin embargo esta propuesta narrativa escrita es capaz, no únicamente de potenciar nuestros sentidos, sino nuestras emociones y nuestra inteligencia. Un gran reto que solo puede resolverse ordenando las palabras de tal manera que produzcan el efecto que deba producirse. Lo bueno es que hay una rica y abundante tradición y nunca se comienza de cero.

Este libro está ordenado en tres partes, la primera corresponde a narraciones de la vida cotidiana, historias sencillas, pero impregnadas de intenciones que superan la anécdota. En general son narraciones vivaces, alegres, de rostro amable y optimista de la vida. Aunque algo se cuela de agridulce, pues es muy común que gocemos con algunas desventuras de los otros. En este apartado el discurso se da, en buena parte, a través del diálogo continuo que dicho sea de paso, la autora

maneja con soltura y efectividad. Entramos con naturalidad en las pequeñas historias escuchando en verdad, los dimes y diretes de los personajes, y sonreímos con sus tragedias cotidianas. Por ejemplo en el cuento que abre el libro "Plegarias", un niño ordena molesto:

—*Quiero estar a solas con Dios, váyanse. ¿Qué me ves? Necesito estar a solas con Dios.* Ya verá el lector el porqué de la necesidad del pequeño por hablar con Dios a solas.

Este apartado tiene 12 cuentos, y deseo comentar "Bungee", una narración tan entretenida y amena como terrorífica fue para la protagonista. Con mano diestra se describe el tortuoso itinerario de una joven que acompañada de sus amigas quiere experimentar el reto de vencer su miedo y arrojarse al vacío. El cuento muestra los momentos de duda, de emoción, de miedo que atenuados con momentos de humor, nos mantienen pendientes del desenlace.

"Punta diamante" es un juego de voces entre el chofer de un autobús urbano y un matrimonio de edad que viajan en busca de una dirección en la zona costera de Acapulco. El viaje se convierte en una verdadera comedia que trae a la memoria ciertos aspectos de la vida en el D.F. que mostrara en su tiempo Gabriel Vargas en "La familia Burrón." Gritos, frenadas, reclamaciones, insultos, y más de estos personajes que tienen una cita y cada uno lucha por llegar a tiempo. Una narración ágil y divertida.

En la segunda parte, la temática es más bien dramática y cercana a la propia autora. Aquí la propuesta es acompañarla al mundo real cotidiano del trabajo, de los sueños, del amor, los recuerdos y algún asunto anecdótico y gracioso. Son dieciocho cuentos donde encontramos puntos de vista íntimos, de crítica social, del trabajo del maestro, de las penurias del artista y del mundo cultural en la actualidad. De estas narra-

ciones quiero regalarles un fragmento del cuento "Canto a la vida", tan lleno de amor y de nostalgia:

Era feliz, no había duda. La felicidad se trasparentaba en la fineza madura de su piel. Se llamaba Aurora y tenía más de setenta años. "Era feliz" decía mi madre cuando la recordaba en las pequeñas dimensiones de su vivienda: un cuarto dividido en dos piezas. El techo era de lámina como la mayoría de todos los techos de las casas de ese pueblo minero.

En este mismo apartado se encuentra la narración que da título al libro *Árboles en mi memoria*, un homenaje al trabajo del hombre de campo y una fuerte crítica al sistema agrario que castiga el noble trabajo de los fruticultores que después de atender con cuidado cada estadio hacia la maduración del fruto, además de las imprevisibles contingencias meteorológicas se encuentra atrapado en la urdimbre perfecta que comercializa el producto a su antojo, con el miserable precio que ofrecen al productor que ha invertido tanto. Un vistazo acertado al mundo de quienes luchan y se esfuerzan por seguir con sus sueños y su gran amor a la tierra. Estas son las primeras líneas:

Sí, señor, yo sembré muchos árboles de manzana. Mire, usté, los regué durante mucho tiempo con unas pequeñas mangueritas hasta que dieron sus primeros brotes, los cuidé día y noche durante muchos años. Cuando germinaron los aboné cien veces por más de diez años y los protegí de las plagas y de los animales que entraban al sembradío. Mis manzanos maduraron pronto, si usted los hubiera visto… Crecieron fuertes, hermosos y florecieron antes de la primavera…

En la última parte, la temática de los cuentos nos lleva a una dimensión desconocida. Relatos de transgresión de la realidad, de locura, de obsesiones… Es un paseo por los sueños y el inconsciente. Son fantasmas que habitan ocultos en la oscuridad de nuestra humanidad, y se asoman con la magia de

la escritura a mitad de la noche o a plena luz del día. De esta sección quiero referirles un fragmento del cuento "Visiones":

Un zarpazo de llamas me despierta, siento olas de fuego que abrasan mi cuerpo cuando trato de incorporarme. El sudor empapa mi ropa y solo alcanzo a distinguir objetos, destellos de intensa luz, círculos de diferentes dimensiones que se reproducen constantemente. El vértigo empieza a dominarme y ya no puedo sostenerme en pie, sin embargo hago un gran esfuerzo apoyándome en los muebles para caminar.

Por todo lo anteriormente descrito los invito a leer *Árboles en mi memoria* porque tiene una propuesta variada y es una prosa que ha madurado en el ejercicio disciplinado, formal y apasionado de la autora que, dicho sea de paso, tiene una amplia obra tanto en narrativa como en poesía. Siempre es estimulante acompañar el trabajo de escritura como este que ahora solo espera al lector, quien finalmente enriquecerá el texto y estimulará la creación.

Luis Nava Moreno

PRIMERA PARTE

Plegarias

Quiero estar a solas con Dios, váyanse. ¿Qué me ves? Necesito estar a solas con Dios.

—Claro, Arturito, pero cuidado con tu vela, no la agarres, déjala en la base.

—Que quiero estar a solas con Dios, ¿no entiendes?, déjame estar a solas con Dios. Vete de aquí.

—Bueno, pero no contestes así. Ya están todos en el atrio, no te tardes. Van a servir el desayuno.

—Que tengo que hablar a solas con Dios. Vete, pues.

La coordinadora de catecismo se aleja, camina hacia la salida y de reojo mira al niño, hincado frente a la imagen de la cruz, inclinando su cabeza sobre las manos juntas en señal de devoción.

—Oh, Dios. Oh, Dios –pronuncia en voz baja– te pido que todas las películas de *Star wars* las pongan en español, no quiero que estén en inglés, no me gusta el inglés. No quiero leer, quiero que estén en español, que sean en español.

También te pido que para el día de mi cumpleaños me regalen un celular, pero que no sea Motorola, porque los Motorola son muy chafas. Te pido, oh, Dios que no sea Motorola, que no sea Motorola.

También te pido que pongan en mi casa el Dish, que cuando llegue a mi casa ya esté el Dish, el Dish, ¡el Dish! No se te olvide el Dish… ¿Qué me ven? Quiero estar a solas con Dios. Váyanse. Oh, Dios te pido que me escuches ahora que no hay nadie, tú que todo lo puedes, concédeme el Dish, el Dish…

Mi mamá dice que tú escuchas a los más necesitados. ¡Concédeme lo que te pido!

***

—Las velas. Se prendieron todas las velas y arde la mantilla del altar, ¡maestra!

¿Ontán todos*?*

La dueña de la casa está regando el jardín y se entretiene embelesada, mirando la luna que a esas horas de la noche se impone como un faro ambulante en la oscuridad. Sus pensamientos vuelan hacia aquellos días felices de su juventud.

Un vehículo se detiene frente a la casa, del lado del copiloto baja un hombre que empieza a caminar con dificultad entrecruzando sus pasos; por instantes se va de lado, pero se recupera de inmediato orientándose hacia el jardín, se vuelve a ir de lado y avanza zigzagueante tratando de enderezase para recuperar el equilibrio. Acaricia de pasada al perro que sale a recibirlo meneando graciosamente la cola.

—Hola, whisky…

Sigue adelante trastabillando, llega frente a la casa y encuentra la puerta abierta, entra reconociendo en la penumbra la distribución de las piezas, pasa el recibidor, y en la estancia tira sin querer varios objetos de la repisa. Sin preocuparse por ello se dirige apurado al baño, después de varios minutos sale abrochándose a medias el pantalón, y asciende con dificultad los primeros peldaños de la escalera.

Se detiene en el descanso para calcular bien la distancia y retomar su ascenso, mirando con pesimismo los escalones que faltan, e intrépido toma aire para alcanzar la cima, tambaleante asciende la inclinada pendiente sujetándose del barandal. Al sentir que se va hacia atrás, se sobrepone como puede al vaivén instantáneo en un acto equilibrista recuperando milagrosamente su estabilidad. Se detiene al término de la escalinata y avanza unos pasos más, y por fin, agobiado por el esfuerzo llega a la recámara principal.

Se detiene de golpe cuando ve que su vecino está acostado en su cama, mirando cómodamente su televisión y empieza a balbucear… *Pos, pos*… –se escucha su voz templada por el aguardiente:

—*Pos, ¿ontán* todos? —interroga confundido.

—¿Cómo que dónde?… Pues en su casa –responde el dueño con desagrado, levantándose de inmediato por la presencia inesperada del vecino en estado inconveniente.

El hombre ebrio se da cuenta que está equivocado y ladeándose de un lado a otro intenta justificarse…

—*Pos* es que… la casa es igualita, el perro es igualito, la sala es igualita, la escalera es igualita, la cama también es igualita, la televisión es igualita y *pos* mi señora tam… –interrumpe al no ver a su mujer, y se acerca a observar una fotografía colgada en la pared, y después de una intensa contemplación se da cuenta que la mujer de la fotografía no es su esposa, entonces se fija en el hombre que la abraza y expresa sin remedio:

—¡Ah, *jijo*, tampoco soy yo! *Pos ¿ontán todos?*

Bungee

Con cariño para Ale

Dorita, una de mis mejores amigas padece de claustrofobia debido a los castigos y encierros que le impusieron en su niñez. Su tía Aura la encerraba en el ático y no la dejaba salir a la calle, así creció llevando una vida llena de miedos. Ahora tiene interés en superar sus traumas, así que ha ido a que le lean el tarot, el café y las cartas porque quiere saber si en el futuro podrá ser distinta.

Sus terapeutas le han recomendado que haga cosas extraordinarias para aumentar su valor, por ello en estas vacaciones a Cancún se propuso fortalecer su voluntad, y en un acto firme y determinante decidió enfrentar la fuerza de gravedad y lanzarse en bungee: el juego intrépido en el cual los jóvenes superan toda clase de temores retándose a sí mismos. Sus amigas le decíamos: "No, Dorita, no te subas, no te vayas a fracturar las cervicales." "Claro que lo haré, tengo que demostrarle al mundo que puedo –afirmaba Dorita temblando de miedo– tengo que superar mis miedos –repetía, decidida a tirarse al abismo". "Ándele pues, seño –ordenaba el operador– *¿pos* qué no ve que tengo clientes esperando?" "Ya voy, ya voy, nomás agarro un poco de fuerza –contestaba Dorita, inventando pretextos– ya mero, ya mero; mejor después del joven –argumentaba para darse tiempo. Mira, primero pásale tú." "Te vas romper el cuello Dora, yo que tú no me tiraba –le gritaba Olivia desde abajo." "Ay, como son, ustedes no me ayudan, de veras, necesito demostrarme que soy capaz de esto y de más." Respondía Dorita en la orilla de la plataforma, mirando nerviosa y fijamente hacia

el fondo del precipicio donde se veía la piscina del tamaño de una avellana.

Así duró nuestra amiga casi una hora pensando si se tiraba o no; por momentos afirmaba convencida que ya estaba lista, pero de inmediato pedía un minuto más: "Espéreme tantito señor, verá usted que ahorita sí me tiro de verdad, pero mientras que pase la siguiente muchacha; a ver tú, tírate y luego me dices qué se siente." Dorita se mantuvo así, pretextando lo mismo hasta que todo el mundo se empezó a cansar." "Ya Dora, mejor vámonos, al cabo ni te decides –le ordenamos las amigas trepadas en la escalera, aburridas e impacientes." "Oiga señorita, hágase a un lado, ya me está espantando a la clientela; mejor váyase a otro juego –reclamaba, molesto el encargado." "No, señor, por favor, ahora sí de veritas ya me voy a tirar de una vez por todas: mire, en este mismo instante me lanzo, no faltaba más." "¿En serio? –preguntó el empleado– porque es la última vez que la alisto ¿oyó? –advirtió irritado– apretando de mala gana las correas de seguridad sobre el abdomen flácido y protuberante de nuestra querida Dorita, quien ya estaba con la frente y las manos sudorosas mientras suplicaba– ¿Júreme, pero júreme señor, por su madrecita santa que no me va a pasar nada. Júreme, júreme que no me voy a matar?" "Chale, seño, ya no la haga tanto de tos –contestó el ayudante." "Ahora si vas a ver lo que es adrenalina pura –le gritó un curioso que ya tenía rato gozando del espectáculo desde el palco de la mujer serpiente."

Por fin, Dorita alcanzó una concentración budista, utilizó todo el dominio de sus procesos mentales y sus prácticas de meditación zen, recurrió a los avances de inteligencia emocional adquiridos en los últimos meses y olvidándose de sus malos amores y del mundo entero se dejó caer en el aire, se clavó en picada como si hubiera tropezado de frente, el pelo

se le erizó cuando se fue al vacío como un saco pesado y sin costuras. Con la cabeza torcida iba directamente a la piscina, pero a esa distancia se veía tan pequeña que Dorita aterrorizada empezó a gritar: "Ahí no quepo, claro que no quepo –después cerró los ojos y como último recurso se encomendó a Dios y a todos los santos del último cielo ¡Virgenpuramadredelverboencarnado!" Solo eso alcanzó a rezar, porque su cuerpo giró como trompo y el aire la sofocó por completo, sintió que las vértebras se le desprendían una a una y después todas al mismo tiempo cuando la liga sacudió su cuerpo y se estremeció. Sus piernas y sus brazos se extendieron hasta descoyuntarse, sus ligamentos, tendones y nervios adquirieron la rigidez de los muertos.

Aún consciente, trató de enfocarse en plena caída mortal, y activando más su concentración confió en que su tormento terminaría con la velocidad del rayo al disminuir la distancia entre el cielo y la tierra, y que la calidez del sol aliviaría finalmente sus pesares, y que pronto, muy pronto, por la gracia de un milagro divino concluiría con éxito su desafiante aventura.

Por una fracción de segundos quedó suspendida en la atmósfera con la matriz al revés, pero la fuerza del viento y la elasticidad de la cuerda la mandaban de un lado a otro sin cesar; parecía en la lejanía un enorme péndulo redondo, oscilando en un abismo sin fin. El estómago se le contrajo de tal manera que pensó que se le iba a reventar y la vista se le nubló por completo cuando intentó enfocar un punto. No pudo contener la náusea y expulsó diferentes mezclas de alimentos con los jugos gástricos fermentados por la tensión nerviosa.

Apenas se le estaban acomodando las vísceras cuando la jalaron para el ascenso y entonces se incrementó el vaivén y el mareo hasta dejarla desfallecida y sin fuerzas. En ese mismo

instante, por un acto de magia se produjo inesperadamente el milagro de conversión, arrepentida de todos sus pecados se dispuso a la reconciliación y a establecer la paz con el universo y fue entonces cuando rendida entregó su alma a Dios con un profundo suspiro y se desvaneció suavemente como un pajarito de noventa kilos.

Con gran dificultad lograron subirla entre varios hombres corpulentos, y la pusieron en la base de la plataforma para auxiliarla, pues ni siquiera podía abrir los ojos menos valerse por sí misma, parecía como si una locomotora le hubiera pasado por encima. Un hombre conmovido, intentaba darle agua y le soplaba para que recibiera más oxígeno, según él, y otro, más generoso, desajustó su cinturón permitiendo que sus masas corporales se liberaran y pudiera respirar profundamente, activando su circulación amorcillada.

Nosotras, sumamente preocupadas por nuestra querida amiga, subimos hasta la plataforma y nos arremolinamos junto a ella tratando de volverla a la realidad; la tomábamos de las manos, dando palmadas suaves en sus brazos, tocábamos insistentes su rostro y la llamábamos por su nombre, expresándole todo nuestro cariño y admiración, pero Dorita no respondía de ningún modo. Estaba inconsciente por el efecto del vértigo y seguía en un profundo sopor.

Así duró media hora hasta que… poco a poco… lentamente como bella durmiente, recuperó el aliento y el equilibrio de sus signos vitales al recibir de golpe el agua fría que nos mandó en una jarra, el señor de la casa de espantos.

Después de unos meses volví a ver a Dorita en el cumpleaños de una amiga, apenas pude reconocerla con treinta kilos menos, el cabello teñido color bugambilia, un traje negro que

estilizaba su figura, un sombrero de ala amplia, un cinto que remarcaba su cintura, un maquillaje excelso que resaltaba hermosamente sus facciones y reflejaba a una mujer distinta plantada sobre sí misma.

—¿Dorita?

Fresas y zanahorias

A la imaginación de
Anapaulis,Vale, Zoe y Majo

Hoy siento el cansancio en todas mis articulaciones, mi energía ha disminuido, y apenas tengo fuerza para caminar, siento pereza nomás de pensar que debo cumplir con mis obligaciones de la semana, por eso cuando tengo que venir al supermercado trato de evitar la fatiga utilizando mi fuerza mental y atraigo con la mirada uno de los carrito acomodados en la entrada, sin prisa empiezo a recordar las cosas que necesito y pienso primero en los cereales e inmediatamente salen de los estantes las marcas y los tamaños que me gusta comprar, luego pienso en sopas, cremas, salsas y estas aterrizan en el carrito que me sigue por los pasillos sin equivocarse.

Cuando recorro la tienda, a veces no recuerdo dónde están las zanahorias ni las fresas, entonces simplemente me concentro e imagino su forma y su color y de pronto las veo elevarse por el aire sorteando los anaqueles hasta que descienden en mi carrito, pero debo realizar esto disimuladamente, pues no me gusta llamar la atención ni me conviene delatar mis dones especiales. Las leyes de nuestra agrupación indican no alterar el orden social y abstenerse al máximo de ejercer nuestras facultades, pero ahora se trata de una verdadera emergencia: evitar el agotamiento.

Hoy es un buen día para activar el don de la energía ya que no dormí bien por estar reflexionando en la brevedad de la vida, aunque tengo que reconocer que a mis doscientos años me conservo muy bien a pesar de mis ataques de cansancio;

lo bueno es que puedo fácilmente recuperar mi potencia si duermo ochenta horas seguidas.

A veces interrumpo ese lapso para contemplar la luna en su fase poética y pensar en el verano cuando regresará mi amor del oriente. Eleusinio no es de este mundo, él pertenece a otras esferas de la galaxia, donde no existe la mentira ni el engaño. Nos conocimos cuando vino a supervisar los colores del arco iris que huyeron a la tierra: hermosas llamaradas de diferentes matices que se deslizaron al mar, y fue precisamente en una noche marina cuando me encontró cultivando caracolas en el océano de mi casa.

Desde entonces he desarrollado más mis facultades extrasensoriales, pues amar despierta los sentidos y agudiza la percepción. Es el estado anímico más favorable para vivir en plenitud aprovechando la fuerza de la naturaleza y el poder del amor.

Por ahora tengo que dejar de meditar, porque me doy cuenta que la fila en carnes frías está muy larga, y debo soplar discretamente hacia el frente para que todas las señoras que esperan su turno cambien de opinión y se vayan a otros lados, de tal manera que me dejen sola al frente de los despachadores que ahora me miran sorprendidos, sin saber la causa de la ausencia tan repentina de las clientas.

En el departamento de fragancias y maquillajes busco un tinte para el cabello, y entre la amplia diversidad no encuentro el de mi color, pero por casualidad me fijo que una joven pelirroja lleva precisamente mi tono preferido: avellana, entonces decido parpadear rápidamente una y otra vez mirándola de reojo hasta que la desconocida decide de pronto cambiar su tinte por otra marca; de esta manera puedo sin mayor problema, obtener el tono que va con mi personalidad.

Ahora llego al departamento de fotografía, no hay nadie que atienda como de costumbre, pero cierro los ojos y empiezo a contar uno, dos, tres, cuatro, cinco e inmediatamente aparece un joven muy peinado con gel azul que adivina mi nombre, y gentil me sonríe atendiendo con esmero mi recibo. Me entrega las fotografías en un paquete que abro de inmediato por mi curiosidad innata y empiezan a salir las imágenes de amigos y familiares, verdaderos hologramas que adquieren color y movimiento como si tuvieran vida propia sosteniéndose en el aire: filminas verdaderas con luz y sonido, pero las guardo de golpe en el mismo sobre porque intentan escaparse de mis manos como peces saltarines. ¡Vengan acá!

A veces hasta yo misma me sorprendo de la efectividad de este don de la persuasión que Dios me dio sin ningún contrato, su ejercicio diario me ha fortalecido la habilidad natural de convencer siempre y sin que nadie se entere de que soy yo, la más seria e inadvertida la que de algún modo influye radicalmente en sus decisiones de último momento.

Sé con certeza que mi suave fuerza los impulsa a actuar en contra de lo que ya tenían planeado, y eso es bueno y confirma además, que es sabio cambiar de opinión como aseguraban los filósofos de la antigüedad.

Entre ir y venir de un lado para otro, disfrutando de las cosas inesperadas que siempre surgen en mi camino, se me ocurre acomodar las latas de atún y todas las cajas de galletas hasta el techo, formando amplias columnas en un instante, actividad lúdica de mis inofensivos caprichos, aunque después pienso arrepentida, ¿cómo podrán los empleados y de pilón mal pagados, escalar los pilares que se erigen hacia las alturas, para bajar la mercancía?

Ah, caray, ya me detectaron, tendré que poner distancia con mi ayudante pero creo que ya es inevitable porque algunos

clientes ya se han dado cuenta y están sorprendidos viendo el perfecto equilibrio de los elotes balanceándose entre los niveles de mi carrito que juega feliz haciendo piruetas en los pasillos y ahora intenta escapar de los niños y del guardia que van corriendo tras él.

Las hormigas

A mi Domy querida

Cada vez que íbamos a El Paso, mi esposo quería comprar unos tenis, "pero unos buenos, de esos que usan los corredores" decía entusiasmado, sin embargo nunca alcanzaba el dinero, pues teníamos que comprar cosas para la casa, ropa para los niños y entre casetas, gasolina y alimentos se agotaban nuestros recursos, así que decidió ahorrar algunos años para darse ese gusto. La última vez que fuimos se compró por fin unos flamantes tenis azul marino de ochocientos dólares, de esos que traen celdillas de ventilación y amortiguadores para saltos mortales. No los quería para jugar básquet ni para correr, solo se los ponía para ver televisión regresando del trabajo, y al acostarse, los dejaba a un lado de la cama como niño con juguete nuevo.

Hoy, al amanecer, oí pasar el camión recolector y entre sueños recordé que era miércoles y que no había sacado la basura, entonces medio dormida salté, y me puse sus tenis que estaban al pie de la cama y salí corriendo para alcanzar el camión. Después de que se llevaron todas las bolsas volví a la cochera y me fijé que había un ejército de hormigas avanzando hacia la cocina. Decidida a terminar con la plaga que amenazaba con invadir mi casa, tomé el frasco de Cloralex y vacié la mitad del contenido a la fila de intrusas que inmediatamente se dispersó. Pobres hormiguitas…

Cuando subí a las recámaras para despertar a todo el mundo, abrí las cortinas para que entrara de lleno la luz del sol, me di cuenta para mi desgracia que los flamantes tenis tenían ahora multitud de lunares blancos, ¡los deslavé con Cloralex!

¿Ay Dios mío, qué haré?, ¿qué haré?–repetía desesperada– cuando se entere Roberto me va a matar, son los tenis más caros de toda su vida y *pa'* acabarla recién comprados ¿ahora qué le voy a decir? –me preguntaba con gran preocupación.

Primero quise dejar las cosas sin darles importancia, pero no pude. El remordimiento no me dejaba en paz, por lo pronto decidí esconderlos para que mi esposo no los viera, porque de seguro se infartaría. Esperé a que se fuera a la oficina para pensar con calma cómo podía reparar mi terrible descuido, y mientras anduve toda la mañana con la angustia pegada a mi esqueleto hasta que resolví pintarlos con tinta fuerte: los puse a hervir una hora en el agua con la pintura azul del caballito, obedeciendo paso por paso las instrucciones del paquete. Pensé que esa sería la solución, pero grande fue mi sorpresa al ver los tenis completamente veteados, peor que antes, pues las partes de gamuza se encogieron y las suelas quedaron más chicas.

A medio día mi esposo avisó que no vendría a comer y respiré tranquila pensando que contaba con unas horas más para encontrar una solución o huir para siempre de su lado antes de que me aventara a la calle con las mentadas chanclas.

Después de alzar la cocina y terminar de planchar, me venció el cansancio y me quedé dormida en un sillón, pero desperté asustada, soñando que mi esposo venía tras de mí con los tenis puestos y un cuchillo en la mano. ¡Ay,virgencitasantadelverboencarnadodeldoloreterno, nomás de acordarme hasta se me paraliza el cuerpo! Ya no sé qué voy a hacer, ya le pregunté a mi hermana cuando va a ir al otro lado para encargarle otros tenis y dice que hasta el año que viene; así que estoy amolada, además tendré que pedir prestado en la caja de ahorros o ponerme a trabajar en Furiana, y a ver hasta cuándo junto los ochocientos dólares más taxs.

Imaginando qué inventos le contaría a Roberto para librarme de la muerte, pensé decirle que entraron a la casa a robar, y se habían llevado los tenis más cotizados de nuestra vida y ahora más con el alza del dólar, pero claro esto no lo creería de ningún modo, pues no falta nada, ni están forzadas puertas ni ventanas. ¡No es buena idea decirle eso!

Y *pa´* acabarla, de tanto estar piense y piense en lo mismo se me olvidaron los tenis colgados en el tendedero y con el terrible solón que hizo todo el día, quedaron achicharrados con ondas y dibujos triangulares que ya no se sabe si son tenis terrícolas o marcianos.

Así se me agotó el tiempo en constante tensión y en una frustración nerviosa que me está enfermando de verdad, pero ni modo, tengo que enfrentar las consecuencias de mis actos irreflexivos.

***

Han trascurrido las horas y apareció la noche atormentándome más, pues al regresar mi esposo fue derechito a nuestra habitación.

—Gorda, ¿y mis tenis? –dulcemente formuló la pregunta que yo tanto temía. No pude responder de inmediato, mentirle fue más difícil de lo que creí, pero me armé de valor y al fin pude decirle:

—Este… este… Se me hace que Romelia los guardó, fue lo que le contesté, esto se me ocurrió a última hora. Claro, sí, era buena idea echarle la culpa a la sirvienta y después la pondría de patitas en la calle, total, era muy floja y aparte bien metiche. Eso estaba planeando cuando mi esposo volvió a preguntar:

—Olga, *pos,* ¿por qué dejas que muevan mis tenis? –interrogó visiblemente molesto y volvió a cuestionarme– ¿por

qué, si ya sabes que no me gusta que *reborujen* mis cosas?Ya te lo he dicho mil veces –recalcaba de mal humor– mientras yo me comía las uñas de nervios, y sin poder aguantar más sus reclamos lo desafié tirando golpes invisibles y contestando:

—Los tenis nuevos están en la lavandería, ve por ellos. Total, pensé, de mejores bailes me han corrido y lo seguí de puntitas hasta que bajó las escaleras rumbo a la lavandería, esperando que de un momento a otro empezara a gritar al ver el despojo de sus flamantes tenis, pero no fue así, todo estaba en aparente calma porque aún no se daba cuenta de la terrible desgracia que me destrozó los nervios todo el día y tal vez para siempre.

Intrigada, bajé con cautela los últimos escalones y a hurtadillas vi que los tenía en sus manos, los miraba fijamente, observando cada mancha y cada arruga. De repente empezó a exaltarse.

—¡Qué barbaridad! ¿Qué es esto?

Trágame tierra –pensé yo– y armada de valor entré a enfrentar la fatalidad de mi destino.

—¿A quién se le ocurrió semejante idea? –preguntaba frenético aquel hombre orangután que era mi esposo, mientras yo, clavada al piso y con la boca abierta esperaba que de un momento a otro saltara sobre mí para aniquilarme, pensando en las palabras más prudentes para contestar, hasta que al fin solo pude decir:

—¿Por… qué… Gor dito? –estiré mis palabras esforzándome por aparentar tranquilidad.

—Están padrísimos, quedaron garigoliados, ¡súper *hippies!*

Punta diamante

Al ingenio deYi

Está loco, ¿cómo qué quinientos?, pues ni que fuera avión, no señor. Ya, Josefa, súbete y no discutas. No, hombre, cómo vas a pagar esa enorme cantidad, pues ni que fuéramos a cruzar el Pacífico. Cuatrocientos pues, seño. Tampoco me parece justo que cobren eso por ir al pie de la costera, lo que pasa es que son unos taxistas abusones que no se tientan el corazón para aumentar las tarifas. Mire, seño, yo le cobro más bara, le dejo el viaje en trescientos baros, ¿qué le parece?, ya le mejoré el precio, anímese, seño. No, ni que fuéramos a la zona hotelera de Punta diamante. Vamos, Josefa, ya no sigas discutiendo el precio, súbete que nos están esperando a comer los compadres. No, Ruperto, no es justo pagar esa cantidad, mejor vámonos en camión, mira, apúrate que ahí viene uno.

Tú ni siquiera te fijas en dónde te subes, Josefa, ni preguntaste para dónde va; este camión trae todas las ventanas polarizadas y ni se puede ver nada para afuera, se me hace que a los chavos les ha de encantar, parece un verdadero antro, nomás le faltan las luces intermitentes porque ya la música que trae el chofer está muy a tono con la ambientación oscura y a pleno día. Oiga, señor, ¿va *ust*é para la costera? Nel, camaguey, esa ruta la trae Balagardo, uno de mis cuates, y se van a tener que bajar en la próxima *pa'* que agarren la ruta dos que va *p'allá*.

Bajan, bajan. Ándale Josefa, bájate rápido que algunos choferes son muy atrabancados. Sí, sí ya voy hombre. Pues ¿cuál será el camión que va a la costera? ¿Y cómo quieres que yo

sepa?, mejor vamos a preguntar. Dice la señora que es aquel, el sicodélico que viene volando. Entonces apúrale que se nos va, y ayúdame con la otra maleta.

No, oiga, no, pos no traigo cambio, ¿cree que soy banco, casa de cambio o qué? Josefa, tú ve a buscar un lugar, parece que del lado derecho hay espacio. Muévanse, muévanse.

¿Pues qué le pasa al chofer que trae tan mal humor? Pasa que es un mal educado y un patán. Cállate te va a oír y hasta nos puede bajar por estos rumbos olvidados de Dios. ¡Ya entramos a zonas de peligro! ¡Quién sabe dónde andamos! Ay sí, nomás eso me faltaba, p*os* que fregados estarán pensando los concesionarios que ya hasta nos cobran multas, diez lunas por cada minuto de retraso, están bien cabrones. Oiga, seño, ya siéntese donde sea, hasta en el suelo pero no me estorbe, no ve que voy en chinga *pa´*ganar tiempo, *pos* estos desgraciados ahora nos checan tiempo en cada parada.

Agárrate bien, Josefa, este camión parece que va a recibir herencia o algo parecido, mira, qué barbaridad ya casi nos estampamos en la vuelta. Oiga, señor, ¿por qué arranca así? Quítate pendejo, déjame pasar. Tu madre, desdichado *pa´*que te me traviesas, güey.

Ay, Ruperto, me estoy mareando, dile al hombre que maneje con cuidado, ya ni sé dónde se quedó la otra maleta. Gracias, señora, cuídemela, ahorita voy por ella. Oiga, está apachurrando a mi perico, fíjese *pa´onde* se ladea. Disculpe, es que no puedo sostenerme, además qué ocurrencias de traer animales aquí. Qué se suba rápido esa comadre, que no me sobra el tiempo, tengo que alcanzar al Fili *pa´* llegar juntos a la siguiente parada. La tuya, cabritas, no te metas porque te rompo la jeta. Nadie se imagina que es una joda andar todo el día con el tiempo contado y toreando este trafical; ya llevo diez minutos de retraso y de pura maldad me van a rebajar

cuota los *jíjos* de su querida progenitora, ahora no voy a sacar ni *p´al* chivo con esta transa de los permisionarios.

Josefa, Josefa, ¿qué te pasa?, estás sudando mucho. No te pongas nerviosa, ya falta poco para llegar. Señor, dígame, ¿falta mucho *pa´* llegar? Uff, *pos* como un chingo, y con este caos se me hace que llegaremos mañana, eso si no nos deja tirados este camión destartalado. Pues, váyase despacio, ¿qué no ve que puede ocasionar un accidente? ¿Y cómo fregados quiere que vaya a paso de tortuga si tengo que cubrir la ruta y llegar con estos *jíjos* de yo no sé quién a checar tarjeta en cada parada?

Ay, cuidado, fíjese bien, señor operador, maneje con precaución y no venga platicando. Con un canijo, ya déjenme hacer mi trabajo, no se metan con la *autoridá* que soy yo, aquí nadie me va a decir cómo manejar, si siguen *inrrumpiendo* los bajo, ¿oyeron? No, no me respinguen, que yo sé muy bien mi trabajo, por eso tengo cédula y permiso especial de conductor de tráilers y *dompes* de alta potencia.

Ay, Ruperto, ¿dónde nos venimos a subir? este chofer está loco y mira qué facha tiene, anda todo greñudo y seboso, parece boxeador con esa camiseta de tirantes y bañado en aceite y luego con esa boquita de hule que no deja de ofender, parece que salió del mismito infierno. Tú tienes la culpa, no quisiste que nos fuéramos en taxi. Pues ¿yo cómo iba a saber que nos iba a tocar un orangután como este y qué además íbamos a estar en peligro de extinción? Bajan, bajan, muévanse ancianos que no tengo su tiempo, ¡qué se muevan!

Ya está gritando otra vez, Ruperto, dile que tan siquiera le baje a esa música esquizofrénica que me zumba en los oídos. Agárrate bien, Josefa, que va a volver a arrancar, no te sueltes ni un segundo porque te vas para atrás ¿oíste? ¿Pues cuánto falta para la costera, Ruperto? Ya ni preguntes, no ves que no se puede hablar con ese hombre. Pues, porque tú te

dejas, ponlo en su lugar y verás que se comporta como Dios manda. Ya oyó mi amigo, las damas merecen respeto, así que exprésese correctamente. ¿Qué le pasa, viejo, no venga *usté* ordenándome cómo debo hablar. Aguántese porque lo bajo en pleno vuelo.

Qué irrespetuoso y ¿cómo no quiere que le diga nada?, si usted dice puras groserías y nos trae salte y salte en todas las boyas, y ya de tantas y tantas vueltas y arranques hasta nos duele el cerebro. Ay, no aguantan nada, uno anda desde las cinco de la mañana soportando la maldita maraña de carros, el calorón brutal y de pilón al friego de clientes, quejumbrosos como ustedes.

Cordura, amigo, paciencia, que para eso le pagan. Me pagan miserias, cualquier bicoca por andar con esta marabunta. Pues, por eso está el mundo así con gente sin juicio como usted, provocando desorden. Ya cállense, y déjenme chambear. Mira, Josefa, tenemos que huir: en la próxima parada te bajas después de mí, y si no puedes hacerlo rápido, te tiras de plano y yo te cacho, no vaya a ser la de malas y tú te vayas a ir con este pelafustán ¿me oíste, Josefa? Te estoy hablando, respóndeme, oye… Échenle *aigre*. Tenga, seño, dele tantita agua pa' que se le baje el susto. Échele fría *pa'* que se componga, de seguro se le bajó la presión ahorita que íbamos a chocar. Ay, es que estos choferetes locos se mantienen jugando a las carreras, un día de estos nos van a estampar.

Josefa, Josefa, por amor de Dios, despierta, mira, ya vamos a llegar. ¿Dónde, a dónde, Ruperto? Ay, quiero vomitar. Espérate tantito mujer, ya estamos cerca de la costera. Ya llegó su llanero solitario, mi Barbie, ¿ahora cuánto me retrasé en el recorrido? Doce minutos, Bala. Me lleva la tiznada, doce *minus* ¿o sea qué me van a rebajar ciento veinte lanas?, ahora no voy a sacar ni *pa'* los chicles.

Ay Josefita, abróchate bien la blusa y arréglate un poco el cabello, mira nomás cómo has quedado con el ajetreo. ¡Cuidado con el tráiler! Ese me hace los mandados. Ya la… fregamos con esta garra de camión, ¿ahora qué diablos se le desprendería?, bueno *pa'* lo que me importa, primero le entregan a uno la unidad en pésimas condiciones y después se la quieren cobrar nueva.

¿Dónde quedó la maleta, Ruperto, en la que traemos los regalos?, de seguro ya se rompieron los adornos de cerámica. Qué te importa eso, mujer, mejor pídele a Dios que lleguemos con vida a la costera. Ya los compadres van a estar dormidos de seguro, cansados de tanto esperarnos.

Chin, nomás eso me faltaba, se me hace que ahí viene un tránsito; cuidadito y alguien hable, porque me los asilencio en un dos por tres, ¿oyeron? Ya pasó de largo señor, de seguro va siguiendo a otro, no a *usté*. Uff, de la que me salvé, porque si no hasta tendrían ustedes que ayudarme a pagar otra multa a los *jíjosdesu*. ¿Y nosotros por qué?

Oye, Josefa, ponte lista, agarra bien la bolsa y la maleta y yo me llevo lo demás: bajas rápido, avientas las cosas y luego saltas con decisión, porque si no, te atoras y te puede arrastrar el camión. A los que tanta lata dieron en todo el viaje, les aviso que ya llegamos, pero bájense de rayo porque no respondo y me los llevo entre las llantas.

Ya oíste al mamut, Josefa, apúrate y no te sueltes. Es que no puedo sostenerme, Ruperto, el camión sigue moviéndose. Ya llegamos, apúrale, mujer, ya está bajando la gente, y el camión se va como relámpago, así que muévete mujer, muévete. Ay, se me atoró el zapato, Ruperto, no encuentro mi zapato. Búscalo rápido, a ver, dame la maleta, ándale mujer que no vamos alcanzar a bajarnos. Suelta las cosas, mi amor, ya, ya bájate, yo te ayudo, ya suéltate, ¡que ya te sueltes Josefa! ¡Entiende!

Pues es que no se para bien el camión. Ni modo, bájate así, mujer, ¡ya bájate con una fregada!

¡Josefa! Qué barbaridad, mira cómo quedaste. ¿Te dolió mucho?, pero si te fuiste de boca, mujer mía. Mira nomás, quedaste toda raspada y llena de polvo. ¡Déjame ayudarte, Josefita de mi alma, pobre de ti!, te voy a tener que llevar al hospital. Tienen que hacerte una radiografía, porque ese golpe de la cabeza sonó rete fuerte, casi perforas el pavimento. Y todo por tus tontas ideas, mira nomás qué apuros hemos pasado en esta odisea del mal, y solo por no pagar un taxi, por cierto: oiga, taxi, aquí, taxi. Ahí viene uno, gracias a Dios. Ahora déjame ayudarte Josefa. ¿Y las maletas, Ruperto? ¿Las maletas? Oiga, señor, nos puede llevar por aquí, cerca del estadio. ¿Cuál estadio? Pues el de la costera. Ú*jule* pues anda muy lejos, mi cuate. Ese queda en la Miguel Alemán. ¿Pues dónde estamos? En Punta Diamante. ¿Qué no estamos en la costera? Pues no seño. Ya ves, Josefa, y todo por tu culpa. ¿Y cuánto nos cobra por llevarnos a la costera? ¡Ochocientos! ¿Ochocientos pesos? ¡Sí señor! ¡Ya ves, Josefa, ya ves!

Paseo por la ciudad

Con amor a Martis

En la profundidad del sueño escuché un sonido que me despertó, me levanté tan rápido que sentí una ráfaga de fuego recorriendo mi cuerpo, empecé a sudar al advertir desde el pasillo que la luz exterior iluminaba los monos de peluche sobre la cama de mi hija. "Aún no llega" expresé con voz alarmada al ver la hora: 3:15 ¿lastresquince? ¡No puede ser! Recordé que Paty había ido a una fiesta, le di permiso hasta la una, y mientras la esperaba leyendo, me quedé dormida.

Al comprobar que no había regresado mis palpitaciones ascendieron como si hubiera emprendido una loca carrera por el monte. Bajé las escaleras sin saber qué hacer, mi primer impulso fue llamar por teléfono a la amiga que había venido por ella, pero en lo que marcaba escuché el motor de un automóvil, y al asomarme por la ventana, vi un auto estacionado enfrente. Era mi hija en un Cavalier rojo conducido por un joven que yo nunca había visto. Respiré tranquila: ¡Ya está aquí!

Mi hija estaba de espaldas, recargada en la portezuela, no le vi el rostro pero era ella, no había duda. El cabello lacio hasta la espalda y sus ademanes, eran inconfundibles. Ambos platicaron unos minutos y luego él se inclinó hacia ella y fue entonces cuando se besaron en la boca, pero ¿por qué se besan? ¡No, qué no te besen!

Quedé tiesa, pegada en el cristal de la ventana mirando atónita el acontecimiento, pues Paty no tenía novio, si acaso uno o dos pretendiente y muchos amigos, era entonces incomprensible su conducta, dejarse besar así nomás por un desconocido ¡qué va! de seguro yo ignoraba algo.

Cuando vi que el joven le marcaba insistente lo que le decía con sus gestos y el movimiento de sus manos, empecé a sentir una extraña inquietud. ¡No le ordenes!

El Cavalier permanecía encendido y yo intuí por ello, que de un momento a otro mi hija se bajaría, pero no fue así. Al contrario, cuando ni siquiera imaginaba, arrancaron en el automóvil. ¿Por qué se van? Me quedé unos instantes con la cara pegada al cristal y volví a preguntarme indignada ¿A dónde van?

Sobreponiéndome instintivamente a la impresión decidí seguirlos, tomé apresurada la llave del auto, y aunque andaba descalza y con una bata corta de tirantes, salí corriendo, subí al Tsuru y fui tras ellos que ya iban llegando a la esquina.

La calle estaba desierta, la noche silenciosa, algunas lámparas iluminaban la quietud que contrastaba con mi ansiedad. Alcancé a ver el auto entrando a la avenida, y dije: "son ellos, debo alcanzarlos" doblé al lado derecho y apenas vi las lucecitas del Cavalier cerca del crucero. De los nervios no podía ni siquiera cambiar las velocidades, me daba cuenta que estaba forzando el motor, pero no me importaba, era mayor mi ansia de detenerlos que pensar en el correcto funcionamiento del auto. "¡Ni crean que se me escapan!"

Cuando subí la velocidad apenas podía distinguirlos, había varios automóviles circulando en el mismo sentido, pero seguí su rumbo. En el trayecto me fijé que del lado contrario solo venían dos taxis, pero al entrar al periférico, su auto se confundió entre otros que transitaban a esas horas casi de madrugada, ¡*chin!,* ¿dónde quedaron?

Por la distancia creí difícil darles alcance, sin embargo tomé la lateral con la intención de cerrarles el paso más adelante, aunque esto requería ir más rápido ¡al máximo! así que oprimí todo el acelerador, pero por mala suerte esa vía se encontraba

obstruida por reparación así que tuve que regresar, y resultó peor, fue cuando los perdí por completo. ¡Se escaparon!

Frené de golpe en estado de alto nerviosismo, y con la mano abierta golpeé el volante varias veces hasta que el dolor me hizo reaccionar. Pronuncié al viento palabras de ofuscación y reclamo sin que nadie escuchara mi voz de impotencia en la soledad de la noche, en el paraje desierto de la oscuridad. "¿Dios mío, ahora qué hago?" empecé a rezar, clamando consuelo. La presión y el temor resbalaban húmedos por mi espalda, no podía ni siquiera llorar. ¡Subiré de rodillas el cerro, te lo juro, Dios mío, pero devuélveme a mi hija! Prometí los sacrificios más grandes con tal de que mi hija apareciera sana y salva.

Tratando de calmarme pensé que tal vez no eran ellos los que subieron por el periférico, ¡a la mejor se estacionaron por alguna callecita lateral! entonces regresé a la avenida y recorrí las calles de la colonia revisando todos los carros estacionados afuera de sus casas, pero no encontré ningún Cavalier. ¡Tengo que encontrarlos, qué caray!

Di vueltas y vueltas como loca y sin sentido, hasta que comprendí lo inútil de mi búsqueda y me detuve por completo, apagando el motor. ¡Se me fueron de las manos! La boca me sabía a centavo, el pecho empezó a dolerme más fuerte. "¿Por qué me haces esto, niña ingrata?" Repetía desconsolada, sintiéndome aplastada por una pirámide.

Recordé mis ejercicios de sanación interior y empecé a respirar despacio, muy hondo, tratando de recuperar la cordura y la calma. Encendí de nuevo el auto y fui retomando el camino. ¡A la mejor ahorita regresa! ¿Qué más puedo hacer?, pensaba: solo esperarla.

A lo lejos, divisé nuestro hogar apacible y cálido, ¡una casa de cuento! Afuera de la cochera detuve el automóvil y

apreté fuertemente mi cabeza tratando de aclarar la memoria: siempre fue buena hija, no sé lo que sucedió, ¿con qué clase de muchacho andará?, ¿tomaría licor o es culpa mía?, soy demasiado severa, siempre pretendo que se haga todo a la perfección. "¡Regresas temprano y puntal!"

***

Al llegar a casa usé la llave para abrir, pero sentí la mano tan adolorida que solo pude hacerlo después de varios intentos. Entré a la cocina, el reloj señalaba las 3:49 ¡qué barbaridad! transcurrieron treinta y cuatro minutos, sin embargo para mí fue eterno.

Me dejé caer en la primera silla, pensando ¿qué le diría a mi esposo cuando regresara? Pero "¿cómo la dejaste ir?" "¿Cómo qué no sabes dónde anda?" "Por qué no seguiste buscándola por toda la ciudad." Las preguntas caían, una tras otra como martillazos en mi cabeza, y ahora ¿qué diablos voy a hacer? Así perdí la noción del tiempo y del mundo. ¡Ya ni llorar es bueno!, pero ¿y si le pasa algo? "Ay, Dios mío, ampárala, protégela con tu santo manto, por amor a tu Santísima Madre, Señora de los imposibles." Sentí en un solo instante todo el peso del universo sobre mis hombros y sin poder evitarlo una fuerza extraña condujo mis pasos a la recámara de Paty.

—¡Mi niña!, ¿cómo es posible? –quedé inmóvil en la puerta, mirándola fijamente. La luz artificial que entraba por la ventana iluminaba la dulzura de su rostro y su apacible sueño– ¡estás dormida, mientras yo, insensata, paseo por la ciudad! ¡Hija mía, hijita de mi corazón!

—¿Qué pasa mamá, qué pasa?

El suéter rojo

Para mis sobrinos y sus hijos

Apenas puedo creer lo que me dijeron, no me explico ¿por qué sigues haciendo eso?, sabes lo mucho que te quiero, y espero que cambies de actitud. Sé que a veces actúas así por la responsabilidad que sientes de protegerme, pero la verdad, exageras pensando mal de todo el mundo. Ya conoces a la mayoría de mis amigos: son gente sencilla y sobre todo de confianza, entonces no entiendo por qué eres tan descortés cada vez que vienen a visitarme. Mira, he notado que últimamente te irritas con facilidad, ya te lo he dicho varias veces pero ni siquiera lo reconoces ni haces nada por corregirte. Además eres muy egoísta, quieres todo el tiempo para ti y eso no está bien; tanto tú como yo tenemos que relacionarnos con los demás.

Que quede bien clarito, tú no eres mi sombra; a veces lo pareces porque andas tras de mí para todos lados y me andas investigando, sé que me has seguido varias veces y crees que no me doy cuenta. No me digas qué no. No me dejas ir tranquilamente ni a la iglesia, por eso cuando me cercioro que vas tras de mí, mejor me voy a otra parte para desconcertarte, pero veo que eso no da resultado, tú no agarras la onda, sigues en la misma.

Hay ocasiones en que te desconozco, ya ni te gusta mi comida, solo quieres alimentos de buenas marcas, pero eso tú bien sabes que afecta nuestra economía. Bueno en ciertas ocasiones está bien, y la verdad yo soy la primera en tratar de quedar bien contigo; créeme: darte gusto es mi prioridad, pero cada día eres más exigente, ya hasta me quitaste mi sillón

preferido y además no recoges nada de lo que tiras, ¡mira nomás cómo está la casa y tú ni siquiera levantas un papel! Eso sí, te mantienes dormidote todo el día, pero apenas me ves salir y empiezas a molestarme o intentas irte conmigo. Necesito que recapacites en tu comportamiento, porque yo hago todo lo posible para entendernos mejor; a ver dime: ¿qué no te gustó el suéter rojo que te tejí? Es verdad que me tardé en terminarlo, pero acuérdate que se me perdió el estambre varias veces, y tú ni siquiera me ayudaste a buscarlo, porque no te imaginaste que era para ti. Deseaba darte una grata sorpresa, pero la sorprendida fui yo cuando me desbarataste el tejido, que porque me mantenía teje y teje y ya ni siquiera te hacia caso, sí, sí, aquel día que te enojaste tanto, porque llegué tarde.

Ya, ya no me estés dando por mi lado, conozco cada una de tus manías y sé cuando buscas una reconciliación, mas ahora no me dejaré convencer tan fácilmente con tus gestos cariñosos, aunque me pongas cara de mártir o de chiquillo desprotegido. De hoy en adelante vamos a dormir en lugares separados. ¿Estás de acuerdo?, además tienes que aprender a respetar mis cosas y no moverlas de su lugar, porque me haces perder mucho tiempo buscándolas, y trabajar el doble, recogiendo el periódico y todo lo que tiras a tu paso. Cada quien que ordene su tiradero y cuide sus cosas, ¿oíste? Tenemos muchos años juntos y ya es hora de que nuestra relación mejore, ¿no crees? Mira, yo tengo la mejor disposición de lograrlo, pero necesito que tú también me consideres y me apoyes. No vuelvas a registrar mis cosas, y menos a destruir mis cartas. Compórtate, Fidencio, y déjate de cosas. Ya sé que no te gustan los niños, te ponen nervioso, pero eso no te justifica de ningún modo romper la pelota de Hugüito, nomás porque andaba jugando el pobre niño en frente de la

casa, eso no tiene perdón. Su mamá vino a reclamarme muy enojada, me dijo que lo asustaste y lo hiciste llorar mucho cuando lo correteaste por toda la cuadra ladrándole sin parar.

Estilismo y expresión

Desde el año pasado quedó abierta al público la mejor estética de Villa del desierto, cuyas instalaciones innovadoras y modernas garantizan funcionalidad para los clientes. Después de la apertura han mantenido las promociones y ofrecen precios especiales en la aplicación de luces, transparencias y tintes. Los costos son altos, pero aún así se ha incrementado el número de clientes. Aquí los cortes hechos por expertos están a la vanguardia americana y europea como el corte de picos que representa el último alarido de la moda. La mayoría de las mujeres se deciden por luces definitivas. Los hombres prefieren cortes clásicos, aunque algunos se atreven con *look hipster.*

La señora Olivia Bermúdez, mujer distinguida por su buen porte y elegancia es conocida por sus actividades sociales en beneficio de la niñez y la juventud de esta Villa. Es voluntaria del promotoriado del Banco Oriental que lleva muchos años ejerciendo múltiples actividades para reunir recursos y ayudar a los niños desamparados de este lugar y de algunas provincias cercanas. Ella con frecuencia viaja a la capital para conseguir apoyos de empresarios y dependencias gubernamentales.

El lunes, la señora Bermúdez llegó puntual a su cita, primero solicitó un trabajo de luces castaño rojizas para resaltar mejor el tono de su piel. Luego, después de mucho pensar, se decidió por un corte más moderno:

—Pero que no me vaya a quedar muy corto, por favor, es que nunca me ha gustado usar el cabello corto, ¿me entiende?

—Claro, que sí, señora Olivia. Verá usted que solo del frente recortaré un poco, de tal manera que se podrá acomo-

dar mejor su cabello y no requerirá de mucho trabajo para arreglárselo –contesta la estilista, recién llegada del curso de estilismo supuestamente celebrado en New Orleans.

—Sí, por favor no se le vaya a pasar la mano y me corte demás.

—Claro que no, señora Olivia, no se preocupe por eso. Este estilo le favorece mucho más por la forma ovalada de su rostro. Ah, permítame subirle al aire, es que ahora estamos a más de cuarenta grados, qué barbaridad, nos vamos a cocer si seguimos con estas altas temperaturas.

—Está terrible. Oye, ¿y qué se dice de la matazón del mes pasado?

—¿Pues, qué no supo lo del panteón?

—Sí, sí, dicen que eso fue todo un espectáculo, que en un instante llegaron varios helicópteros, el convoy de los militares y muchas patrullas al panteón para levantar a los deudos del difunto. Eso es lo que faltaba, determinación y fuerza para acabar con todo este grave problema.

—Sí, esto es muy serio, ya rebasó a toda la *autoridá*. Pues no crea que nomás aquí, las noticias dicen que el problema es en todo el estado. Yo no se sabe qué nos espera…

—Ahora estamos completamente desprotegidos; ya ves que los pocos policías que sobrevivieron fueron amenazados de muerte y tuvieron que renunciar… por miedo seguramente…

—Óigame, es que el miedo no anda en burro, cualquiera se muere de miedo con las terribles amenazas de esa gente.

—Dicen que solamente quedó un viejo policía en la heroica corporación… ja, ja, ja… El único valiente en esta pequeñísima ciudad. ¡Es el colmo!, el pobre dijo que él no iba a hacerse a un lado, porque ya mero se jubila, y que mejor se iba a aguantar a pesar de todas las advertencias.

—Pobre hombre, es que… la necesidad… está cabrona… Ay, perdón, señora… este… lo que quiero decir es que él prefiere algo seguro para su familia aunque tenga que arriesgar su vida.

—Pues sí, ya sé que la necesidad es mucha, pero la muerte es la muerte, y uno ya no vuelve a retoñar, y menos a estas alturas.

—Mire, señora… fíjese que nomás le estoy cortando un poquito el fleco… Así, ¿le parece?

—Me parece bien… Un poquitito… igualmente atrás, solo recorta las puntas. Como estábamos diciendo: yo opino que de una buena vez los deberían de matar a todos, a los peces chicos y a los peces grandes, pues es un crimen lo que están haciendo con la juventud… envenenándola.

—Todo mundo piensa así, estamos contra la violencia de esa gente que arma verdaderas batallas urbanas.

—Pues insisto en que deben morir por viles asesinos, por andar contaminando a niños y a jóvenes que no saben defenderse ni medir el efecto de las drogas, por eso merecen cadena perpetua los muy desgraciados, y merecen más… Merecen la pena de muerte. Esos asesinos no tienen perdón… ni siquiera de Dios.

—Pues les llegó su ahora, ya están sufriendo por sus fechorías, ahora si les están pegando… ¿Supo que mataron al hijo del Chapo?

—Sí, eso tenía que ser, pues el que a hierro mata a hierro muere… Dicen que apenas había salido de la cárcel y lo mataron, así tienen que ir pagando en lo que más les duele… en sus propios hijos, y al rato a él: que lo maten al muy desgraciado antes de que se escape otra vez.

—Pues algunos no pagan ni tantito… Al contrario parece que les va cada día mejor; claro que tarde o temprano pagarán en el infierno.Y aquí, con el ejército no se juega. Están trabajando con mano dura… Dice Caldajo, digo Calderón.

—Eso es lo indicado, que el ejército acabe de una vez con esas malditas ratas… con esas *sandijüelas* que viven de lucrar con la salud y la vida de los demás.

—Pues fíjese que yo he sabido que hay gente que los protege porque se benefician vendiéndoles joyas y carros o porque les ayudan a poner negocios, fíjese nomás.

—Ah, sí, los prestanombres se enriquecen con ellos, pero son igual de culpables.

—Son muchos los culpables, se venden por el mugroso dinero.

—Así es, y los que andan en eso, son gente ignorante que cree que se beneficia, pero no comprenden que a la larga el narcotráfico nos están afectando a todos y en todo, ya este país no es el mismo, ahora estamos peor, pues la pobreza ha crecido y la corrupción no se diga, ¿qué vamos a hacer con tanto drogadicto y con tanto pobre? Nos vamos a quedar sin jóvenes que se dediquen a trabajar y a sacar adelante el país…

—Ni lo diga, ¡qué barbaridad! Por un lado las chambas tan mal pagadas y por otro, ni trabajo se consigue, por eso los chavos se meten en todo ese desmadre, perdón, señora: ese *reborujo*. Ya mero terminaré, es que lo hice despacio para no cortarle de más.

—Gracias, gracias… por fijarte, porque si se te pasa el corte, me puede dar una crisis o un infarto ja, ja, ja. Ay no, estos problemas sociales nos están quitando el sueño y las oportunidades de mejorar. Total, como digo yo, lo mejor es que de una buena vez… los maten a todos, a esos narcotes que se mantienen en su camionetotas con sus botas de avestruz, de pitón y de caguama y con sus llamativas Versalles…

—Ah, sí, esas camisas con brillantes colores que encandilan desde lejos, y bueno, con sus lindas tejanas… que por cierto, hasta guapos se ven los condenados…

—Ay, ¿cómo te pueden parecer guapos?, estás loca, y eso, ¿a quién le importa con el daño que hacen?

—Es un decir, señora, pero mire… yo me conformo con que el ejército los eche en corrida, con eso se compondrían las cosas por aquí, ¿no cree, señora Olivia?

—Discúlpame, pero esa no es la solución, te digo que la única es que maten a todos esos infelices… Nunca se van a componer porque no tienen temor de la justicia, ni de Dios.

—Señora, pero no se altere…

—Si no me altero, mujer. Por justicia debemos, de una vez por todas… acabar con todo este mal. Bueno, el gobierno tiene que eliminar a esas alimañas, a esas ratas. Debe exterminarlos hasta la raíz.

Inesperadamente se levanta un hombre de la sala de espera y se acerca a paso lento hacia donde están las mujeres conversando sobre las acciones del combate al narcotráfico. Llega hasta ellas, disimulando una leve sonrisa y sin prisa saca una pistola de su camisa, cambia siniestramente el rictus de su cara, acerca con dureza el cañón a las costillas de la estilista y ordena con voz ronca y colérica.

—¡Rápala!

—¿Cómo dice, señor?

—¡Qué la rape, ya escuchó!

—Pero… ¿cómo quiere que haga eso, señ..?

—Es una orden. Rápala ahora y no discutas porque la mato, ¿entendido?

—Sí, sí, señor.

—Óigame –replica la señora Olivia, armándose de valor y tratando de levantarse– no puede…

—Cállate, habladora. No abras la boca, porque te va peor, alegantina –advierte, enfurecido, sentándola de golpe.

—Ay, pero… –la mujer se queja al sentir la fuerza.

—Y tú, ¡obedece rápido!, porque quedarás igual.

—Pero… –la estilista calla cuando siente de nuevo el cañón de la pistola– no, no, señor, no me haga nada.

—Haz caso, estúpida.

—Sí, haré lo que usted dice…

—Pronto, así, ¡córtale las greñas a esta boca suelta, no le dejes un pelo vivo… ¡Ahora!

—Oh, Dios –suplica la señora Olivia, cubriéndose el rostro con las manos.

—Enderézate, por tu *pinchi* madre y no estés chillando… lengua larga…

—Ya está, mire señor.

—¿Estás sorda o qué? ¡Te dije que la raparas… Bien rapa, imbécil!

—Sí, sí… señor….

—Así está mejor, y ahora tú, córtate el copete, todo, hasta el cráneo. Completito. ¡Hazlo!

—Pero, yo ¿por qué?

—Por habladora también. Y agradezcan que no les corto la lengua, y ahora que te pague el triple, la desgraciada, que no se vaya sin pagar –agregó con furia el cliente desconocido, escondiendo la pistola.

—Auxilio, auxilio –empezó a gritar la estilista en cuanto el hombre salió del establecimiento y se perdió entre la gente.

La señora Olivia angustiada se agarraba el cráneo, y lloraba y lloraba como una niña que ha perdido su más querido tesoro.

Azul eléctrico

Con cariño a Aída

Voy por el eje central del periférico en una camioneta azul. Acelero más al cambiar de carril. Me gusta sentir el vigor de la velocidad y el viento. Es muy diferente manejar esta pick-up que casi nunca me presta mi esposo, porque dice que no conviene que la maneje en mi estado y además porque tengo que extremar precauciones durante los últimos meses del embarazo, aunque la verdad, yo me siento mejor que nunca: una luz –me dicen– ilumina mi rostro. Esperar otro hijo me transforma, me da una fuerte vitalidad que se trasmina por cada uno de mis poros; esto lo saben bien las personas que me conocen, pues no soy del tipo de mujeres que durante el embarazo empalidece o engorda de más. Para mí, es la mejor etapa. Un prodigio me habita, puedo sentir intensamente la energía del universo y la magia de la música que me transporta a otra dimensión.

Voy tan contenta manejando y recibiendo el aire con la ventana abierta que apenas me fijo en el conductor de una Cheyenne que está haciendo señas con las manos y los ojos; pienso que se dirige a otra persona, pero por la manera de señalarme compruebo que desea llamar mi atención.

El hombre de texana negra sigue haciéndome señas, pero prefiero ignorarlo y no entrar en suposiciones falsas, por lo mismo cambio rápidamente de carril mirando por los espejos retrovisores al desconocido. Por momentos creo que puedo quitármelo de encima, pero en el semáforo lo veo precisamente a un lado, y en el siguiente compruebo que sigue tras de mí; se detiene muy cerca y empiezo a inquietarme.

Cuando cambia de nuevo la luz, me orillo a extrema izquierda para rebasar la fila de carros que parece no termina nunca. Me quedo pensando que el individuo puede ser un facineroso, pero certifico mi buena suerte, pues parece que el hombre no es viejo ni feo; esto pienso mientras rebaso a una ancianita que va pidiendo permiso para manejar.

Me valgo del espejo lateral para cerciorarme si el vaquero me sigue y compruebo que persiste en su empeño, ¿quién lo diría?, yo bien embarazada y con este pegue, pues no está mal el día –afirmo– es luminoso y radiante como mi suerte. Sigo mi camino y al llegar a otro alto, advierto que mi perseguidor me ha dado alcance, entonces veo claramente que pone una hoja de papel en el cristal de su ventana que dice: "¿Cuánto?" ¿Cuánto? ¿Cómo qué cuánto? Reacciono con indignación, pues, ¿qué diablos se cree este engreído? Mira, ¿qué confundirme así? ¡No es posible! ¿A mí, una mujer honesta en estado de gravidez esperando la bendición de un hijo? Esto meditaba cuando cambió a luz verde, apreté el acelerador, y salí determinante hacia mi ruta.

Pronto confirmo que el tipo aún me sigue, entonces me desvío para cargar gasolina y me escondo al lado de un camión de redilas. Mientras llenan el tanque me pongo a revisar mi lista de pendientes en eso escucho una voz desconocida:

—Disculpe, señorita…

—Híjole, ya me cayó El chahuistle –pronuncio entre dientes cuando reconozco al fulano nada viejo y nada feo– pero, ahoritita mismo lo mando a freír hongos. El hombre apenas concluyó la frase al acercarse a mi ventanilla:

—¿Cuánto?

—¿Cuánto qué? —respondí por inercia.

—¿Cuánto por su camioneta?

—No la vendo –contesté sin voltear.

—Pero… mire… señorita…

—Ya le dije que no la vendo –repito enfadada por la insistencia.

—¿Qué no la vende?

—Ya le dije que no, por favor no insista –agrego, terminante.

—Pues en su camioneta trae un letrero que dice *Se vende* –me corrige, señalando con una mano el cristal.

—¿Cómo?… Chin –pienso– Francisco puso el anuncio y yo ni cuenta me di. …Qué caray, entonces sin remedio, tengo que olvidarme del pegue galletero.

Navegando en la marea

A mi Brad Pitt, Tom Cruise
y Leonardo DiCaprio

Sigues sentado cómodamente en el sillón viendo tu programa favorito sin arriesgar energías, solo tienes que esperar un comercial para disfrutar un *sandwich* de jamón y queso con mucha mayonesa, pepinillos dulces, lechuga y tomate. Tu vida está solucionada, gira en torno a los amigos, la novia, la computadora, la música, los videojuegos, la moda, los antros, las pizzas y el fútbol. Eso sí, te sorprendes mucho cuando mamá o papá te encargan algún trabajo.

"¿Yo, y por qué yo?" preguntas airadamente cómo es posible que aparte de ir a la escuela, hacer tareas, investigar en el *wikipedia* y *google*, copiar apuntes, leer novelas de encargo, hacer ronda y levantarte temprano, tengas además que poner la mesa, ir al Oxxo, pasar por las tortillas, lavar el carro y regar el jardín, pero, si no tienes tiempo, pues llegando de la escuela lo único que quieres es comer: te mueres de hambre y aunque ves claramente que mamá no ha terminado la comida, le falta desmenuzar la carne, hacer el puré, y está librando una batalla campal contra el abrelatas, ni siquiera se te ocurre ofrecer la fuerza de tus músculos para realizar tales proezas; después de comer ni siquiera levantas el plato, y si por accidente se te cae algo llamas a Chonita para que barra la cocina.

Más tarde necesitas reposar la comida y te apresuras para acomodarte en el mejor sillón por si te dan ganas de dormir, es que la verdad, te quedaste muy tarde navegando en *Facebook*. Después de dos horas de sueño hablas por teléfono cuarenta

minutos antes de ponerte en remojo por más de media hora y cambiar de peinado veinte veces para quedar guapo y salir a contemplar las maravillas de la naturaleza y visitar los lugares *nais* de la ciudad.

Aspirar la sala, lavar los platos, tender la ropa, sacudir los muebles, sacar la basura, claro que ni mencionarlos, pues según tú, son trabajos de viejas, pero eso sí, mamá: "Dame para ir al cine, debo comprar libros, necesito para la gasolina, falta pagar la inscripción, tengo que ir a clases especiales, quiero unos lentes, cortarme el pelo, y ya no tengo pantalones ni camisas, me faltan tenis, no tengo nada decente para la fiesta de Alejandra, nomás falta que vaya en estas fachas y sin Hugo Boss. ¿Y ahora qué le voy a regalar a Selene en su cumpleaños? Ya no me alcanza ni *pa'* las *burgers* ni *pa'* los montados y ni siquiera *pa'* las copias. Es verdad que el déficit económico del país nos está afectando a todos. Y *pa'* acabarla, mis cuates se van a ir a la playa estas vacaciones y yo me quedaré solo como un cangrejo pensando en la inmortalidad de la almeja y sin un quinto en el bolsillo.

Es que ustedes no me entienden, trabajan mucho, no tienen tiempo para mí, únicamente les interesa el negocio y sus amistades ¿y yo qué, a poco quieren que todo mundo se entere que les hago los mandados y les barro la cochera?

Ustedes nomás quieren a mi hermana, a ella sí le prestan el carro y no la regañan tanto. Yo sé bien que soy la oveja negra de la familia y que no me parezco ni tantito a ustedes en lo responsable y que tampoco tengo ideas brillantes; pero lo que pasa es que ya me agarraron idea, desde que tengo novia ya no son los mismos conmigo, ¿creen que no me he dado cuenta que Selene no es santa de su devoción? Además ustedes ni se fijan que ya casi no salgo ni que me desvelo tanto, ni tampoco que ya tengo tres días sin fumar... La neta ya no salgo tanto,

porque como ustedes saben, mis mejores cuates se fueron a estudiar a *extranjia*, mientras que yo sigo sepultado entre estas cuatro paredes sin tener oportunidad de conocer mejores lugares ni chicas *cuerpiinteresantes*.

Si ustedes confiaran *deveritas* en mí, podría ir a Wichita o a UTEP y la armaría con el inglés, pero no, lo que pasa es que no me tienen confianza y me limitan demasiado, nomás porque troné cuatro materias. Pero ya voy a tomar clases particulares para nivelarme y en un dos por tres me graduaré con honores y mención al mérito artístico, arquitectónico o plástico, ah, es lo mismo, *¿verdá?*, y verán ustedes que hasta chamba voy a conseguir, entonces sí: lentes Paco Rabanne y playeras Armani, pantalones Calvin Klein, loción Jaguar y Doscientos doce, chamarras de piel y gamuza *Café Rock* y por si fuera poco, pasar el fin de semana en Las Fabadas y comiendo a todo mecate en el Applebees's , disfrutar las cheves, saborear el vodka, pero sin agua quina porque amarga hasta el corazón, deleitarme con las carnes asadas, probar el horno al salmón, digo, salmón al horno, saborear las trufas, los capuchinos y olvidarme para siempre de limitaciones y de andar lavando carros para completar el palenque y escuchar en primera fila a Chaquira o Paulina Rubio: la voz imperial de México… o de Chente o de Alejandro y para que no se entuman las escucharemos con tres tequilas puestos ay, sí, ¿a poco el palenque es una cantina abierta? A mí no se me hace, pero ahora que lo dicen, estoy recordando que al final de la función se queda el piso tapizado de aluminio con la modelo del año o la chica sol iluminando las latas vacías del suelo hasta el nuevo día. Mejor me gustaría oír a Joan Sebastian. Ay no, si ya se murió, qué barbaridad, qué pérdida para la música ranchera. Bueno me gustaría ir a ver al Buki, pero con arreglos de mariachi. Por cierto… qué tanates de Joan Sebastian, me acuerdo cuando

vino a Chihuas a cantar después del sepelio de su hijo… ¡No manchen, qué tamaños los del señor! No, de que los hay los hay, pero *¿pa'*encontrarlos dónde? No que el Noa noa, Noa noa de Juanga o Que-ri-da. Esa de Que-ri-da, ya me tienen harto con su caída de voz y de mano. Mejor me gustaría ir a escuchar el Recodo que pone más ambiente, con ese grupo sí, para que vean, vale la pena desvelarse, por cierto he estado pensando que el día de San Valentín llevaré mariachi y no esos *pollos* que son la burla de los suegros.

Entonces, cuando aprecien mi trabajo y me aumenten decentemente el sueldo, bueno, cuando tenga chamba, conseguiré los aparatos musicales más sofisticados y modernos, y tendré mi propia colección de *hits* recientes y entonces viviré mi vida como es debido, me libraré de reglas estudiantiles y sobre todo de la autoridad familiar, entonces sí, la voy armar a lo grande, juntaré para un convertible o un coche con quema coco y todo, y compraré una guitarra eléctrica, un bajo y una batería. No, no, de cocina no, mamá, y podré rentar un apartamento amueblado para pachanguear con mis cuates, esa sí será vida y así podré disfrutar la libertad que tanto ansío, porque desde que me acuerdo, ustedes no me dejan salir ni a la puerta, siempre tengo que avisar a dónde voy, y dónde ando, y de pilón con quién, pero eso se tiene que terminar, ya no quiero que me mortifiquen recordándome los estudios, ni el pelo largo, ni las camisetas negras, ni el modo de hablar, pues la chaviza de hoy habla sin rodeos y con palabras a tono y muy *chidas.*

Ay, si ya lo sabía, siempre lo mismo, cada rato me refieren lo del choque, pero de veritas que yo no tuve la culpa, fue el idiota del taxista que iba a exceso de velocidad y eso que traía pasaje, a las dos viejitas de noventa ¡qué bruto! Lo que pasa es que a mí me echó la culpa, el muy ingrato, dizque porque

él estaba bien fregado, el pobre. Además, ustedes ni salieron perjudicados ya que la aseguradora pagó todo ¿o no?Ya sé que ustedes solo se fijan en lo material, ¿y yo qué, a ver, si quedo rengo o tullido para siempre, me hubieran regañado y castigado igual? ¿Ah no, verdad? Total, ya ven, ni el alboroto que hicieron, pues tengo buenos reflejos y eso sí, nadie maneja como yo, aunque tarugos hay donde quiera y ese taxista se me atravesó y *pa'*acabarla hasta disculpas tuve que dar nomás por obedecerlos a ustedes que al cabo ni comprenden que tengo muchos problemas en la vida y en la escuela, fíjense: Selene ya me anda sacando la vuelta, me dijo Loren que ya le gusta otro chavo, uno de la onda *dark* por eso la oscuridad me invade desde entonces, lo sé, porque perdí la apuesta de la final de Super *bowl* ¡por puritita mala suerte! y ya no voy a poder presentar los extraordinarios pues aposté toda la lana que me dieron para eso, pero les juro por Diosito santo que por poquitito ganaba el doble, nomás que el extraterreste de negro que se atravesó en mi vida me trae asoleado, tiene *neuma* y no cabe duda que me trae mala vibra. ¡Mira que gustarle a Selene, si está tan grandote y feo. ¡Yo no sé qué le ve… mi linda chaparrita, pero *pos* así es la vida, y cambiando de tema… Sí, si con eso de que en el Bachi nomás se pueden presentar dos materias a la vez, pues lo friegan a uno. Se ve clarito que lo hacen a propósito, para que ya no vuelva uno el próximo semestre, para darle el lugar a otro más tarugo, pero seguramente mejor recomendado. A mí hasta ganas me dan de ir con el Direct a ver si me aliviana, ya que dicen que es buena onda no como el anterior, pero con cuatro tronadas lo más seguro es que me mande a la ferretería por un tubo y ya no vuelva a ver a la raza de mi *scul* por culpa de la odiosa maestra lagañosa de física que ya me trae de encargo. Fíjense, a todos sus queridísimos consentidos les aceptó su mugrero

de trabajo, nomás a mí me puso mil pretextos para tronarme y vengarse, pues ¡la venganza es más dulce que la horchata!, seguramente por las bromas que le hice en el salón. Yo nomás insinúe que tenía memoria de elefante y que parece naca, pues trae faldas cortas con botas vaqueras; ya ni la hace, y además usa el pelo tricolor, con eso de que nos gustan rubias se cambia el tinte cada ocho días y ya lo trae todo veteado y hasta chicloso. Ah, y de pilón usa lentes de la inquisición, porque es de esa época. Desde el principio se le notó que la trae conmigo, nomás porque yo no le regalo chocolates ni donas en el recreo, claro, a los barbones les da varias oportunidades; si esto es lo mismo en todos lados, con mordidas consiguen todo lo que quieren, fíjense nomás, es que ustedes no saben las de Caín que sufro, pues el profe de deportes que no sabe nada de americano siempre me deja en la banca con ganas de *tacklear* a los fresas defensivos de tercero que son sus consentidos, que porque nunca llegan tarde, ni faltan a los entrenamientos, que porque no tiene ninguna reprobada y que tienen el vigor y la destreza para dar embestidas rabiosas y someter al equipo contrario, pero en realidad son unos faulistas y tienen el récord de amonestaciones, y eso no merece ningún reconocimiento, al contrario deberían respetar a los jugadores y no andar dando golpes bajos así nomás, solo porque, les bajan la novia o les caen mal o porque les huele la boca y el sobaco… ¿Nomás por eso? Total, yo ya me resigné a no ser el campeón de la temporada, *al cabo* ya vendrán tiempos mejores y entrenadores más *güenos* que sepan descubrir los verdaderos talentos y los valores escondidos de mi escuela.

En definitiva, me conformo con mi suerte, si no me toca la profe de química, esa espantapájaros que no tiene novio ni corazón, y si acaso me equivoco y tiene músculo cardíaco, seguramente será de acero porque resiste los proyectiles más

poderosos y de alto alcance, por lo mismo no se apiada de nadie y aunque uno le llore y le llore todo el día no hace caso, ni da un punto extra aunque termine la práctica a tiempo, y resulte positivo el experimento si no se equivocan de ácido ni agregan formaldehido al nitrato, ya que explotaría el laboratorio junto con los *nerd* que abundan hoy en día. Eso sería espectacular. Pero yo les aseguro, mis queridos progenitores, jamás haré mal a nadie, ni tampoco deseo mala suerte a los vanidosos, nomás: ¡un rayo los parta! Los rayos del monte Alicarnaso en plena tormenta. Yo creo, madre mía, de mi corazón filial, en la justicia divina y estoy convencido que todos los malvados, tarde o temprano, se cocerán a fuego lento. ¿Se pondrán rojitos?

Déjame hablar *má,* por favor, ustedes no saben escucharme ni comprenden la angustia existencial que me corroe el alma y la gran preocupación que sufro por pensar que tendré que hacer una carrera universitaria, pero necesito recargar las pilas, tomar unos días de descanso e irme siquiera unos días a Majalca o a Basaseachic a visitar de nuevo la piedra del gigante, ¿la conocen? Es la que queda a espaldas de la cascada, casi nadie la conoce, es donde se juntan las tres caídas de agua, las vertientes de los ríos: el Candameña, el Basaseachic y el otro ya no me acuerdo, pero es donde se quedaron varados a media luna, digo a media altura, los alpinistas italianos ¿eran italianos? en una de esas dizque aventuras de montaña: el gran turismo espectacular, turismo de vanguardia, la sierra y sus defensores, y ¿a los indios quién los defiende? si les han arrebatado la sierra con todas sus barrancas y sus acantilados, si mi abuelo siempre decía que los indios son los únicos dueños, no esas señoras de alcurnia que heredaron según esto de propietarios inverosímiles, y ahora tienen hoteles en esa tierra herida, que tampoco es del gobierno. Es territorio de

los tarahumaras nativos y originarios que ahora viven en la penuria, en la tristeza absoluta y en la completa miseria, pero como a río revuelto ganancia de pescadores, ahora hay gran publicidad internacional: paseos en la tirolesa a costo europeo, regreso en espectacular teleférico, disfrutando el paisaje de la sierra sobre el abismo, mientras los niños indígenas con sus pies desnudos, y sus canastitas de mimbre posan para las cámaras de los extranjeros que los miran como bichos raros, y ni siquiera les dan korima porque no traen cambio en dólares, pues ¿qué no se habrán visto esos especímenes del país vecino? Y ¿qué decir de Arareco y los nadadores de alto rendimiento? *Híjole*, y pensar que esa ha sido la ilusión de toda mi vida, cruzar nadando, el lago en invierno o tan siquiera en verano ¿ustedes creen que lo pueda lograr sin aletas?

Miren, padres míos, ustedes que me han dado la vida entera, que me han visto crecer en un mar de dificultades, deben tratar de comprenderme, porque la vida está cab… digo… canija, *verdá* de Dios y sin que yo exagere: la competencia está ruda, en todos lados te ganan la partida, qué si en la escuela, qué si con las niñas, qué si en los deportes… Ahora, dizque con la globalización: todo resulta incluido, y con eso del tratado de libre comercio: todo resulta de alta competencia, por eso tienen que darme respaldo y apoyo incondicional para que yo pueda prosperar a lo grande, ustedes tienen que comprender que ya no son los mismitos tiempos de antes en que ustedes vivieron, aquellos tiempos en que todos se ayudaban entre sí a conseguir chamba, a conseguir becas y compensaciones por aquí y por allá, ¿ya había becas?

Miren, por lo pronto necesito respirar aire puro, abrir mis pulmones en un acto de amor a la vida, para despejar mi mente y concentrarme mejor en el porvenir. ¿Qué será de mí?, esto me pregunto todas las noches durante el insomnio

que me ataca y se burla de Morfeo. Todas las noches hago un recuento de mi vida y la neta que me angustia el futuro, pues no sé qué será de mí el día que ustedes me falten. ¡Me muero de dolor de solo pensarlo! Entonces tendré que irme al otro lado a lidiar con los malditos gringos, esos *jíjos* de *sú* que ni *mother* tienen. Tendré que ir a regalarles mi trabajo con el riesgo de perderlo todo hasta mi dignidad y mi nombre, porque *pa'* chambear tengo que comprar un permiso a nombre de otro *güey*. Pero eso sería una ignominia, una contradicción del mundo; yo, un hijo de familia, criado en buenas escuelas y entre los mejores amigos del mundo. No, ojalá nunca suceda, ni por mala suerte que vaya yo a descender a tal grado de ir a verles las corvas a los pin… güeros. No, mamá, yo solo iba a decir… los pin… tados de su amanecer. Sí, *Pá,* debo elevar mi vocabulario, y reconozco que debo madurar como ustedes dicen, mejorar mis hábitos y superar mis arranques juveniles, sé que debo controlar el caballo negro de mi izquierda e impulsar el caballo blanco de mi derecha para que mi vida se sostenga en equilibrio y armonía entre la naturaleza de lo negativo y de lo positivo, de lo fuerte y lo débil, de la bondad y la ignorancia, de la belleza y los *dark*. ¡Ni modo!

Ah, sí, también debo aprovechar el presente para construir un puente seguro que me proyecte hacia el futuro. ¿Cuál será mi destino? Tengo que hacerme a la idea de que pronto tendré que navegar en altamar y que solo con una bruja buena, digo con una brújula buena llegaré a puerto seguro. ¿Me encontraré a Selene en la desembocadura del océano?, oigan, ¿dónde desembocará?

Sí, *Má,* pero permíteme terminar, pues precisamente en estos momentos de confusión y desamparo necesito más de tu cariño y tu consuelo, ¿recuerdas cuando me contabas los cuentos de Simitrio y del rey Midas? ¿Cuando me arrullabas

entre tus brazos al azotar el viento las ventanas? Yo sí, cada noche recuerdo las manías del rey Midas que todo quería tocar para volverlo oro. ¿Por qué serán tan materialistas e interesados, los reyes y los súbditos?

Pero, al grano, al grano y en lo que íbamos: ahora, padres míos, urge decirles que necesito más de su apoyo para alcanzar y demostrarles la madurez que tanto ansían, pero recuerden que la madurez mental no siempre corresponde al nivel cronológico, ¿imagínense que yo anduviera ahorita como vagabundo, errando en una ciudad extraña, perdido como un peregrino sin ruta ni fe?

Mamá, has pensado alguna vez… ¿qué sería de mí y que sería de ti con la incertidumbre de un hijo perdido, y yo sin conseguir chamba y sin tener mesada, sin alguien que me tienda la mano, sin tener qué comer ni en dónde dormir?

Sabemos que la vida es dura y tenemos que poner todo nuestro ingenio y esfuerzo para alcanzar el progreso, por eso ahora ¿me dejarán ir a la sierra?, miren ahora no les pido ir a la playa ni a Ruidoso y menos a Budapest, ahora nomás quiero ir aquí a aspirar aire puro. Por favor, solo diez días o acaso quince por si me pierdo. Ojalá que no, por eso vamos un grupito para protegernos y cuidarnos entre sí. ¿Supieron que hace algunos años se perdieron unos talleristas por el rancho San Lorenzo?, no eran de taller de carros sino literario. Qué barbaridad… si ellos que parecen tan listos se perdieron, ¿qué será de nosotros? Claro que nosotros contrataremos buenos guías, nativos del lugar que conocen el terreno, y las verdes y hermosas escarpadas. No escatimaremos ningún gasto y estoy seguro que ustedes en esto estarán muy de acuerdo, porque necesito… *Okey*, *okey*, sí, tienen razón… Les prometo que regresando del viaje les voy a pintar la reja, el patio y la cochera y les dibujaré alcatraces como los de Diego y utili-

zaré colores mexicanos para que den luz y brillantez a toda la colonia, y nuestra linda casa se mire desde lejos*: fiuscha*, magenta, turquesa, mostaza y azul eléctrico, ¿qué les parece? Les aseguro que les haré toda una obra de arte municipal y… quedarán encantados.

¿Qué, qué?, sí mamá, ya lo leí varias veces. Ay, ustedes no dejan a uno hablar sin interrupciones, que sí, ya lo leí varias veces, y hasta me lo aprendí de memoria. Aquí tengo la revista donde dice: Karamoya: jóvenes y niños recorren a pie, y a veces, descalzos, hasta veinte kilómetros para conseguir agua. ¿Veinte kilómetros? Qué va. ¡Qué hueva! Oye*, pá,* ¿cuándo van a arreglar el *Skay*?

La clave

Amelia ha pasado sus mejores años dedicada al mejoramiento estético de sus clientas y cada día es más experta en dar masajes de reducción y relajación. Sus manos de hada han quitado el estrés y han sanado músculos tensos y ligamentos atrofiados por el exceso de ejercicio o por inactividad. Desde hace algunos semanas su agotamiento ha aumentado y ahora que siente un dolor extraño en la cadera piensa que su trabajo físico está afectando sus huesos, por ello su mejor amiga le ha recomendado al médico ortopedista Soborno quien tiene especialidad en columna. "No te descuides, ya tienes muchos años trabajando en eso, mejor ve con un especialista."

Ayer fue la cita de Amelia quien se levantó tarde, porque el dolor no la dejó dormir, y apurada se puso a buscar el uniforme blanco que usa para su trabajo. A última hora se acordó que no tenía ningún pantalón limpio, así que se puso uno viejito que estaba olvidado en el último cajón del armario. Cuando se dio cuenta de que estaba descosido del zipper, decidió usarlo así, porque ya no tenía tiempo para ponerse a arreglarlo, confiando en que la filipina le cubriría el desperfecto.

Consiguió permiso en su trabajo para salir a media mañana a la cita del famoso y prestigiado doctor Soborno. Alcanzó a llegar a tiempo, pero sumamente cansada y adolorida, porque se vio obligada a caminar demasiado, pues el consultorio resultó más retirado de lo que le dijeron.

Después de dos horas de espera, el médico la recibió levantando apenas la cabeza, y con una leve sonrisa le hizo varias preguntas pertinentes a su problema ortopédico. Después de completar la ficha médica, el profesionista le pidió que se

pusiera de pie y se inclinara al frente para observar y valorar la colocación de los huesos de cadera. Ella recordó de pronto la ruptura de su pantalón, y tratando de salir del apuro solo se dobló en cuclillas para evitar exponerse al ridículo.

—No, no –aclaró el especialista, levantándose de su silla ergonómica y mirándola con sus lentes de media luna– así no; mire, fíjese bien: extienda su cuerpo todo lo que pueda hacia arriba, luego –dijo– dóblese, y al mismo tiempo extiéndase al frente con lentitud.

Con tal explicación quedó la paciente más desconcertada, ¿y entonces qué haré?, si me agacho como dice el doctor se me va a ver el pantalón roto. Ah, ya sé –decidió antes de que el pánico se apoderara de ella en ese momento crucial de su existencia– levantarse por los hombros la filipina y acomodarla, jalándola hacia atrás, de tal manera que por la espalda quedara más larga. En efecto, la prenda superior sobrepasaba completamente los límites rotos por eso creyó que saldría triunfante de su problema, el cual ya le estaba provocando una gran tensión.

Cuando el doctor la vio jalarse la blusa hacia atrás y apenas inclinarse con temor, le dijo, corrigiéndola:

—No, no, así no. Mire señora, debo revisar bien sus huesos en esta posición, pero tiene que hacer el ejercicio correctamente, ¿me entiende? Así que vamos a ver de nuevo: suba los brazos todo lo que pueda, extienda todo su cuerpo y después, doble su cintura para inclinarse hacia el frente de manera que su cuerpo adquiera la posición de una escuadra. ¿Me entendió? –interrogó exasperado.

Amelia ya no respondió, porque seguía pensando cómo evitar que la viera con el desperfecto, pero el galeno desesperado volvió a ordenar al comprobar su tardanza.

—Ya, señora, obedezca, haga el ejercicio que le estoy diciendo.

—Sí, sí, doctor, nomás dígame: ¿usted, dónde va a estar, adelante o atrás de mí –preguntó Amelia con preocupación?

—Atrás, naturalmente, señora. Tengo que calcular cómo se incrusta el fémur en los huesos cóncavos de su cadera.

Entonces ella, tratando de ganar ventaja, preguntó:

—¿Así con ropa? –en ese momento, la paciente hubiera preferido que la revisión fuera envuelta en una sábana o con algo que la cubriera para que el doctor no pudiera contemplarla en esa extraña posición, y para colmo con el pantalón roto.

—Claro que con ropa, no necesito que se desnude para apreciar la colocación de sus huesos. Así que por favor inclínese al frente, rápido –indicó, impaciente.

Claro –afirmó la masajista, sintiendo correr el sudor por su espalda y la entrepierna– la velocidad es la clave, lo haré tan rápido que ni el mismo doctor con sus gafas de aumento alcanzará a verme. Y decidida se paró derechita, elevó ambos brazos al cielo, juntó sus manos en el viento, se extendió al máximo respirando profundamente y se agachó tan rápido que provocó una cálida ventisca en el consultorio. Conforme a sus planes, regresó según ella en un cerrar de ojos a la posición inicial.

El doctor movió la cabeza en señal de desaprobación, pero ya no insistió más, le indicó otras posturas más fáciles donde no ponía en riesgo la estabilidad emocional de su paciente, y por supuesto ordenó varios estudios de rayos x para verificar su diagnóstico.

—¿Estoy muy mal, doctor? –interrogó preocupada Amelia con el rostro enrojecido por el bochorno.

—Tendremos que esperar a los estudios, en cuanto tenga los resultados haga de nuevo otra cita.

—¿Cuánto le debo, doctor? "Ojalá no me cobre –pensó al ver el reloj y comprobar que solo había ocupado diez minutos de consulta."

—Pague a mi secretaria –respondió Soborno sin mirarla, levantado el auricular para atender el teléfono que en ese momento empezó a repicar.

—Y ¿en la otra cita también me va a cobrar? –preguntó con timidez.

—Naturalmente, señora.

A los pocos minutos salió Amelia del enorme edificio, respirando aire fresco, se sentía aliviada de haber pasado ese trance tan penoso que hasta la dolencia de cadera se le olvidó.

Llegó enseguida a la reunión de los martes, en casa de Natalia, contándoles a sus amigas la tensión nerviosa que había sufrido minutos antes y todo por no haber zurcido un pantalón. Una de sus amigas le dijo para calmarla.

—A ver, amiga, vuelve a hacer el ejercicio para fijarnos qué se te alcanza a ver.

Amelia, dispuesta, recordó los pasos indicados por el médico para realizar la posición comprometida y formar la dichosa escuadra. Al instante aplicó su estrategia: subir los brazos, extender el cuerpo, doblar la cintura al frente y regresar con rapidez a la posición inicial para evitar que se fijaran más de la cuenta.

—Lo hice muy rápido, ¿verdad qué así no se ve lo descosido? ¡La rapidez es la clave!

—Ja, ja, ja –sus amigas soltaron fuertes carcajadas al mismo tiempo.

—¿Por qué se están riendo, méndigas?

—Ja, ja, ja –ellas tiradas de risa no podían contestar, hasta que una dijo:

—Nomás se te ven en la mera raya las florecitas rosas que resaltan con la blancura del pantalón.

—Ja, ja, ja… –siguieron riéndose al ver la cara sorprendida de Amelia quien muerta de pena intentaba revisarse.

—¡Ay, no me digan! ¿A poco sí se me ven los calzones?

La empresa

Siempre he tenido un espíritu de superación mayor a mis fuerzas. Es algo que he llevado conmigo desde pequeña porque lo heredé de mi padre. La mayoría de las veces me ha dado satisfacciones y logros, pero también me ha puesto en situaciones difíciles. Cuando terminé la carrera ya tenía dos años trabajando en negocios importantes, así que conseguí fácilmente un mejor empleo en la banca. Durante ese tiempo me casé y hacía hasta lo imposible para sobresalir en mi trabajo, tomaba responsabilidades que otros rechazaban y la mayoría de las ocasiones sugería propuestas acertadas, involucrándome. Siempre dispuesta a cualquier colaboración extra, así que ascendí rápidamente a gerente de crédito, para entonces me embaracé y aún así no perdí terreno en el laborioso y difícil arte laboral. Trabajaba de sol a sol, las semanas se iban como días y los meses como semanas, mi trabajo cada vez era más absorbente, los directores exigían mayor cobertura y recuperación, más rapidez y más eficiencia, así que seguí dando más tiempo, dedicación y esfuerzo, ya que me sentía bien compensada, mi sueldo en aquel tiempo era de veinte mil pesos mensuales, pero mi vida se fue reduciendo a una pertenencia de valor en los haberes del banco.

Cuando recapacité en ello ya estaba aturdida por el teje y maneje de una empresa cuyos objetivos me iban dejando al margen. La maquinaria pesada de los días y el exceso de trabajo me presionó de tal manera que solo generaba fuerzas para ascender y en lograr mayores reconocimientos, pues siempre he admirado la decisión de la mujer por conquistar el mundo y ahora que estaba en el terreno propicio me parecía posible hacer mi sueño realidad si continuaba trabajando de

esa forma, aunque a veces me remordiera la conciencia por no estar más tiempo con mi esposo y con mi pequeño que había nacido en el mundo bursátil de una madre dispuesta a todo por ascender la escalera del éxito.

Por aquellos días llegó de México la directora nacional del Banco Mercantil del Noroeste, una mujer de mayor edad que era toda una eminencia en materia bancaria, había dirigido verdaderos emporios y establecido sistemas e innovación en seguros y captación de inversiones, además poseía una seguridad extraordinaria y un carácter jovial.

Era el modelo de la mujer moderna y eficiente que había logrado consolidar el éxito profesional y económico. Tuve la fortuna de atenderla y convivir con ella durante su estancia en esta ciudad de grandes empresas y surgió entre ambas una empatía inmediata a pesar de la diferencia de edades, pues ella me llevaba más de veinte años, pero eso no fue ningún impedimento para iniciar una sincera amistad. Después de haberla tratado durante varios días, antes de su partida, se me ocurrió preguntarle qué tanto valía la pena dedicar la mayoría del tiempo y todo nuestro esfuerzo al trabajo.

Al escucharme, su linda sonrisa se desvaneció, al verla hasta me arrepentí de haber hecho esa pregunta si era obvio que era una mujer realizada y feliz, solo bastaba escuchar sus conferencias motivadoras y entusiastas para asegurarlo, pero ella me dijo: "Ay, tú sabes que estoy por jubilarme y podría irme a viajar por el mundo y a disfrutar de la vida como nunca lo he hecho, pero no puedo, a mi esposo le han detectado cáncer –guardó silencio y continuo con voz entrecortada– mi hija de quince años tiene un bebé de tres meses, imagínate, y mi hijo mayor está internado en una clínica de rehabilitación.

Nunca tuve tiempo para atender a mi esposo ni para darles suficiente amor a mis hijos, así se me ha ido casi toda mi vida trabajando para una institución que cada vez me pide más y más por el mismo sueldo. Puse toda mi inteligencia y empeño en el trabajo, pero descuidé la empresa más grande de la vida: mi familia. Las fuerzas no me alcanzaron para tanto."

La señora Olivia terminó de hablar con el rostro cubierto de lágrimas. Me quedé inmóvil, sin aliento, no sabía qué decirle ni cómo consolarla, únicamente la tomé fuerte del un brazo tratando de demostrarle mi solidaridad. Ella se incorporó, me abrazó y me dio las gracias por mi comprensión.

A fin de mes presenté mi renuncia. Mis superiores no alcanzaban a comprender mi decisión tan apresurada y según ellos, sin sentido, cuando me encontraba ya tan cerca de la gloria profesional. Es más, creo que aún no lo entienden.

Tres meses después conseguí un trabajo sencillo con menos de la mitad del sueldo, pero obtuve más tiempo para mi familia.

Ahora disfruto intensamente a mis hijos, soy cumplida en mi trabajo, pero ya no aspiro a ser la gran mujer que lo domina todo.

Incertidumbre

El jueves pasado me invitaron a la despedida de Claudia, una amiga que va a contraer nupcias por segunda vez. Estuvimos felices de volvernos a juntar las compañeras de la universidad y amigas de aquella época. La fiesta quedó bien organizada: llevaron un pequeño conjunto y cantamos con ayuda del micrófono, el platillo estuvo riquísimo y los pays de mandarina, exquisitos. La pasamos fascinadas escuchando las novedades más recientes.

Yo me retiré antes de que se terminara el festejo, porque llevo a mi hija temprano a la escuela y no puedo desvelarme, así que dando las once salí directo a mi casa. En el camino se marcó la flecha roja del combustible y decidí desviarme para llegar a la gasolinera más próxima. Le di al empleado la llave del tanque y esperé con paciencia que me despachara. Cuando volteé a ver si ya había terminado noté que me hacía señas, pero pensé: son figuraciones mías, ni modo que este joven me esté haciendo la corte. Traté de superar mis sospechas, pero vi claramente que me seguía haciendo gestos expresivos y empezó a preocuparme. Al regresar con las llaves me desconcertó cuando dijo:

—Señorita, tiene que bajar y pagar en la oficina –me dijo moviendo la cabeza hacia un lado.

—Pero, ¿por qué? –interrogué indignada, y al parecerme extraño intuí el peligro en su actitud y no me bajé del auto.

—Señorita, por favor, vaya a la oficina –volvió a decir el despachador, y ante esta insistencia le dije rotunda:

—Tenga, cóbrese –ordené, entregándole dos billetes de doscientos pesos, pero él me volvió a decir sin tomar el dinero.

—Le digo que vaya a la oficina, hágame caso, señorita –insistió señalando el asiento trasero de mi vehículo. Pero yo pensaba, pues ¿qué fregados trae este?, y buscaba con la vista a alguien para pedirle ayuda, pero no había más clientes en esos momentos, ni empleados, bueno solo uno que estaba ocupado, y se veía por el cristal de la oficina. "Mangos", dije para mí, se me hace que estos me quieren poner un cuatro, así que recalqué con mayor firmeza:

—Oiga, o me cobra o me voy sin pagar.

—No señorita, por favor, no se vaya, escúcheme –suplicó de nuevo el empleado.

Ya estaba tan nerviosa que activé los seguros de las puertas eléctricas y subí el vidrio de la ventanilla. Al verme decidida a irme, el joven detuvo bruscamente el cristal en movimiento y me entregó un papel: "Bájese rápido, un hombre está escondido atrás de su asiento." Al leer esto mi primer impulso fue bajar corriendo, pero mi sexto sentido me indicó encender el automóvil y arrancar antes de que intentara detenerme, pero mis piernas no respondieron, no sabía si era verdad lo que me estaba diciendo y dudé terriblemente: si bajo y me agarran, ¿qué hago? y si me voy, y en verdad traigo a alguien aquí conmigo, ¿qué hago? Todo esto pensé en instantes, mientras volteaba hacia atrás de los asientos, pero no veía nada, entonces el empleado, dijo casi desesperado:

—Señorita, por amor de Dios, no se vaya así… –no sé si fue la palabra Dios que me hizo obedecer, abrí la puertezuela y bajé lentamente, encomendándome a todos los santos y caminé despacio hacia la oficina guardando suficiente distancia del empleado. Él tomó el teléfono y llamó a la policía, mientras el otro preguntaba qué pasaba. Yo pensé: ¿y si están fingiendo para secuestrarme? En esa angustia me encontraba cuando llegó un vehículo y se detuvo enseguida de una de las bombas y

yo seguía con la sospecha: ¿y si es algún cómplice? Ay, Diosito santo, ¿qué haré? ¿Y si vienen por mí? En eso llegaron dos patrullas aceleradas, enfocando la oficina. Al captar la señal de los despachadores, fueron hacia mi automóvil y bajaron cuatro elementos armados, empezaron a rodearlo y a exigir a viva voz que salieran del automóvil, pero nadie respondió a la orden, hasta que los policías se acercaron más, aluzaron hacia el interior, abrieron las puertas traseras y bajaron a un hombre desconocido, encañonándolo por ambos lados.

—¡Ay, joven, qué barbaridad, le debo la vida! Mil gracias –le dije al empleado que sonreía de nervios– discúlpeme por desconfiar de usted. Pues ¿cómo se fijó en ese terrible maleante?

—No sé cómo lo pude ver en la oscuridad. ¡Pero gracias a Dios que usted me hizo caso! –agregó mirando cómo se llevaban al delincuente entre varios policías.

—Fue la palabra Dios que me hizo reaccionar. ¡Gracias!

Millennials

Con admiración
a mi campeón Gibrán

Ahora son otros tiempo y han cambiado mucho las cosas, compadre, mire *usté*, todo es diferente con la tecnología, esa *modernidá* que ahora nos invade por completo, y eso que sale muy cara, aún así todo el mundo trae sus celulares y sus *tables*. ¡Yo no sé cómo le hacen, tan difícil que está la vida!

—Pues sí, pero vale la pena, pues con el *Interné* se sabe todo.

—Pues eso creen: que saben más solo porque traen esos aparatitos.

—Bueno, bueno, así se entera uno y estamos comunicados con el mundo.

—Pues con el más allá, nomás perdiendo el tiempo en esos *whasape*, *el masenjer, y el facbook* y ahora ya no tienen tiempo *pa´*otra cosa.

—También sirven para comprar o pagar en tiendas y… el celular, los impuestos, y demás.

—Sí, ya sé que es una lata andar dando vueltas y vueltas, como el otro día que fui a pagar, y qué cree, luego lueguito me ordenó la cajera.

—Deme el número de su nip.

—¿Cómo dice, señorita –le pregunté intrigado?

—¿Qué cuál es su nip?

—Pues es que no entiendo, ¿para qué necesito eso? –le respondí un poco incómodo –yo nomás vengo a pagar.

—¿No tiene nip?

—No señorita, no tengo ni pin, ni kin, ni nip.

—¿Cómo qué no tiene?

Me volvió a preguntar delante de otras personas que esperaban también en la fila. Y me sentí un inútil sin nip. Es que cree, la ingrata, que mi obligación es tener nips, además de pagar impuestos y estar pendiente de todos los recibos. De pilón hasta me regañó la seño… y me amenazó…

—Pues ¿por qué no tiene?, es usted un causante distraído, debe acatar las disposiciones del fisco. Si no se ajusta se le cargarán intereses.

—Pero ¿por qué, oiga –le dije yo– por qué no puedo pagar si aquí traigo el dinero, y además ¿por qué me van a cobrar intereses?

—Porque no tiene nip.

—¿Por eso me va a cobrar?

—Bueno, no es por eso, es que si no tiene nip, no puede pagar –le repito.

—Pero óigame, señorita le digo que no tengo y tampoco quiero, solo quiero pagar.

—Pues primero tiene que traer el nip.

—Ah, qué caray y eso ¿cuánto cuesta? Apenas completé lo del convenio y ahora tengo que comprar un nip que ni quiero.

—No se compra, señor. Se tramita.

—Bueno tramítemelo de una vez, si el favor me hace.

—¿Yo? No señor, yo no tramito nips, para eso hay gente especializada.

—¡Mire, qué bien! Entonces ¿cómo quiere que consiga un pin?, si no lo venden en las tiendas.

—Ay, señor, pues pregunte a las personas indicadas.

—Pues dígame quiénes son…

—Le daré un teléfono, mire llame al 070 y luego marca el 238 77 00 extensión 6128 para el predial. Ahí lo pasaran con un servidor.

—Ay, sí, ese es como el 1800 800 800 que son el cuento de nunca acabar, lo mandan a uno a mil conexiones, y de ahí a otra y de ahí a otra más hasta que lo sofocan a uno, pero nunca nos resuelven nada. Yo solo quiero pagar, señorita, necesito pagar para que no me hagan recargos, y conste que usted no me quiere cobrar.

—Es que no trae su nip, primero consígalo y luego vuelve, porque mire, ya tengo mucha fila, así que váyase por su nip.

—Qué no tengo señorita, no tengo ningún nip. ¿No entiende?

Le tuve que contestar muy enojado, porque me llenó el buche de piedritas esa señorita estirada, ahora las escogen tipas y jóvenes pero no resuelven ni una. Si no son estatuas. Viera usted, compadre qué molesto fue todo eso que ni entiendo, y enseguida de personas que nomás se me quedaban viendo. ¡Si no tengo monos en la cara! Yo solo quería pagar y no deberle ni al fisco ni a nadie.

—Ay, compadre, pues a mí me pasó algo parecido –comentó don Atilano– fui a la dependencia del ISSSTE y me pidieron mi Fiel. Yo les dije que no la conocía, qué no sabía de quién se trataba y hasta me sentí aludido, ¿por qué se meten con mi intimidad?, dije yo. ¿Por qué quieren saber si soy fiel o no? ¡Qué va! Ya tiene uno que preguntar siempre, porque adivinar puede meterlo a uno en problemas…

—Me dijeron que la Fiel es una firma electrónica.

—¿Tiene electricidad o qué?

—No, no, te registras por *Interné*, la dan en una dirección.

—¿Cuál dirección, *pos* dónde vive?

—Abres tu computadora, escribes arriba la dirección y ahí te piden los datos para que consigas tu firma Fiel.

—¿Por qué tiene que ser fiel?

—No, hombre, pues así le pusieron a esta firma registrada para que la utilices en tus movimientos en la red.

Pues tiene razón, es mejor preguntar, aunque se irriten más las personas que no tienen paciencia.

—Pues ¿qué creen? Que porque nos ven viejos no tenemos derecho al respeto y buen trato.

—Mira, Elpidio, no te desesperes, porque eso de la tecnología es buena, dicen que podemos escanear las vacas.

—¿Escandear? ¡Pobres vacas! Tendré que conseguir aparatos y gente para *escandear*, pero con qué, la siembra y los animalitos no dejan para esos lujos.

—Se dice escanear, Elpidio y se registran los animales, y vas a traer las chivas y las borregas en el celular.

—¡No me digas! Pero ¿cómo? ¿Eso es posible? ¡Pues qué diantres!

—Son formas que traen los celulares nuevos para que tengas todo en orden y ya no se te olvide cuántos animales tienes, ni cuándo van a parir.

—¿También los celulares saben cuándo paren mis vacas? Pues sí que están muy adelantados con esa tecnología que nos ha cambiado la vida.

—Claro, la tecnología es maravillosa, nos da velocidad en todo, principalmente para pagar, y comprar por línea y sin hacer líneas.

—Pues no siempre, acuérdate. La tecnología también es un desastre. Mira, nada menos ayer fui al banco y no había red, yo les dije que a mí no me importaban sus redes que nomás me dieran el efectivo, pero me dijeron que no podían, y las cajeras se pusieron a revisar todo el tiempo su *facbook* y solo repetían a los clientes sin levantar la cabeza: "No hay red, lo siento, no hay sistema."Y se hizo una gran fila y a ellas les valió, y ahí seguimos enfilados y nada, nadie se movía ni se

iba, ahí pasamos las horas y la red nunca llegó, y sin remedio nos empezamos a ir sin dinero y sin red. Yo cuando me fui me fijé en el camino por si llegaba, pero nunca la vi.

—Pues fue un caso aislado, casi nunca sucede eso.

—¿Ah, no? Pues a mi mujer ya le ha pasado tres veces y creemos firmemente que esa tecnología no es tan maravillosa. Causa muchos problemas, ahora ¿con qué compro pastura y con qué le pago al vaquero? ¿Y luego el chivo?

Nuevos inquilinos

AYi, con amor por siempre

Después de contratar a una inmobiliaria, finalmente se rentó nuestra casa en la colonia Paseos. Me sentí más tranquila pensando que al menos por un año no tendríamos que preocuparnos por el pago de la renta ya que la inmobiliaria hizo firmar a los inquilinos además del contrato normal, una fianza por el teléfono, el agua y la luz.

Antes de vencerse el primer mes, una vecina me llamó para preguntarme por qué les habíamos rentado la casa a esa clase de personas, yo al principio no le entendía, hasta que me aclaró "Dicen que tu casa es un lugar donde engañan a la gente para sacarles dinero con eso de que cambian el destino y ahuyentan la mala suerte." Por mi parte le expliqué que ahora era un centro de superación llamado Alternativa Psíquica y que ayudaban a las personas con problemas de inseguridad y autoestima, pero ella insistió: "No es verdad, investiga porque te engañaron." Cuando terminé de hablar con Oralia me quedé preocupada, pensar que mi casa se utilizara para actividades oscuras me ponía nerviosa, por eso en cuanto llegó mi esposo le conté las advertencias de la vecina, y me dijo: "a mí se me hace que son puros inventos o envidia, porque ahora tenemos una casa más grande, además si los inquilinos utilizan métodos alternativos para que la gente se sienta mejor a nosotros no debe importarnos, con que paguen la renta y no den lata, punto."

Aunque no quedé convencida dejé pasar el tiempo y pronto llegó el día de cobrar la primera renta así que me levanté más temprano de lo habitual para ir a comprobar o descartar lo que me dijo Oralia.

Dejé a mis hijos mayores en la escuela y fui con mi pequeña que no tuvo clases en el kinder. Cuando llegamos a la casa Lucy no quiso bajarse y sin poderla convencer la dejé en el auto, hojeando el libro de estampas que le regaló su madrina.

Mi sala era ahora una amplia recepción con sillas de color naranja y un escritorio de madera ubicado cerca de la pared tapizada con diseños japoneses que yo había puesto tiempo atrás.

Una muchacha con aires de verdadera secretaria me recibió "ya llegó el maestro, ahorita la paso antes de que lleguen los pacientes" –me dijo–. Mientras me puse a escudriñar hasta los rincones y a hojear las pocas revistas que estaban sobre una repisa. "Pase por favor" me indicó la joven, y me condujo a lo que era antes la recámara principal donde mi esposo y yo tantas noches nos rendimos de amor y sueño.

Al entrar percibí de golpe el aroma concentrado de hierbas y miré que la única vela sobre el escritorio ardía vigorosamente por el aire acondicionado; junto a ella se movía un péndulo metálico que parecía infinito, y sentado al escritorio estaba el maestro con traje negro y el cabello largo y oscuro, peinado hacia atrás. Era un hombre joven de baja estatura, pero inmediatamente se podía distinguir la firmeza de su carácter, y la entonación especial de su voz, característica de las ciudades del sur.

Señaló la única silla al enfrente para que me sentara y después de saludarme, contestó el teléfono mientras yo observaba el ambiente y su extraña personalidad, tratando de adivinar en su modus vivendi lo que mi vecina me había dicho.

Recuerdo que mi silla quedó casi pegada a la pared y de espaldas a la puerta. Él daba indicaciones por teléfono mientras yo seguía revisando cada adorno y cada detalle, pero empecé a sentir una especie de malestar por la mezcla intensa

de olores y por el humo de la llama que oscilaba sin pausa evadiendo, desesperada, las ráfagas de aire. El péndulo con su tic-tac infinito atrapó mi mirada queriendo hipnotizarme. ¡Qué extraño!

El maestro colgó el auricular y empezó a platicar sobre el clima, haciendo tiempo para que su secretaria trajera el importe de la renta. Apenas escuchaba parte de su conversación, pues por momentos perdía el hilo de la realidad. De pronto noté que mi silla se movía suavemente, una fuerza invisible me empujaba hacia adelante. Traté de sobreponerme pensando que estaba sugestionada por el comentario de la vecina, pero enseguida, sentí un ligero mareo, y el movimiento de la silla, que se hizo más continuo, me empezó a aterrorizar.

En ese momento miré disimuladamente a los lados, pero de ambos estaban los muros y nadie más, entonces el maestro preguntó si me ocurría algo y contesté que tenía prisa, revisando nerviosa, de nuevo, la habitación.

Entonces el maestro se levantó por el pago, notando la tardanza de la secretaria, y me dejó sola y fue peor. ¡Estoy sugestionada! "No, no puedo estar sugestionada." ¡Qué raro!, ¿por qué siento como si alguien o algo estuviera sobre mí?

Sentí el impulso de escapar, pero en eso llegó el hombre con un fajo de billetes de baja denominación y con la calma del verano empezó a contarlos uno por uno, mientras yo sentía el sudor escurriendo por mi espalda, y una gran impaciencia por alejarme del lugar, pues la presión sobre el respaldo de la silla estaba aumentando.

Traté de controlar mi ansiedad respirando profundamente, pues algo misterioso me estaba sofocando. ¡Hay algo extraño!

Al inclinarme hacia el escritorio para tomar el dinero, percibí el temblor de mis piernas y entonces me fijé de re-

ojo que la silla permanecía inmóvil, pero en cuanto volví a recargarme capté otra vez la presión sobre mi espalda y un escozor en mi nuca; era una brisa cálida y ligera que levantaba mis cabellos. ¿Qué podrá ser?

Sin poder aguantar más y sin atender al maestro que me solicitaba unos arreglos de la casa me incorporé de prisa, separándome del asiento que se vino pegado a mi cuerpo, y de repente una niña cayó de bruces en medio de las patas de la silla que quedaron hacia arriba.

—¡*Mi'ja* –alcancé a decir antes de desmayarme!

SEGUNDA PARTE

Rondalla

Inés se quedó dormida con el libro entre sus manos, un pétalo cayó de las páginas cuando ella acomodó su sueño. Entonces se volvió niña y regresó a su gloriosa infancia. Comenzó a caminar entre las letras verdes y frondosas que crecían a su paso, llegó a la vereda de interrogantes donde las ardillas se escondían entre los signos azules de admiración. "¿Será ella –se preguntaban las estrellas– la que cada noche nos llama con sus lágrimas y busca en el viento el don de la poesía?"

Inés dobló la senda de las metáforas y se dirigió al arroyo de las anáforas que reflejaba las nubes del atardecer, y al ver los destellos cristalinos del agua se descalzó en la orilla, y empezó a bailar sobre la arena; la punta de sus pies jugaba con el agua salpicando su vestido de imágenes. Extendió sus brazos, mirando al sol, el cual iluminó su cuerpo empecinado en dorarle la piel. "Es ella –aseguró el sol– la que escribe versos a media noche, y cuando todos duermen vela buscando palabras, hurgando entre las hojas de los libros para elegir aquellas que alcancen a trasmitir sus sentimientos, y acomodar mejor su imaginación en la antítesis de la vida."

Inés sigue feliz en el arroyo, sus manos van detrás de las mariposas rítmicas que mueven la fragilidad tornasol de sus alas. Cuando de pronto ve entre las jarillas mayúsculas una metáfora sin luz que con dificultad intenta volar y mueve inútilmente sus alas azotadas por la lluvia. Inés la toma entre sus manos, le quita los acentos equivocados que se adhieren a sus plumas, la alimenta en una vocal cóncava que está bien acentuada y cuando la metáfora recupera su color, la pone debajo del título, lugar seguro con espléndida sombra. Des-

pués se encamina a la montaña, con dificultad asciende entre la estructura rocosa, le parece difícil fortalecer la voz poética sin perder la idea central, a veces tropieza con terminaciones repetidas, y tiene que evadirlas haciendo algunas metonimias; de pronto se da cuenta que el queísmo la persigue constantemente y cuando el ascenso se complica más, un hipérbaton le cierra el paso, se cruza de tal manera que la deja sin aliento y no le permite continuar con la tarea impuesta de alcanzar la cima: la victoria del poema.

Después de muchas horas logra sobreponerse al desaliento, y evadirlo demostrando su amor por la poesía, y ya en plena libertad asciende empecinada las rocas para escribir poemas al perpetuo milagro de la vida, al roble entristecido y solitario, al ondular dorado de los trigales, a los pétalos de la luna, a la lluvia furtiva del atardecer y a la rondalla nocturna de grillos.

El espíritu de la poesía la invade como niebla cuando llega finalmente a la cúspide de la montaña.

Julissa

Tenía una tienda de elefantes blancos,* una pluma de quetzal, y una esperanza tan grande como las pirámides de Egipto que la impulsaban a volar a pesar de las alas de acero que crecieron en su espalda.

Ella quería ir a un lugar donde no existiera la mentira, ni la falsedad, pero no era posible porque estaba sujeta por mil hilos que no la dejaban elevarse, sin embargo fue feliz algunos años, y pensaba que por esa felicidad, después casi miserable, debía portar las cadenas de un amor imposible desde su nacimiento, y seguir luchado por el mismo, invertebrado y sin raíces.

Resistía con estoicismo los embates de la incertidumbre, las palabras agudas y las promesas sin caducidad, y cuando se atrevía a empuñar su espada invisible, él la espantaba, la convencía de que era inútil e infructuoso escapar de tan ruda convergencia, aún así valoraba las cosas buenas que le quedaban y era feliz algunos meses al año.

Y su esperanza dimensional se fue gastando como el hilo en una rueca, imperceptiblemente. Cada día, construía en el aire espejismos, porque nadie escapa a los dardos del dolor, ni al germen amargo que procrean los hijos del dolor, y entonces, resignada, volvía a tejer su esperanza sin destino. Pero sin duda era feliz algunas semanas al año, y así pasó el tiempo, y la luz se desvaneció dentro de su corazón y sus lágrimas se convirtieron en perlitas de hielo que nadie veía.

Y el sueño aquel tan grande de fortalecer su amor hasta convertirlo en próspero y perenne se fue disolviendo como la niebla en la cordillera por las explosiones de ira, y las nuevas

* Rubén Darío

limitaciones que la imposibilitaban para opinar, para intervenir en asuntos y gente de mundo en la supuesta trama inteligente y astuta del dominador.

Y así fue marchitándose poco a poco hasta que la red de sus nervios imprimía muda caligrafía,** sin embargo era feliz algunos días al año, aunque a veces el amo le imputaba que era incomprensiva por pretender un amor indivisible donde solo dos almas deben existir en la llama de la pasión. "Las migajas son para los perros" pensó cuando su felicidad se redujo a varias horas al día.

Y su corazón dejó de esperar un milagro en pleno siglo veintiuno donde ya nadie cree en la pureza del amor, ni la entrega sin condición, sin interés y sin conveniencia, porque ahora más que nunca reina el confort, la belleza superficial, la envidia y el poder.

Y después Julissa, impávida ante la frialdad de su amado, solo fue feliz algunos minutos al año, hasta que empezó a morir, sofocada por su propio llanto y por la imposibilidad de acercarse a su pequeña estrella.

Y cuando su agonía parecía interminable, el dolor clavado como cristal entre su carne, se hizo verbo.

** Xavier Villaurrutia

La boda

Con amor a Gely

Me invade la nostalgia cuando me acuerdo de aquel tiempo. Las imágenes aparecen con la luz de la memoria que todo alumbra, pero a veces se esconden en la niebla del olvido.

Mis hermanas mayores eran rubias y lindas, y mi hermana menor parecía una muñeca. Era radiante y angelical, por eso la buscaban para que fuera paje de las novias de la familia que se casaban en el barroco templo de San José.

Desde pequeña me fijé en su belleza y la cuidé con esmero en los días maravillosos de nuestra infancia.

Cuando nuestras primas se preparaban para casarse iban por ella con tiempo para hacerle un vestido con doña Lupe, y le compraban los zapatos siempre en tono pastel para que combinaran con el velo alado de la novia. El día de la boda la llevaban temprano al peinador y le hacían una corona natural con sus rizos.

Todos andan nerviosos y apurados, bañándose y poniéndose ropas nuevas. Mi mamá se peina de un modo, poniéndose mucho spray y luego se lava el cabello para peinarse de otro, mi hermana se molesta porque su esposo siempre la anda apurando. Rosy, una de mis hermanas, se desespera porque no puede planchar bien el vestido y se quita uno y se prueba otro, y deja un tiradero en la cama y al final como siempre, se pone el mismo vestido que mandó hacer con la costurera que se quedó a vestir novias para siempre.

Mi papá llegó del trabajo, apenas se va a bañar y mi mamá, claro, lo regaña porque ya es muy tarde. A mí nadie me dice nada, ni por qué no me he querido bañar, ni qué me voy a poner. Todos se ocupan nomás de sus cosas. Los escucho platicar de los invitados, que si irá Mercedes con su vestido de El Paso, y que si irá Elvira con sus estilos europeos, y que de segurito no va a ir el papá de la novia, porque anda con otra.

Dicen que mi primo no puede querer a la novia porque está muy vieja, y otros dicen que de segurito esa unión no funciona. Ella es odontóloga pero no es de por aquí. Todos siguen ocupados, y mi mamá no me escucha, anda sacudiendo el único traje de mi papá que nunca se pone. La corbata está pasada de moda: angosta, tan angostita que parece un listón negro. Dice mi madre, "mejor pídele una corbata a Gregorio." Él no dice nada y saca del ropero otra corbata que está muy ancha y mi madre le dice: "Esa está peor, mejor pídele una a Gregorio." Les pregunto que si quieren que vaya a casa de mi tío a pedirle una, pero mi mamá, después de mucho rato de no hacerme caso me dice: "mejor déjalo así, que se ponga la que quiera, porque después va a andar de genio."

Nadie se fija en mí, ni me toman en cuenta con sus apuraciones. Mi mamá viste a Angelita, le retoca el cabello, y la peina y la mima, la mira una y otra vez revisando su peinado. Le dice que sonría y que camine derechita, porque tiene que ir por el pasillo de la iglesia deteniendo la cola del vestido, que no vaya a pisar la orilla del velo y que tiene que estar atenta cuando lleguen al altar, porque se debe sentar del lado de las madrinas que van de rosa.

Y a mí, ¿qué vestido me pondrán? ¿Por qué nadie me dice que tengo que apurarme? Mejor voy al ropero, pero no alcanzo los vestidos que están colgados, nomás las blusas del cajón de abajo. No sé qué ponerme… "¡Ya es hora!" "Hay que

salir para la iglesia." Mi madre se acuerda de mí y me dice de prisa: "Te quedarás a dormir en casa de Lila." Como no le contesto entonces me pregunta: "¿Te quieres quedar a jugar con Lila?" A mí me gusta jugar y por eso le digo que sí. Me mandan a casa de la vecina con la pijama en una bolsita. Me lleva Otilia, la señora que ayuda en mi casa.

Ceno con Lila y su mamá, ella me dice que por qué no quise ir a la boda y le digo que sí quería ir, pero no me llevaron. Me duelen de repente los ojos y siento algo en el estómago, pero no digo nada.

Canto a la vida*

A mi mamá Carmelita
impulsora de la paz, la bondad y el amor

Era feliz, no había duda. La felicidad se trasparentaba en la fineza madura de su piel. Se llamaba Aurora y tenía más de setenta años. "Era feliz" decía mi madre cuando la recordaba en las pequeñas dimensiones de su vivienda: un cuarto dividido en dos piezas. El techo era de lámina como la mayoría de todos los techos de las casas de ese pueblo minero.

La estufa consistía en un mechero con dos comales, tenía una mesa, dos sillas, un lavatrastos y una repisa como alacena. La cama estrecha, con un cajón enseguida simulaba un amplio buró y sobre ella una lamparita que alumbraba más su pobreza.

Ella cantaba sus primeras notas al amanecer, su voz era entonada y alegre como la de los pajarillos de la mañana que diariamente gorjean al salir el sol.

La felicidad se reflejaba a través de los destellos azules de sus ojos, llevaba siempre el cabello prendido con un broche tallado en concha de mar, aunque aquí el mar desapareció hace miles de años.

Desde temprano iba al molino a moler el maíz. "Grano mediano –solicitaba siempre– ni muy grueso ni muy fino –aclaraba al viejo molinero".

Regresaba a su dulce hogar a terminar el aseo diario de su pequeña alcoba, extendía una mampara de lona con bastidor de madera para separar las piezas: la cocina y su íntimo

* Violeta Parra

aposento. “Cantando se sienten menos las penas y más las alegrías” –decía para sí misma.

Amasaba bien la harina y hacía testales del mismo tamaño: “Ni muy grandes ni muy chicos” se decía siempre al empezar, entonando su mejor canción y poniendo uno encima del otro hasta tener un gran altero, después iba extendiéndolos uno a uno entre las palmas rosadas de sus manos: les daba la forma necesaria hasta obtener una circunferencia perfecta, las palmeaba constantemente y las extendía en el comal caliente para cocerlas primeramente de un lado y luego del otro hasta que la masa se inflaba.

Mientras torteaba y torteaba cada una de las ricas tortillas seguía entonando con dulce y armónica voz canciones alegres y una que otra de tristeza. Se inclinaba de cuando en cuando para recibir el viento fresco que entraba por la única ventana.

Durante el día, la puerta estaba de par en par para que circulara mejor el aire y refrescara un poco su cansancio, pero ni el calor ni el trabajo la agobiaban porque era feliz en su pobreza. Carente de cariño y de bienes materiales terminaba por mostrar su mejor sonrisa, abrazando con confianza a los que llegaban a su vida y a su pequeño negocio.

Cantaba con sentimiento lo mejor de su repertorio, repetía las canciones como contar las nubes en el firmamento, siempre románticas de antaño.

En su canto obtenía el germen de la felicidad completa. “No hay mejor oro que la paz” afirmaba con la sabiduría de sus reflexiones, no había duda era la mujer más feliz del universo.

De lunes a sábado, desde medio día, llegaban los clientes:

—Buenas tardes doña Aurorita –saludaba el guardia– vengo por mis pedidos.

—Aquí tiene Justino dos kilos y otro, por separado.

—Dice mi mujer que ahora le mande aparte un kilo y medio.

—Claro, aquí tiene, y me la saluda por favor.

—Hoy la oí más temprano doña Aurorita, sus cantos llegan hasta el campanario. Desde allá arriba escucho su dulce voz.

—Es que ahora amanecí contenta –contestaba sin dar importancia.

—Pues entonces todos los días amanece muy contenta, porque todos los días canta.

—Vivo para cantar, el día que no cante, ya se imaginará por qué.

—Aurorita, que dice mi mamá que por favor le fie un kilo, que se lo paga mañana.

—Claro, *mi'jita*. Lleva esto a tu mamá y esta tortilla con sal, para ti.

—Gracias doña Aurorita.

—Ay, Aurora, pero ¡qué bonito cantas! Me alegras todas las mañanas. Pues ¿qué nunca te sientes triste?

—Mi tristeza siempre se va con el canto, Elidia, además si Dios me dio este don, tengo que utilizarlo todos los días de mi vida –explicaba la bondadosa anciana.

—Buenas tardes, doña Aurorita. Ahora solo deme medio kilo, es que ahora no alcanzó.

—Le daré el kilo, porque le van a faltar tortillas para sus chilpayates; faltaba más.

—Dios la bendiga, Aurorita, mil gracias.

—Sí, sí. ¡Vaya con Dios. Ándele!

***

Un día de enero, los vecinos no escucharon el canto durante la mañana. Y cuando se percató Elidia bajó apurada hasta la calle del negocio de tortillas caseras.

Cuando llegó, encontró afuera al sacristán, al mensajero, a doña Chole y a don Benito. Nadie dijo nada, y ella comprendió lo sucedido al ver sus miradas. El canto de la alondra había emigrado a otras latitudes.

Después de algunos momentos en que cada uno estuvo en meditación, alguien empezó a cantar bajito, y en seguida los demás siguieron entonando la melodía que ella más cantaba:

Gracias a la vida* que me ha dado tanto, me dio dos luceros que cuando los abro perfecto distingo lo negro del blanco y en el alto cielo su fondo estrellado. Y en las multitudes el hombre que yo amo. Gracias a la vida que me ha dado tanto, me ha dado el sonido y el abecedario, con él las palabras que pienso y declaro: madre, amigo, hermano y luz alumbrando, la ruta del alma del que estoy amando. Gracias a la vida que me ha dado tanto, me ha dado la marcha de mis pies cansados. Con ellos anduve ciudades y charcos, playas y desiertos, montañas y llanos Y la casa tuya, tu calle y tu patio. Gracias a la vida que me ha dado tanto, me dio el corazón que agita su marco cuando miro el fruto del cerebro humano. Cuando miro al bueno tan lejos del malo, cuando miro al fondo de sus ojos claros. Gracias a la vida que me ha dado tanto, me ha dado la risa y me ha dado el llanto. Así distingo risa de quebranto. Los dos manantiales que forman mi canto. Y el canto de todos que es mi propio canto. Gracias a la vida.*

---

* *Íbid*

Los demás vecinos salieron de sus hogares al escuchar el fervoroso canto y las personas que pasaban también unieron sus voces a tan amorosa despedida.

Terapia

A Brianda, Aranza e Isabela

Armando ven aquí, deja a tu compañero. ¡Armando!

—Maestra, Armando me jaló el cabello.

—No te le acerques, Beto.

—Ay, ay, maestra, Armando me volvió a pegar con la mochila.

—Sarita, ya te he dicho que no te sientes junto a él.

—Maestra, mire a Armando, me quitó mi lapicera…

—Maestra, maestra… Armando me escondió los colores.

—Ay, maestra, Armando me picó un ojo… Ay, ay.

—Maestra, mire…

La coordinadora me dijo desde el primer día que Armando era un niño muy difícil, que tuviera firmeza y dulzura con él, pero pronto me di cuenta que no era difícil sino imposible. Ninguna de mis estrategias educativas funcionaba con él. Su hiperactividad era excesiva por eso molestaba continuamente a sus compañeros y no me permitía impartir bien las clases.

—Oiga, directora, y ¿ya lo han llevado a alguna terapia?

—¿A terapia?

—Sí, a terapia o algo así…

—No tenemos terapias ni manera de mandarlo con alguien, aquí solo podemos dar firmeza y dulzura. Recuerde, no hay mejor terapia que el amor y la dulzura.

¿Dulzura? ¿Y quiere que aplique dulzura con este muchachito que no escucha ni obedece de ningún modo?

—Así es, señorita Ruiz.

Pues no he podido encontrar ningún momento para aplicar dulzura, ¿en dónde trasmitiré la dulzura, en la palabra, en el tono de voz, en los regaños o ¿en dónde Dios mío, en dónde?

Han pasado las semanas y los días y no logro sentir dulzura ni tampoco consigo ningún avance con Armando. El día que lo regañé más de la cuenta, se me acercó muy seriecito al escritorio donde revisaba los ejercicios, y me agarró lentamente de un brazo, y empezó a clavarme las uñas, así despacito, despacito… Al principio pensé que estaba jugando, pero después comprendí su intención de hacerme daño. Me aguanté a propósito lo que pude, pero cuando el dolor me pareció insoportable retiré suavemente mi brazo y entonces él dijo, sin remordimiento, mirando las marcas en mi brazo: "Perdón." Expresó fingidamente como si hubiera sido un accidente. En otro momento yo lo hubiera frenado y regañado drásticamente, pero quería hacerle sentir que no tenía nada contra él. Al contrario sabía que me necesitaba más que todos mis alumnos.

Armando debía encontrar a alguien que le diera y le demostrara amor, y yo me sentía la indicada, así que haciendo uso de paciencia, cada mañana me esmeraba en mejorarle el día, pero él seguía igual y no reaccionaba.

Ya estaba desesperada y harta. Una mañana me fastidió tanto que ya no utilicé palabras. Como último recurso me acerqué por su espalda y con firmeza puse mis manos sobre sus hombros para inmovilizarlo. Volteó azorado y se me quedó viendo. Yo fingí no darme cuenta, aunque toda mi intención estaba en la calidez de mis manos que firmes se posaban sobre sus hombros sin importarme el tiempo. Descubrí que me miraba de reojo, extrañado e incrédulo, pero de repente sacudió sus hombros y me aventó para irse a otro lugar.

Al día siguiente recurrí a mi estrategia cuando empezó de nuevo a molestar, caminé por entre las filas y me coloqué intencionalmente a su espalda poniendo mis manos de nuevo sobre sus hombros. Entonces noté que se quedó quieto, sin poder mirarme… Atrapado en la dulzura de mis manos, y en ese momento sentí que sus hombros se relajaban. Empezó a respirar profundo, intuyendo algo en su interior, su sangre fluía suave, lentamente en el laberinto de sus arterias, pero cuando la tranquilidad parecía aflorar se levantó de pronto y se retiró, se asomó a la ventana para mirar la lejanía como si allá estuviera lo único que verdaderamente le interesaba en este mundo. "Armando, ven aquí, Armando." El niño vive su propio mundo. Un mundo único, indisoluble y encantado.

Estos últimos días he notado que cuando llega se me acerca a propósito para que le brinde una muestra de cariño o una palabra amable. "Armando lo hiciste muy bien." "Te felicito." "Perfecto, Armando." El simple hecho de sentirme cerca lo tranquiliza y a veces me dice en voz baja:

—¿Oye, para qué quieres que esté atento? No puedo estar atento mucho rato, no puedo.

—Claro que puedes. Ponme atención, fíjate bien en lo que voy a explicarte porque ahora te quiero tanto, Armando, que todas las noches te persigno.

—¿Qué es *pegsigna*?, ¿qué es eso?

—Persignar es hacer la señal de la cruz y bendecir. Bendecir es pedirle a Dios que siempre te cuide y te proteja. ¿No te han enseñado eso en el catecismo?

—No voy al *catesi… mo*. Entonces, ¿tú me bendices? Se me hace que mi mamá no sabe hacer eso.

—Yo creo que sí, aunque tú no te das cuenta… Tú mamá también te bendice de día y de noche.

—¿Todas las mamás son buenas?

—Claro, y todas quieren a sus hijos y hay muchas formas de bendecir, a veces solo desean que los hijos estén bien y que Dios los cuide, aunque no lo diga con palabras.

—Entonces mi mamá me bendice… ¿y tú?

—Siempre, Armando, siempre…

Ahora las horas de clase trascurren más agradables y aunque Armando no logra permanecer más de media hora en su lugar, se nota más tranquilo y es más obediente.

—Tita, ¿puedo sentarme junto a ti?

—Claro, pero no soy Tita, soy tu maestra.

—Armando, por favor dale el marcador.

—¡Armando! ¡Armando!

—Sí, Tita… Maestra, ya se lo di, pero abrázame, pues.

El vestido de olanes

A Adí y Lety

Déjeme, le digo que me deje, nomás voy a casa de Meche. Hija, hijita, diles que me suelten, por amor de Dios, no quiero que me vuelvan a encerrar.

¡Ayúdame por Dios!

***

Mi hija no me deja ponerme el vestido de olanes, pues según ella ya no se usa, pero no sé por qué piensa eso, si es un estilo nuevo, apenas hace unas semanas lo compré, por cierto es entallado y mejora mi figura.

Claudita ha cambiado mucho, sobre todo los últimos meses, ahora me ordena y me manda como si yo fuera su empleada, no me deja guardar ni acomodar la ropa limpia, dice que se moja el closet y que además se echa a perder la alfombra.

Ya no sé qué voy a ser, ya nadie me tiene confianza y no me dejan salir como antes. Dicen que me puedo perder si voy por ahí sola; lo que pasa es que son unos exagerados, pues nomás iré a visitar a mi comadre que desde que se cambió a la colonia Miraflores no la he vuelto a ver. Puedo ir manejando, a mí no me da miedo el tráfico ni conducir de noche, pero tampoco me dejan manejar, dicen que ya no me fijo en los cruceros ni en la gente, pero eso no es verdad, ni modo tendré que salirme a escondidas. Primero iré a comprar unos zapatos rojos para el vestido de olanes que usaré para nuestro aniversario de bodas.

Caminaré para hacer ejercicio, así no me regañarán, y además *pos* ni qué hubiera nacido en carro, lo malo es que no encuentro la llave, se me hace que Manolito la agarró para jugar. Después visitaré a Meche, ¿por qué ya no habrá venido a verme? Un día me dijeron que en el periódico venía una esquela con su nombre, pero de seguro se equivocaron, no creo que fuera ella la sexagenaria que atropellaron. Nosotros somos jóvenes maduras, andamos en los treintas. Eso sí, Meche la pobre casi recién casada se quedó viuda, así son las cosas del destino, quién lo hubiera pensado quedarse sola en la plenitud de la vida. En cambio yo sigo casada y voy por mi tercera luna de miel, tendremos que festejar con una gran fiesta, por eso voy a buscarla para avisarle y pedirle mis aretes de zafiro que le presté cuando iba a ser madrina de Gabriela, es que esos aretes me los regaló Evaristo el día que acepté casarme con él, y quiero conservarlos hasta el día de nuestra muerte.

Ahora nomás estoy esperando que Libradita se descuide para poder salir, porque si no, después se va y cierra la puerta con llave.

—Señora, señora, pues ¿dónde anda? ¡Señora Carlotita!

Margarita

A Gely, mi girasol

Era la princesa del poema que aprendí de niña: sonriente y luminosa como una estrella que bajaba del amanecer.

Jugábamos en aquel campo de mariposas azules y en el arroyo que siempre llevaba agua, cuando iba a visitar a sus primas que también eran mías. Teníamos la misma edad, pero ella era más linda y más dulce. A mí, Dios me dio otras cualidades que no quiero decir porque sería jactancioso, pero creo que me dio entusiasmo y tenacidad para hacer las cosas, y un gran asombro ante el milagro del universo.

Nos dejamos de ver por designios de la vida y de nuestros padres, ella necesitaba trabajar para ayudar a su familia, y yo salir de la ciudad en busca de nuevas rutas. Me interesaba la química, la psicología y las letras, pero solo me quedé en las fórmulas, en las interrogantes de la vida y en la fantasía cautivante del mundo de la literatura.

Cuando se graduó de Comercio, Margarita encontró trabajo y pronto se desempeñó con eficiencia en una empresa comercializadora. Tiempo después su jefe se enamoró de su gracia y de su encanto, pero ella ya tenía su amor, un joven distinguido que llegaba del sur por largas temporadas. Se veían en vacaciones e iban al cine, al parque y a misa. Se pasaban horas afuera de casa platicando, fabricando sueños y haciendo planes, hasta que en una primavera Armando pidió su mano para casarse y precisaron la fecha para el otoño.

Su jefe se enteró de la boda e interesado en la felicidad de Margarita decidió contribuir con su silencio a la celebración del amor. Aceptó sin preguntas su renuncia y ordenó al

administrador hacer el finiquito de su bella empleada con una alta retribución por su labor eficiente en las empresas Toscana.

Sus primas la visitaban todos los días para convivir y ayudarle en los detalles de la boda. Su tía Edelmira le hizo un pastel con fuentes danzarinas y un puente con flores de dulce como ofrendas al amor. El vestido aperlado con aplicaciones bordadas se lo confeccionó el diseñador Cristóbal Córdoba, amigo de sus padres. El altar del templo de la Divina Concepción resplandecía con sus remates en oro esperando el cargamento de flores que sus tíos le mandaban desde Jalisco donde cultivaban flores para el día de muertos.

Un día antes de la fecha, cuando Margarita estaba más contenta acompañada por su familia esperando a Armando para celebrar el advenimiento sublime del amor, llegó un telegrama que decía en cinco palabras: "Margarita, suspende todo compromiso, Armando." Fue lo único que decía el texto con carácter de urgente que Margarita leía, releía y volvía a leer con profundo desconsuelo, tratando de encontrar una explicación en el interior de cada letra y de cada palabra, mientras sus lágrimas humedecían la terrible sentencia del mensaje.

Margarita cayó del cielo a la tierra como caen las águilas en pleno vuelo. Un dolor de espada le atravesó el pecho por la noticia que llegó en el preciso instante de suprema alegría. Nadie lo podía creer, aquel aviso tan breve e inesperado cimbró las puertas y las ventanas con mil preguntas que nadie pudo contestar. El silencio se impuso como una nube oscura en toda la casa.

Desde ese día Margarita se ocultó en su habitación sin recibir a primas, ni amigas ni vecinas de ninguna especie. Solo sus padres y su hermana a veces platicaban sin que ella emitiera una palabra. Así pasaron varios meses hasta que un

día se presentó el gerente de la empresa Toscana. La madre de Margarita, indecisa, avisó a su hija para que lo atendiera.

El señor Romero esperó a Margarita media hora en la salita estampada de mil flores, repasando sin interés, las páginas de una revista de Buenhogar. Cuando ella salió a recibirlo, no la reconoció, pensó que era alguien que se le parecía. Pero cuando la joven expresó su breve saludo, pudo confirmar que era la misma, aunque su belleza se había esfumado como la niebla en la cordillera, y su alegría y entusiasmo ya no existían. Sus ojos no brillaban ni emitían la fuerza, ni la luz de antaño. Su cuerpo delgado hasta el extremo parecía sufrir una enfermedad incurable.Y sus labios tan delgaditos parecían callar para siempre.

Él la abrazó sin esperar respuesta, su instinto amoroso surgió de pronto al verla tan indefensa y frágil.

—Margarita –dijo lleno de espanto y de emoción. "¿Cómo es posible que en cuatro meses se pueda vencer la belleza, el entusiasmo y la juventud?"

—Señor Romero, ¿qué se le ofrece? –Preguntó la joven retirándose de sus brazos.

—Vengo a verte, me han dicho que ya estás mejor, ¿verdad?

—Sí, ya estoy bien –respondió con seriedad.

—Vengo a pedirte que regreses al trabajo.

—Pero si ya me liquidaron…

—No importa, tu lugar está libre.

—¿Libre?, si me dijo Rosa que ya consiguieron una… empleada.

—Nadie ocupará tu lugar, nunca ¿oíste?

—Es que estoy pensando en irme lejos…

—Mira, Margarita, reconoceremos tu antigüedad, ¿qué te parece? Regresarás a tu puesto y será como si nunca te hubieras ido, ¿me crees?

—Pues si usted lo dice…

—¿Qué te parece si vuelves en una semana?

—No, no, no puedo…

—Pero ¿por qué? Si dices que ya estás bien.

—No sé, de seguro todos se fijarán en mí…Ya me imagino todo lo que dicen de mi novio o de mi… fracaso…

—Claro que no. Nadie dice nada, y si dicen a ti qué. Tienes que superar esto, Margarita. Ya pasó todo, y tú tienes derecho a seguir con tu vida y esperar el amor.

—Nunca volveré a creer en eso.

—Bueno, bueno, mira, el tiempo lo cura todo, hasta las enfermedades del alma. En dos semanas entonces, ¿te parece?

—No sé, tengo que pensarlo, ya le dije, tengo una tía que vive en Odessa y me quiero ir…

—¿Qué vas a hacer tan lejos? Aquí está toda tu familia, tus amigos, y tu trabajo. No pienses más, descansa otro tiempo y luego decides…

—No le aseguro nada.

—Está bien, pero al menos trata de salir, ve a la iglesia o con tus amigas a pasear, ¿te gustaría ir a desayunar mañana?

—No, no puedo.

—Debes salir, no puedes seguir metida aquí como una ermitaña, tú eres muy joven para quedarte en la soledad y el encierro.

—Aquí estoy bien, al menos me siento segura…

—Bueno, eso sí, pero… debes de salir un poco. ¿Quieres ir a misa el domingo?, yo te acompaño.

—Iré con mi mamá, ella me dice los domingos.

—Me parece muy bien, ve con quien tú quieras, pero debes hacerlo. Bueno, me voy, espero verte pronto por la tienda.

—Gracias, señor Romero.

Margarita no salió ni ese domingo ni el siguiente, hasta que volví a la ciudad y fui a visitarla, entonces platicamos largas horas y la convencí para ir a comprar Carolinas de vainilla. Caminamos por toda la avenida del Faro y fue cuando me platicó que el señor Romero le ofrecía otra vez el trabajo, y la invitaba a salir. Pero ella seguía enferma de amor, recordando las mismas calles y los mismos lugares donde antes paseaba feliz con su prometido.

Al comprobar su tristeza y sus temores la empecé a animar, a mencionarle sus posibilidades, a hablarle del futuro y del amor verdadero que a veces aparece cuando menos pensamos, iluminando nuestras vidas.

II

Margarita iba llena de gracia y esplendor a la iglesia con su vestido bordado de doble encaje, los pajes tomando la elegante extensión del atuendo nupcial. Su cabello ensortijado simulaba una corona natural que enmarcaba su rostro y su sonrisa leve, discreta, pero esperanzadora. Su padre la condujo con gran orgullo al altar, mirando de reojo a todas aquellas señoras que antes criticaron la suerte de su hija.

La recepción se llevó a cabo con una elegante comida, amenizada por un grupo de cuerdas. Los novios se despidieron temprano para ir al aeropuerto donde el avión los llevaría a Costa Brava.

No pude asistir a la boda, porque estaba encinta, y el médico no me dejó viajar, pero me enteré de cada detalle del acontecimiento por amigas mutuas. Supe del corto noviazgo con el gerente de Toscana que después se independizó de tan prestigiada empresa para probar mejor suerte.

Los nuevos esposos decidieron vivir en la ciudad de Guadalajara donde establecieron un negocio de muebles rústicos con maderas rentables como el eucalipto. Él confiaba en su conocimiento sobre diseño y en su amplia experiencia comercial que le daba seguridad en su nueva empresa. Margarita se encargaba de la cuestión fiscal y administrativa, sus hermanos y amigos pronto formaron parte del nuevo negocio que establecieron con créditos para pequeñas empresas.

Ya no volví a ver a Margarita, ni a sus primas, ni amigas, porque me quedé a vivir definitivamente en la capital y perdí por completo los contactos de mi viejo mundo, y su nuevo universo.

III

Después de muchos años, me avisaron un día que mi tío Antonio, el único hermano de mi padre, había muerto, y tuve que asistir al sepelio para acompañar a mis primas, y ahí se encontraba Margarita también con ellas. "Sus primas son mis primas, siempre presumía yo, cuando contaba su historia."

La princesa de mi cuento venía guapísima con el cabello largo y teñido de un color claro que daba más luz a su rostro dulce y sereno. Lucía un vestido de alta costura inglesa, un bolso Armani, un diseño estilizado de zapatos que todas miraban con admiración. Sus medias perlas irradiaban entre sus rizos, y sus genuinos brillantes resplandecían sus manos, pero lo que más me impactó al verla de cerca fue su sonrisa que manifestaba una felicidad completa. No podía creer lo que estaba viendo, era una transformación divina de su aspecto anterior, de aquel sufrimiento del pasado, de su pérdida dolorosa, de su amor truncado por una delgadísima hoz. Ahora ni

ella recordaba aquellos días de tanta amargura cuando sintió la rudeza de la vida, arrancando de tajo sus mejores sueños.

—Margarita –dije recordando a la princesa de Darío, quien fue a buscar su estrella más allá del cielo y más allá del mar Margarita –le dije sonriendo–, está linda la mar y cuando escuchó mis versos me tendió sus brazos con el cariño sincero de la niñez, mostrando una seguridad desbordante de encanto y gracia que a todos gratamente sorprendía.

—Mira, mis hijos pequeños están jugando en el atrio. Me dijo señalando a unos güeritos que se distinguían entre la gente.

—Qué lindos, Margarita, se parecen a ti.

—¿Cuándo vas a visitarme?, ahora vivo en San Diego –me dijo.

—Sí, ya sé, te la pasas viajando de New York a París, y de París a Londres, ¿verdad?

—Así es, querida amiga, la vida me cambió ¿quién diría, verdad?, pero tú eres la culpable, ¿sabías? Por ti acepté a Mauro después de aquella tarde que fuimos a pasear ¿te acuerdas?

—Sí, cuando me tenías preocupada al verte tan triste y enferma de amor.

—Pues, ya ves, ahora soy otra. Me dedico a mi familia y ando con Mauro para todos lados. ¡Estoy feliz!

—Se te nota, amiga y me da gusto verte tan contenta, pero ahorita me cuentas, mira, ya viene el cortejo…

—Están muy tristes todos, es que la muerte de mi tío fue tan de repente –agregó, abrazándome de nuevo sin importarle que la gente nos empujara hacia el interior del templo– niños, vengan –gritó a sus hijos para que entraran también.

Su hermana me comentó durante el sermón que la empresa de Mauro ahora tiene sucursales por todo el país. Margarita es la accionista principal y ya están entrando a la Unión Ame-

ricana. Familiares y amigos trabajan con ellos para controlar y promover mejor el negocio. Sus hijos mayores estudian en Inglaterra y en Francia, dominan varios idiomas y destacan en varias disciplinas; uno es nadador e irá a las próximas Olimpiadas, el otro es violinista de la Casa Real.

Al final del sepelio busqué a Margarita, pero estaba tan ocupada que ya no pude despedirme, porque seguía saludando a sus amigos y parientes que hace años no veía.

—Margarita –le dije desde lejos. Cuando me vio salir del templo elevó su mano y me sonrió de nuevo con una alegría que la irradiaba por completo. Margarita está linda la mar… pronuncié en voz baja y me fui…

IV

Dicen que un señor de aspecto descuidado y con olor etílico tenía mucho tiempo afuera del templo, mirando fijamente hacia el interior. Fumaba nervioso y se movía con insistencia de un lado a otro esperando que los feligreses salieran después de la misa; ahí siguió varios minutos esperando, hasta ver salir a Margarita con el esposo, y sus primas. Entonces se escondió atrás de un pilar y los miró pasar y alejarse rumbo al automóvil, entonces hizo señas a un niño para que llevara un recado al señor Romero.

El empresario leyó el recado y un color amarillo tiñó de pronto su rostro, dejó a Margarita platicando con sus primas y argumentando un olvido regresó al templo.

En el atrio lo esperaba el hombre descontrolado y nervioso.

—Qué tal, señor… Romero… –preguntó con voz temblorosa.

—¿Qué haces aquí? –irrumpió Mauro de mal modo.

—Vengo a saludarlos…

—¡Quedamos que no volverías!

—No, en eso no quedamos, si ya tengo por aquí unos años, esperándolos…

—¿Cómo dices?

—Como lo oye, además soy amigo del tío, fallecido.

—¿Por qué te acercas a la familia? Cumple tu palabra, ya te he dado mucho.

—Nada es suficiente por Margarita…

—No la nombres, te van a oír…

—Y tal vez ella me pueda reconocer, ¿verdad?

—¿Estás loco o qué?

—Sí, estoy loco por la mujer que usted me arrebató.

—No te arrebaté nada, tratos son tratos y tú aceptaste. Imbécil.

—No me insulte jefe, que si soy imbécil es solo por haber renunciado al amor, porque ella me quería con toda su alma.

—Ella nunca te amó…

—¿Quiere qué lo averigüe?

—Jamás, oíste…

—Bueno, déjeme hablar con ella, nomás la voy a saludar…

—¿Cómo crees que voy a permitirlo? Ella no debe verte nunca… Jamás.

—Nomás voy a verla de cerca. Al cabo que no me reconocerá después de tantísimo tiempo. Soy otro, véame, estoy más muerto que vivo, y todo por su maldita culpa.

—Vete, aléjate de nosotros, ¡tú estás en el pasado!

—Tengo que verla por última vez, déjeme, suélteme.

—No, ella no debe verte. ¡Te lo prohíbo!

—¿Me prohíbe?, si usted no merece a Margarita, porque la ganó a la mala. Y ella debe saberlo. Le diré la verdad, aunque sea lo último que haga.

—Jamás, primero muerto…

—Pues muérase, ahora su dinero no va a comprar a nadie.

—Por Dios, te suplico, no lo hagas. Dime pues cuánto quieres…

—No, ya no quiero dinero ni joyas ni nada… La quiero a ella.

—Jamás la tendrás. ¡Jamás!

—Le diré que usted me obligó. Usted es el culpable de todo.

—Jamás te perdonará haberla dejado por dinero…

—Pues veremos, a quién va a odiar más… A mí o a usted.

—Te digo que no vas a decirle… Ahora ni nunca.

—Quítese, suélteme, qué me suelte, desgraciado. No respondo…

El estallido de una bala cimbró las campanas y la torre de la iglesia del Buen Pastor. Romero cayó de golpe y el hombre del sur quedó paralizado viendo la sangre verterse sobre el piso sagrado. Margarita y sus amigas voltearon sin saber qué sucedía, hasta que alguien empezó a gritar "Ambulancia, una ambulancia." Margarita buscó con la mirada a su esposo y al no verlo corrió hacia el templo, dejando a sus primas, y a los niños que ya estaban en el auto.

Llegó hasta el hombre desfallecido, y su terror aumentó al reconocer a su esposo y ver la extrema palidez de su rostro. Su primer impulso fue lanzarse sobre el agresor que estaba enfrente, pero de rodillas cayó, llorando y exigiendo a Dios la vida de su amado que escapaba sin remedio: "Mauro, respira, respira.

No cierres los ojos, no me dejes… –gritaba desesperada llena de dolor y angustia al comprender la presencia de la muerte."

Una de sus primas se acercó asustada a consolarla en esos momentos de impotencia, mientras varios hombres se dirigían hacia el asesino quien como autómata permanecía inmóvil sin oponer resistencia.

Cuando separaron a Margarita del occiso quedó frente al hombre desconocido, y fue entonces cuando lo miró en su profunda pena y vio sus ojos, su rostro cubierto por una barba de mucho tiempo y descubrió que era él: Armando. El hombre que la había traicionado, quien en el supremo momento de alegría le clavó una profunda daga de dolor.

—¿Tú?, ¿tú el asesino? –interrogó con una mirada desafiante– ¿has vuelto para hacerme más daño?

—Margarita –expresó el hombre como única respuesta.

—¿Por qué lo mataste? ¿Por qué? Dime, te exijo.

—Es que él… él… él… –solo eso pudo decir, no tuvo fuerzas ni corazón para revelarle la verdad. No pudo confesar al verla destrozada.

—Habla, dime ¿por qué lo mataste? ¿Quién te mandó?

—Los del Cártel –inventó– no sabía que era tu esposo.

—¿Cómo pudiste?

—Lo hice por dinero, pero no sabía que… Perdóname, Margarita.

—Jamás te voy a perdonar todo lo que me has hecho.

—Perdón, Margarita, ¡perdóname!

Eso fue lo último que hablaron, porque los policías se llevaron a empellones al hombre que seguía gritando por la calle.

—Perdóname Margarita, perdóname. ¡Margarita! ¡Margarita! ¡Margarita!

Ella en su profundo dolor siguió escuchando la voz de aquel hombre salido de las sombras, de su pasado doloroso, de su

vida anterior que la nombraba de nuevo para hacerla sufrir, para hacerla llorar, para destrozarla.

Todo se derrumbó, todos sus castillos reales se vinieron abajo cuando vio a los agentes levantar el cuerpo de su esposo y llevárselo; ya no había nada qué hacer. No podía ni respirar, tampoco podía llorar, sus ojos se secaron de pronto, sus labios se cerraron y desde entonces jamás volvió a hablar.

El umbral

A Nicola Lorusso

Varias personas felicitaban al artista, cuya magnífica obra se exhibía en aquel antiguo recinto, mientras yo conversaba agradablemente con la esposa del pintor y su prima, cuando en ese momento se acercó un joven fotógrafo: alto, delgado, cabello ondulado y oscuro como la muerte; sostenía en sus manos una impresionante cámara fotográfica que todo alcanzaba con la fuerza de su luz. Ese fue su primer rostro, abyecto e impactante.

Siempre he tenido miedo a las cámaras, al lente maldito que capta de un modo u otro mis penas y las delgadas líneas que se multiplican con los años. Nada escapa al lente, ni las emociones, ni el cansancio que fustiga la piel como un viento erosionante, ni la anemia corporal que me domina después de navegar horas de insomnio.

Miré la cámara que interpuso entre nosotros, pero inmediatamente la bajó para indicarnos que retrataría a la esposa del pintor y a su prima, y como yo me encontraba en medio, opté por retirarme al detectar su intención de eliminarme del umbral fotográfico.

Me sentí mal desde el instante en que pretendió anularme de la foto, pero aún así le dije: "¡Adelante!", manteniéndome al margen para no obstruir el objetivo artístico del extraño individuo que mostraba su cámara. Era claro que a él solo le interesaba capturar la imagen de las protagonistas del evento, por eso me aparté, pero la señora Rosas notando la imprudente actitud del joven, me tomó por la cintura y expresó: "¡A todas juntas!", convencida de la horrible distinción del

enviado, de esquivarme de su *flash* elitista. Intenté liberarme de sus generosas manos ante la insistencia del fotógrafo que ordenó categóricamente: "Le tomaré una foto a usted sola, pero después… –afirmó dirigiéndose a mí, tratando de justificarse. Esto solo sirvió para aumentar la sentencia discriminatoria que me relegaba, por lo que intenté de nuevo alejarme, imaginando las miradas de los asistentes, pero él, sin darme tiempo, disparó el *flash* presionado por la esposa del pintor.

Mi rostro se transfiguró ante el rayo fulminante que me hizo sentir despreciada, estigmatizada hasta el infinito por la selección prístina del desconocido. Luego se acercó tratando de ser congruente con lo que acababa de decir, pero en lugar de posar ante sus ojos oscuros, me libré de la prisión femenina y me retiré estrujada por el sentimiento. Cuando las damas se pusieron a saludar a los asistentes, él se acercó y me dijo: "Discúlpame", mirándome detenidamente, tal vez, para comprobar la efectividad de sus palabras.

Mi rostro estaba enrojecido por la ofensa y gruesas lágrimas aparecieron en mi rostro, avasallantes e incontenibles. Entonces me tomó, en un acto intuitivo y natural, de la mano, para decirme que lo sentía, que no tuvo la intención de hacerme sentir mal, sin embargo sus palabras no surtían efecto, huían ante el fragor del sentimiento, porque imprudente es el llanto como certero es el puño que discrimina.

No estaba enferma, ni sufría dolor, ni tenía preocupaciones mayores, nadie amenazaba con exterminar mi vida, sin embargo ahí estaba yo, en medio del gran salón, frente al intruso, llorando con lágrimas súbitas e indomables ante la acción opresora de mi garganta.

Ahora me pregunto ¿qué fue lo que mutiló mi orgullo, mi esencia, en aquella tarde cultural entre supuestos colegas

y amigos?, al festejar la unción del arte con la sensibilidad, con el color inverosímil y fascinante de los cuadros, y la aproximación insólita de elementos pictóricos que produce verdaderas metáforas.

Así, surgí como una absurda metáfora, con amplitud de la nada, de pronto como aparecen las flechas del enemigo, inesperadas y mortales, estremeciéndome hasta las raíces de mi cuerpo, pues no supe elevarme a tiempo, ni huir del hechizo perturbador del individuo que después me pedía eximirlo de su precipitada actitud, mientras yo sostenía las lágrimas a base de apretar los dientes sin impedir que siguieran alterando mi estabilidad emocional.

El hombre alto, de cabello tan oscuro, me dijo que lo perdonara, que podía invitarme un café para platicar y aclarar su equívoco tan delicado, y qué incluso podíamos ir a comer al día siguiente como si yo estuviera pensando en festejar el fatal encuentro.

Finalmente, después de mucha insistencia, acepté el café en ese momento de frustración nerviosa, alterada por el llanto y una manzanita *lift,* con la humedad en mis pupilas que afortunadamente se evaporaba por el viento fresco que llegaba del jardín.

Agregó, gratamente sensibilizado, que era impactante ver una mujer como yo, llorando; así de ese modo, imprevisible y gratuito como si llorar fuera tan fácil como reír, como palpar el pétalo de una flor o mirar los colores del atardecer.

Quedé presa en su mirada, cautiva en sus ojos de ébano cuando me dijo: "Me siento tan culpable como nunca me he sentido, más aún que cuando maté por primera vez."

—¿Mataste a alguien? –pregunté con una ingenuidad reprobable, corrigiendo mis palabras al instante– no puede ser, estás jugando.

Él me miró de nuevo y sin atenderme, me dijo, "es increíble cómo se dio esto." Yo no entendía lo que quería decirme "¿a qué te refieres?" "Esto lo debemos comentar después, porque hay signos importantes en lo sucedido." —¿Cuáles?– le dije.

—Principalmente hacerte llorar de este modo tan fortuito, y mira nomás, cómo evades mi mirada, eso no es normal.

—¿Cómo te llamas? Le pregunté para no contestar. Él respondió: "Julio, me llamo Julio…" Entonces añadió: "Arquímides, Rubens" o algo así.

—Debemos reunirnos en un café, dame tu teléfono –pidió abriendo una libretita de direcciones.

—El teléfono de la oficina es…

—No, no, dame tu celular.

—Es lo mismo, le dije apresurando la respuesta. El teléfono es… Lo anotó de prisa, pero cuando me acerqué, vi que faltaba un número. Falta el 7 al final.

—Ah, qué bueno que te fijaste –señaló.

—Dame tu correo, y se lo di, pero también lo anotó mal, porque lo escribió en singular.

—No, no, así no es, le dije. Entonces me pidió: "anótalo tú, por favor", entregándome la libreta.

—Te veré mañana; te marcaré a las diez ¿te parece?

—Bueno, está bien –contesté más tranquila.

—Creo que te conozco, ¿verdad? –interrogó, retomando la conversación.

—No, no, o tal vez solo de lejos…

—Sí, sí, me parece que te he visto en algún sitio, es más, siento que te quiero –agregó en tono serio.

—Estás jugando, eso no puede ser.

—Esto es algo especial, muy extraño por cierto: el hecho de conocernos así, de este modo, tan inusual, debe ser por

algo. Estas coincidencias no pasan todos los días –añadió dando importancia a lo sucedido.

—¿Me perdonas? –suplicó de nuevo, mirándome a los ojos.

—Sí, ya pasó. Olvídalo –le dije.

—¿De verdad me perdonas? –volvió a preguntar con dulce voz, mostrando verdadero arrepentimiento por haber sido tan descortés.

—¿En qué trabajas? –pregunté para evadir sus preguntas.

—No trabajo –contestó cortante.

—Ah –recapacité deduciendo que su trabajo era precisamente la fotografía, y añadí tratando de dar otro sentido a mis palabras. –Entonces ¡tú eres cigarra, y yo soy hormiga!

—Bueno –reparó él– después te platicaré en qué trabajo. Mañana te marco para caminar entre los árboles tomados de la mano.

—¡Ay sí, cómo no! –respondí, riéndome por lo que acababa de decir.

—Entonces nos vemos –dijo acercándose a mí para despedirse, besándome en la mejilla, y fue entonces cuando me dijo al oído: "Abrázame", pero no me moví, solicitó de nuevo pero con firmeza: "¡Abrázame!" Entonces subí los brazos gobernada por una fuerza ignota, pero los detuve en el viento, y entonces ordenó con voz cálida y persuasiva: "Pero fuerte, abrázame fuerte", y posé mis brazos suavemente sobre sus hombros, sintiendo los suyos cálidos, ciñendo mi cintura.

Esa noche, la oscuridad fue más intensa, el sueño más ligero y mis cuestionamientos más ágiles. No entendía en mi perturbado entendimiento porqué había reaccionado así, tan estúpidamente, poniéndome a llorar ante un completo extraño que me eliminaba de sus fotos. ¡Qué traumas ten-

dré, Dios mío! pensaba en la oscuridad. ¿Por qué se filtra mi sentimiento hasta la médula cuando alguien me excluye de su patética luz artificial?

Al día siguiente amaneció muy lento, como que el día no quería avanzar, como si las golondrinas tuvieran pereza de iniciar su vuelo, como si los rayos del sol no despertaran a las flores ni motivaran a los hombres con su milagro de vida.

Pasaron las diez, las doce, las cuatro, las ocho, y nunca llamó el joven que quería caminar conmigo entre los árboles. Nunca escribió a mi correo, ni mandó un mensaje al celular. Se desvaneció evidentemente en su rutina acostumbrada de mentir, pero ¿para qué?, ¿para qué mentirme?, ¿por qué su actitud discriminatoria y su soberbia al portar una cámara de poder? ¿Para qué simular?

Esto no debe extrañarme, porque ese hombre llegó en un instante de tribulación, abruptamente, a romper con mi aparente tranquilidad, invadiendo mi espacio y robándome el aire que inhalaba, sin embargo me pregunto ¿por qué perdí la capacidad y el control de mis emociones en un reflejo sin motivo relevante, ni trascendente?

Fue la intuición explosiva del dolor, después lo supe, el declive del silencio, la esencia que alteró mi percepción, pues en aquellos momentos, en otra ciudad, moría repentinamente mi amoroso padre.

Princesa del siglo XXI

Para Mayrita: ofrenda humilde y amorosa
a su dedicación, empeño y fortaleza

A esta princesa le tocó vivir en un mundo al revés donde la rectitud ya no está en boga, donde el esfuerzo y el empeño no son prioridad, ni parece que las virtudes valen lo mismo, ya que se requiere capacidad para trazar proyectos, voluntad para aprender y perseverancia para cristalizar los sueños.

Esta joven tenía el propósito de superar los obstáculos, y de rebasar las inherentes justificaciones del ser humano. Sabía que en este tiempo ya no es preciso esforzarse tanto por conseguir créditos y cosas materiales ni recorrer grandes distancias, ni tardarse semanas para llegar a tierras extranjeras, porque el *scramjet*, el *blackbird y* el *foxbat* pueden trasladarla de un continente a otro prácticamente en horas, mientras cierra los ojos y se deja llevar hasta su destino, pero también sabía que se requiere concentración y entusiasmo para cumplir las metas, y aunque todos deseamos el éxito y la fortuna, no todos estamos dispuestos a enfrentar las dificultades, ni a redoblar esfuerzos para ascender la montaña, ni a ser avizorados en la neblina, ni a verificar la ruta, ni a practicar diez mil veces la misma jugada hasta alcanzar la victoria.

Ella imaginaba, impaciente, la cima de sus sueños, pues tenía un carácter firme y a la vez sensible que le permitía vislumbrar, por naturaleza, su misión en la vida.

Esta joven dulce nació con una fisura minúscula en su corazón, sus padres preocupados tuvieron que someterla a una complicada cirugía siendo aún muy pequeñita, pero la gracia

de Dios se manifestó dotándola de un talento especial, distinto, único, por eso ahora, en su juventud ha decidido prepararse para aliviar el sufrimiento y la enfermedad de aquellos que se sostienen penosamente en este valle de dolor.

Por ello, día a día, estudia horas y horas frente a su escritorio. En lugar de salir al jardín a mirar a las rosas se dedica a conocer las funciones de la célula, y las formas incomprensibles de la corteza cerebral. Las delgadas fibras de los ligamentos, las partes sesgadas de los músculos, y la conformación prodigiosa de órganos con funciones simultáneas y autónomas.

La princesa moderna encerrada en su habitación ya no recibe el aroma floral, pero aprende con interés los códigos secretos en la sangre. Ya no contempla el vuelo mágico de las mariposas ni la luz intermitente de las luciérnagas, pero capta con interés las conexiones reactivas de la energía potencial y transmisora de las dendritas. No escucha el canto primaveral de las alondras, pero admira a los seres fantásticos y microscópicos de los protozoarios con sus colores iridiscentes, ya no solo se distrae buscando la delicadísima estructura de las catarinas, sino también se dedica a delinear bocetos de la estructura ósea. Ya no disfruta como antes, el atardecer por la ventana, porque tiene que estudiar y aprenderse mil nombres distintos que son difíciles de memorizar, y también comprender las teorías científicas más importantes. Sin embargo el cansancio se ha acumulado en su espalda y sus cervicales, y el sueño empieza a perseguirla, pero ella, por todos los medios posibles evita sucumbir, y hasta cuando el aguijón del sueño se hace intolerable se levanta decidida, pone todos los libros encima de su cama para no desfallecer en ella, y se pone a caminar en círculos durante horas leyendo decenas de tarjetas y apuntes en voz alta para oponer resistencia al polvo mágico que se cierne sobre sus ojos.

La princesa ahora ya no entona ninguna canción, ni escucha la música que le alegra el alma, solo los latidos de su corazón riman con el movimiento cíclico de las manecillas del reloj que absortas, giran, y giran inclementes, mientras intenta a toda costa aumentar su memoria.

Su anhelo es más que una conveniente filantropía que puede aportar recursos para solventar la pobreza de su entorno, ella está dispuesta a mejorar sus capacidades para erradicar en lo posible el dolor, y el misterio de la tristeza letal. A veces, en la agobiante tarea de prolongar las horas de estudio, no alcanza a ver las lecturas con la luz turbia de la lámpara, pues sus emisiones son cada vez más débiles conforme avanza la oscuridad, entonces en la dureza de la noche enciende la luz del baño, la estancia y el vestidor con la idea de iluminar todo el entorno para despejarse.

Al amanecer, llega la luz incipiente y tímida para no despertar a la doncella, pues minutos antes el sueño implacable la ha vencido, pero solo por un breve lapso, porque en su descanso mental alcanza a escuchar el corte del césped, la ambulancia que pasa veloz, y el lejano tranvía que llega a la ciudad por el oeste. Entonces se despierta confundida, y se pone a escribir en el piso, delineando con gruesos marcadores la anatomía del brazo, y los segmentos epidérmicos de la mano. Ahí, inclinada, redimida en su propósito sobre la cerámica rusa se dedica a continuar su estudio hasta que la fuerza pródiga del sol aumenta y refuerza los jirones de su voluntad.

Un día decidió, alimentarse de flores y de frutas, para no distraerse en la cocina, así fue perdiendo el apetito. Ahora parece una sílfide delicada como las sirenas de hielo, pero sigue estoica en su empeño, nadie la convence de hacer treguas, tomarse por lo menos unos días para restablecerse; ella solo

desea concentrarse en los libros: tesoros que invaden su aura, le roban el aire y a veces hasta sus reflejos.

El aromático café es su mayor aliciente, le permite continuar invencible en esta prueba heroica, y activar la memoria repasando las teorías en la soledad de su cuarto. Solo su mascota parece atender sus disertaciones frente al espejo, la explicación sobre las causas del infarto cerebral y las complicaciones de la diabetes. No entiende nada, pero escucha a su ama, y permanece inmóvil con las orejitas tiesas pretendiendo ser disciplinada e inteligente alumna.

Anotaciones, copias, síntesis, aparecen por doquier. Miles de papelillos fosforescentes tapizan las paredes con el propósito de reforzar su disciplina y aprender el funcionamiento del aparato respiratorio, circulatorio y digestivo, grabarse nombres, términos y funciones que repite día y noche como si fueran letanías, oraciones místicas para que el cielo le conceda la luz eterna del entendimiento.

Apenas despunta el alba, se baña y se alista para acudir a la universidad: polvo satinado a sus mejillas, lápiz café para delinear sus cejas, brillito fresa a los labios, y un tenue aroma de Gio. Se detiene como Monarca frente al espejo para mirar sus ojos entre la multitud de *post-it* naranjas y verdes que invaden la frialdad del azogue. Sus ojos, destellos de luz, revelan las profundas cordilleras del iris y apenas asoma una tenue sonrisa en sus labios. Entonces ofrece su día al creador, y piensa que será el mejor de su historia porque saldrá avante en el examen más complicado, ¿anatomía o farmacéutica? Siete u ocho será la calificación suprema en ese universo de rigor y exigencia. Uno debe ser competente, y sin trampas perseguir en el mar, las estrellas. ¿De qué vale una calificación obtenida por resúmenes diminutos del acordeón o escaneados bajo el simulacro perfecto o bien, adquirida con estuches de

plumas finas o vinos de prestigiadas marcas? Más vale celebrar el propio esfuerzo y el aprovechamiento de las materias, pero sobre todo el valioso aprendizaje para la vida.

Una mañana encontró sobre el lavabo, una palomilla atrapada en gotas cristalinas, la tomó delicadamente y se dispuso a observarla contra la luz, se fijó en la dimensión minúscula de sus miembros, y en su tenaz impulso por escapar. El insecto deseaba volar, pretendía emigrar a espacios de mayor luz, agitando intensamente sus pequeñas alas. Pero ella, arbitraria, la sostenía enfatizando su análisis en los pliegues de sus alas, en la constitución frágil de su cuerpo. Al momento captó, conmovida, que la estaba martirizando en su afán por comprenderlo todo, entonces abrió la ventana, y la dejó partir.

Los días, las semanas y los meses siguieron su constante trayectoria, y ella, su oficio de aprendiz apuntalando con mejores estrategias los muros de la recta final.

Textos, libros y apuntes permanecen como margaritas desordenadas y marchitas sobre el tocador, peinetas, broches y diademas se confunden con marcadores y plumas de diversos colores. Sobresalen pequeñas madonas, pilares de sus creencias, de su fe en un poder superior que la sostiene y la impulsa.

Persiste en esta labor aún sin fin, la joven de este nuevo siglo, descubriéndose en el océano infinito del conocimiento, en la alta marea del esfuerzo, de la perseverancia. Perfilando cada día su destino en ese acuartelado espacio de aprendizaje sin recobrar fuerzas, sin resarcir las horas pérdidas de sueño, sin alimento suficiente para nutrirse.

Apasionada con esta profesión médica cuyo nivel de exigencia es ya superior a sus fuerzas y a su consistencia humana, sigue la ruta trazada, cual hábil marinero enfrenta la tormenta, aferrada al timón para conducir la barca por áreas más estables,

y salvaguardar la vida siempre con la vista al frente, clavada en el horizonte luminoso, siguiendo la flecha roja e indicativa que señala su corazón.

No quiere detenerse a pensar que el mayor de sus obstáculos es el doctor Romualdo quien se ausenta por temporadas; solo va de vez en cuando a dar clases o a indicarles lo que tienen que estudiar: doscientas o trescientas cuartillas para el examen como si este fuera el parámetro que los dotará cualitativamente para la vida. Tampoco desea pensar en las materias alternativas que la privan de tiempo para enfocarse en las que son verdaderamente el sostenimiento y el puntal de su carrera, ni en las actividades de la maestra Amelia quien insiste en incrementar su apreciación por el arte abstracto y figurativo. Tampoco quiere perder tiempo en la diversión y el ambiente de las celebraciones, ni en la fiesta de novatos donde podrá conocer interesantes alumnos de otros grados, porque ahora en este periodo de ascenso solo debe concentrarse en la blancura de la cima, en la esperanza dorada que nunca debe de morir, porque el Everest está aún muy distante de sus esfuerzos, pero siempre está cerca de su anhelante corazón.

Así vive esta joven del nuevo siglo, mientras otros de su edad se desenvuelven en un mundo de júbilo, de reposo y de algarabía; a veces, evadiendo responsabilidades o simplemente evitando el esfuerzo, o a veces flotando sobre la abulia, con falta de determinación para orientar y conducir su barca hacia un destino superior.

Mas la suma de los días y los meses aumenta el cansancio y la disminución de sus signos vitales empero nunca su anhelo; es así ante esta férrea lucha que un día se desvaneció, por instantes perdió el conocimiento quedando al borde de lo inasible, y entonces vio sorprendida una luz radiante e imponente, ni todas las luces del mundo podían compararse

con esta que la deslumbró. Por un momento creyó que era un sueño intangible y fugaz, pero la luz se incrementó delineando una estrella en el centro. Un símbolo de cinco puntas donde emergió celeste la imagen de María Santísima, quien la nombró: "Hija de mi santa luz, te amo con todo mi corazón como te aman tus padres, tu familia y tus amigos, porque eres un ejemplo. Recibo tus oraciones y tus sacrificios, pero, hija, te quiero sana para que vivas en plenitud. Ven a mis brazos que yo te daré la capacidad de administrar tus fuerzas, de perseguir tus anhelos hasta el límite en que tu entereza humana pueda realizarlos. Yo, tu madre, te daría la fuerza de un coloso o la misma de Hércules para que cumplas tus metas, pero no lo hago, porque eres humana con capacidades y limitaciones. Claro que en la vida hay que fortalecer la voluntad como tú lo has hecho con hábito y paciencia, pero no al grado de poner en riesgo la salud. Hay que usar el arco mil veces para alcanzar las orlas del viento y los destellos de la lluvia, pero sin rompernos el brazo. Hay que tirar la red al mar mil veces hasta capturar los peces, pero no a tal grado que nos quedemos sin peces y sin red. Hijita, recuerda que no tienes resistencia de acero. Tu cuerpo, prodigio natural, necesita descanso aunque parezca por juventud que todo resiste. Los cartílagos de voluntad se fortalecen, pero también la mayor firmeza se puede debilitar si se expone demasiado."

La imagen se desvaneció, el eco de una voz dulce y cálida quedó en ese espacio que por breves segundos manifestó su consistencia mágica. La joven se recuperó de una sensación de ensueño, adormilada se tallaba sus ojos, tratando de recuperar la vista e interpretar la visión.

Nunca sabrá si soñó este suceso o si en verdad apareció la estrella luminosa de cinco puntas en su habitación. No podemos preguntarle, porque desde entonces duerme sobre

los libros, ajena al mundo y a su firme objetivo, solamente un suave ritmo acompasado revela que aún tiene vida. Está ahí, invernando, cerca de los osos de peluche que la han acompañado desde su infancia en noches de lluvia y de frío. La perrita Cuki permanece tendida junto a sus pies sin moverse siquiera para no despertar a su ama quien ha pasado treinta meses en lucha titánica, eliminando con sus libros, la terrible y ciega ignorancia que priva a la humanidad de plenitud y progreso.

En tres días despertará, restablecida seguramente por el sueño, entonces podrá comer frutas, vegetales, pollo y cordero para seguir en el campo de resistencia donde nuevas estrategias la llevarán a la victoria. Esta joven cristalizará su meta bajo las estrellas convertida en una defensora de la salud, compartiendo su bondad y los avances de la ciencia.

Radiante

Con amor a Javy y María

Se ponía triste al ver que su juventud se iba extinguiendo poco a poco. Conforme pasaba el tiempo se desanimaba más, porque sus intentos por conservar su lozanía resultaban en vano. Se sentaba en las tardes a mirar la hora imprecisa del ocaso, y entonces su tristeza aumentaba, pues recordaba que su piel seguía, cada minuto y cada hora, perdiendo la frescura de su piel, y se lamentaba, mas no por ella, ni por la imagen que proyectaba en el espejo sino por su amado, pues pensaba que él la dejaría de querer al darse cuenta que su juventud declinaba como la luz atrás de la cordillera.

Cada tarde crecía su tristeza por la misma causa, y esto acentuaba su palidez y la consumación de sus esperanzas. Así pasó la primavera y el verano, mirando el atardecer cuando su amado no estaba. Sin embargo, cuando llegó el otoño descubrió, sorprendida, la belleza de la luna que se manifestaba con todo su luminoso poder e intuyó por primera vez, la bondad de sus reflejos. Y desde entonces empezó a vigilar su aparición hasta en las noches más frías.

Clarissa decidió salir con frecuencia para que la luna la cubriera con su luz, imaginando que sus rayos detendrían el deterioro de su piel y el desgaste de su cuerpo.

Aprovechando un largo viaje de Andrés se propuso con mayor interés, exponerse a la luna para recibir su esencia benéfica. Tal era su optimismo y sugestión que empezó a considerar posible recuperar la juventud y su anterior belleza con la potestad de la luna. Pero pronto se dio cuenta de que el astro tan querido no siempre era visible en el trayecto de su

órbita y entonces la invadía la angustia al reconocer que era imposible evitar la lastimadura que le provocaba el tiempo.

Un día cayó enferma, preocupada por su deterioro. Aceptando sin remedio, el mismo destino de las flores que aún siendo bellas tienen que morir.

Una noche que creyó idéntica a las demás se durmió pensativa y triste, pero despertó después por la calidez de los rayos sobre su rostro, entonces se incorporó entusiasmada y salió a la noche, acomodándose el cabello y despejando su frente para recibir mejor las emanaciones de luz con su energía y poder de atracción. Trataba de permanecer bajo el firmamento el mayor tiempo posible, sugestionada creía que verdaderamente su piel estaba adquiriendo lozanía y firmeza.

Los bálsamos de luna se convirtieron en su magia secreta, convencida que las radiaciones estaban activando sus células y produciendo sustancias reconstituyentes con la colaboración sanguínea e inmunológica de su cuerpo. Ahora estaba segura de recuperar la consistencia frutal de la piel, el agua diáfana de sus ojos, y la definición, incluso de sus músculos. Sin embargo cuando estaba más segura de sus beneficios, el astro se ocultaba entre las nubes y no volvía a aparecer; era entonces cuando ella se hundía de nuevo en un estado de frustración pensando en su esposo, pues se daba cuenta que aún no eran suficientes los cambios que creía milagrosos, necesitaba aún varias dosis de luna, exposiciones prolongadas al plenilunio para que su cabello volviera a tener la brillantez del agua y su rostro la tersura del cielo. Abandonaba entonces su tenacidad y su mística esperanza, y languidecía, suavemente como los lirios sobre el lago.

Así pasó el tiempo hasta que llegó el invierno con la noticia de que pronto regresaría su amado, y fue cuando su ansiedad aumentó, porque la fase lunar estaba en creciente y

solo cuando recibía cien por ciento la luz del sol, resultaba, según ella, prodigiosa.

Una noche, en que se prolongó el invierno la luna emergió inesperadamente en el firmamento para alegría de Clarissa, quien se incorporó como pudo, y sin perder tiempo salió jubilosa a recibir a su mágica hada, confiando en su poderosa y brillante redondez que terminaría su espléndida obra. Ahora sí sería posible conservar para siempre su amor, sin embargo la noche estaba tan fría que fue entumeciendo lentamente su cuerpo a pesar de sus ropas gruesas.

Ella sintió el frío transmutar la fragilidad de su cuerpo, pero decidió seguir frente a la plenitud de la luna, y aprovechar las horas más intensas en que esta le brindaba su benevolente luz. Permaneció ahí, a pesar del cierzo hasta que descendió paulatinamente en el sueño. Se quedó dormida, feliz como una doncella de cuentos esperando su ansiado milagro.

Al amanecer la encontró un vecino que acostumbraba correr durante las primeras horas de la mañana. Se acercó, intrigado por la presencia de una dama tendida sobre el jardín exterior de su casa a pesar de la baja temperatura, y la llamó, aproximándose más para tocarla y se dio cuenta que no respiraba. Su cuerpo yacía sin vida bajo la constelación del hielo.

Algo más importante que la muerte impactaron al joven, la juventud y belleza de la mujer que resplandecía con misteriosa luz, y asombrado exclamó: "Es la mujer del anciano Pedro…"

El fuego

Hay cosas que quedan mal desde el principio como esta chimenea que resultó defectuosa. El humo escapaba por todos lados.

—Ya sé, pues por eso nunca la prendemos.

—Ya vinieron a arreglarla el sábado, cuando te fuiste a la jugada.

—¿Recuerdas el primer día qué la encendimos, Julián?

—Sí, ese día ni nos fijamos en la humareda. Hacía tanto frío que yo creo que el humo se congeló.

—¿Cómo que se congeló? No puede ser.

—Es un decir, acuérdate que se nos irritaron mucho los ojos.

—No recuerdo nada, pero imagino que estábamos contentos por algo especial, porque cuando remodelamos la casa acordamos que prenderíamos la chimenea hasta nuestro aniversario, ¿verdad?

—Solo me acuerdo del frío y que se terminó la leña.

—Si no recuerdo eso ha de ser por algo, ¿verdad, Julián?

—Pero, ¿por qué?, si tienes buena memoria.

—Lo que no se me olvida es la gran impresión que tuve al encontrar los rescoldos quemados por el fuego.

—Siempre has dicho que el fuego enciende la pasión.

—¿La pasión de quién?

—De los enamorados.

—Sugieres ¿qué estás enamorado de mí?

—Claro, mi reina, sigo enamorado de ti.

—Entonces, recuérdame cómo celebramos esa noche en que encendimos la chimenea por primera vez.

—Fue en la reconciliación, cuando estuvimos abrazados frente al fuego mirando las llamas que se movían enrojecidas. Brindamos con tinto en esas copas altas y delgaditas que tanto cuidas.

—Eran de mi madre, las usaba en ocasiones especiales tratando de conservar la felicidad. Porque la felicidad resulta tan efímera como el viento; sabes que existe porque sientes su esencia volátil.

—Nosotros hemos sido felices…

—La felicidad es relativa, se escapa como el agua y se prueba a sorbos como el vino; no creo que exista felicidad completa ni dicha verdadera, pero sigue, recuérdame esa noche tan especial.

—Tú me besaste; bueno, nos besamos con la pasión de siempre.

—¿Se puede distinguir la pasión del amor? La pasión es un momento, intenso, pero efímero. El amor verdadero es acentuado, pero permanente.

—Perseverante querrás decir. El nuestro lo ha sido, hemos continuado a pesar de los contratiempos.

—Porque yo no he tenido fuerzas para terminarlo. Cada vez que pensaba en dejarte me sentía morir, pero ya… no.

—No digas eso. Hemos seguido juntos, porque nos amamos. Somos el uno para el otro.

—No, no lo creo. Si lo hubiéramos sido, tú jamás… —Gabriela acentúo las palabras con ímpetu, pero se detuvo al escuchar.

—Sabes que te amo, no puedes dudar de mi cariño –interrumpió Julián endulzando su voz –no cuestiones este amor que mucho nos ha costado.

—A mí, el precio de diamantes, el precio del dolor…

—¿Eso te ha costado?

—Todo eso he pagado por seguir contigo, mordiéndome los labios para callar lo que sé hace años, y ahora tus palabras, certifican.

—No, no permitas que tu imaginación y pesimismo crezcan; mejor brindemos. Toma, probemos este exquisito vino.

—Así sea –dijo Gabriela recibiendo la copa.

—Salud, querida, por nuestro amor –expresó conmovido Julián.

—Salud –contestó Gabriela con el rostro encendido, soltando de pronto la copa –el sonido del cristal se escuchó un segundo, y calló para siempre.

—¿Por qué rompiste la copa? Lo hiciste a propósito, ¿verdad? —reprochó Julián, cambiando de actitud.

—Así me rompiste tú, así quedé rota para siempre, desde aquel día en que descubrí las cenizas y la verdad.

—¿Cuál verdad? No entiendo.

—Mi memoria es buena, y no lo celebro. Hubiera querido perderla para no atormentarme con este mal recuerdo. Mi memoria es más fiel que tú.

—¿Eso qué tiene que ver ahora? –Reclamó Julián desconcertado.

—Que recuerdo todo perfectamente: yo no estuve contigo aquella noche, y jamás volveré a estarlo.

—¿Cuál noche?

—Cuando encendiste la chimenea por primera vez. Fue otra, otra la que trajiste aquí, para enamorarla frente al fuego.

Árboles en mi memoria

A mi hermano Jesús Ramón testigo del arduo
y noble trabajo del campo

Sí, señor, yo sembré muchos árboles de manzana. Mire, *usté,* los regué durante mucho tiempo con unas pequeñas mangueritas hasta que dieron sus primeros brotes, los cuidé día y noche durante muchos años. Cuando germinaron los aboné cien veces por más de diez años y los protegí de las plagas y de los animales que entraban al sembradío. Mis manzanos maduraron pronto, si usted los hubiera visto… Crecieron fuertes, hermosos y florecieron antes de la primavera. Dieron unas manzanas inmensas, mire *usté,* del tamaño de mi mano: doradas y jugosas, lindas como los frutos del árbol de la vida. Me puse a cortarlas una a una, como si fueran mi mayor tesoro. Las acomodé en cajas de madera y me fui muy contento a vender la primera parte de mi cosecha, y fue cuando me dijeron que pagaban el kilo a $5.00, pero "¿cómo? ¿Cómo es posible este precio?, si mi inversión ha sido de miles y miles de pesos y he tenido que esperar años para verlos producir"; expliqué esto varias veces a los intermediarios, pero ninguno le dio importancia: "Ustedes revenden el producto a altos precios y ni siquiera invierten un quinto." Me cansé de decirles, pero ellos no valoran ni el conocimiento, ni la paciencia, ni la dedicación, ni los gastos en el cultivo. Lo bueno fue que mi compadre me avisó que en la central de abastos, varios *tráilers* americanos estaban comprando la manzana a mejor precio, así que al día siguiente llegué temprano; los encargados inmediatamente me ordenaron: "Fórmese, fórmese en la fila, hasta atrás…"

Ahí estuve, amenazado en otoño, por la fuerza apremiante e impredecible del invierno. Esperé y esperé sin separarme ni un minuto del lugar, cuidando mi dulce mercancía. Pasó una hora, dos horas, tres horas, cuatro, cinco, hasta quebrar el día, después llegó la tarde que nos pareció eterna y hasta al anochecer nos avisaron: "Mañana, señores, mañana vuelvan temprano como a las cinco de la mañana, y entonces veremos, veremos si nos gusta y a ver si compramos su fruta."

Me regresé muerto de hambre y de frío cuando el viento soplaba con mayor fuerza. Esa noche no dormí. Me la pasé dando vueltas y vueltas por la casa, cargando los árboles en mi memoria durante horas y horas hasta que desesperado creí ver el amanecer; me asomé entonces a la ventana y descubrí un cielo luminosamente blanco aunque aún no aparecía ningún rayo de sol. Durante esa noche, siniestra y silenciosa, había caído una gran helada. Preocupado, me fui directo a la huerta y encontré tiradas todas las manzanas, congeladas bajo los árboles. Parecían manzanas malditas. Castigo del cielo o venganza de algún enemigo maligno. Me quedé ahí toda la mañana sin hablar y sin moverme, contemplando las manzanas moribundas en su brillantez a pesar de que el sol las calentaba intentando darles vida. Más tarde regresé a mi casa y sin decir palabra me tiré en un sillón y duré horas mirando fijamente el techo. Esa noche no dormí, ni la siguiente, la otra tampoco, porque los árboles se enraizaban y se fortalecían en mi memoria.

La cuarta y quinta noche tampoco concilié el sueño, porque los árboles seguían en mi pensamiento y fue entonces cuando mi esposa me advirtió: "Si no duermes te vas a volver loco", pero no hubo remedio, esa misma noche no dormí y la siguiente tampoco. El nuevo amanecer me encontró tirado en

el sillón con los ojos abiertos; ella preocupada, me volvió a decir desde la habitación con voz delgadita, enmarañada aún en el sueño: "Si no duermes te vas a volver loco."

Ese mismo día, cuando la oscuridad extendió sus alas, una idea me brotó de pronto, me levanté y salí sin atender las preguntas de mi mujer ni el llamado de mi pequeño; fui por el trascabo y lo conduje directo al sembradío rompiendo las puertas de alambre. Empecé a cortar las primeras filas de manzanos jóvenes y vigorosos, después seguí cortando las hileras alumbradas por los reflejos ocasionales de la luna; tumbé las filas de árboles más grandes y también los retoños prodigiosos, mientras la noche crecía y crecía con mayor dureza, y el frío calaba más y más, y se metía con rabia entre mis ropas, hiriéndome con sus garras afiladas y puntiagudas. Aguanté la impiedad del frío, toleré la noche con mi amargura, soporté el silencio de las horas más crueles de la madrugada, vencí la neblina, me impuse el castigo de la terquedad. Únicamente me importaba seguir cortando y destazando, furioso y embravecido hasta los árboles más encallecidos en el secreto de la tierra; saqué con furia sus raíces congeladas, acorralado por una extraña sensación de dominio. Conduje la máquina entre los grandes surcos, avanzando en mi camino de destrucción y muerte. Nada me importaba, nada me detenía, ni las ráfagas cortantes del frío, ni la lluvia que certificaba mi derrota, ni los látigos del viento que azotaban mi espalda. Indomable, completé el corte de trescientos árboles en la espesura siniestra que me rodeaba, reprobando con imponente silencio mi terrible y cruel hazaña.

Cuando las rutas luminosas del amanecer se abrieron quedé tirado en el suelo, desfallecido como mis manzanas congeladas y muertas.

El filo del miedo

Una mañana me avisaron a la escuela que mi padre estaba en el hospital. Salí preocupado y con la rapidez que me fue posible llegué a urgencias, alcancé a ver cómo sangraban aún sus heridas, y al médico saturarlas sin anestesia. Lo vi enrojecido, resistiendo el dolor sin queja alguna.

—¡Póngale algo! –sugerí nervioso.

—No, no –contestó mi padre– ya le dije al doctor que no necesito nada. Así, a la brava está bien, como antes.

—Pues ¿qué le pasó?, ¿quién le hizo esto, padre? –pregunté indignado, delante del médico.

—Me caí –respondió sin mirarme a los ojos.

—¿Cómo que se cayó? Dígame la verdad. ¡Dígame por Dios!

—Fueron los perrasflacas de los Rodríguez; me agarraron entre varios para que Fabián me diera de golpes –contestó en voz baja cuando el médico salió de la sala.

—Pero, ¿por qué no se defendió?, ¿qué no traía la pistola?

—Claro, pero de pendejo la saco.

—Pues entonces *¿pá'* qué la quiere?

—Ay, *mi'jo,* estás muy verde todavía.

—Pues no le hubieran hecho esto; mire nomás como lo dejaron…

—¡Si saco la pistola me matan los desgraciados! Eso querían que hiciera, los montoneros, para quebrarme, y *pá'* decirle a la ley que yo los ataqué.

—Pues entonces ¿para qué son las armas?

—Si mato a uno me pudro en la cárcel y ya no te veo *mi'jo*. Prefiero esto a que me separen de ti.

—Voy a avisarle a…

—No, no tiene caso, si ya nos vamos…

—Pues ¿qué no lo van a dejar aquí, en observación?

—¿Observación de quién? Aquí lo único que les importa es que uno no se vaya sin pagar. Así que a ver qué fregados firmamos.

Desde aquel día se me quedaron los Rodríguez guardados en el alma como brasa ardiente que me quemaba a todas horas, nomás pensaba cómo diablos hacerlos pagar lo que le hicieron a mi padre. Me ponía a pensar dónde le dolería más a Fabián para vengar la afrenta que le hicieron a mi pobre viejo: lo más fácil era pensar en su familia, pero era injusto irme contra inocentes, por eso desistí un tiempo. Pero cada vez que veía las cicatrices de mi padre me volvían a despertar la rabia dormida.

Pasaron unas semanas, hasta que un día iba por la carretera Rivier y reconocí la camioneta del agresor principal que venía de frente y entonces dije ahora sí, cabrón, la suerte te trae a mí, apreté el acelerador y enfilé directo al carril contrario, hacia donde venía el desgraciado ejidatario tan quitado de la pena. Al ver mi troca amarilla me reconoció y cambió rápidamente de carril, entonces desafiándolo lo enfrenté, y él volvió al carril anterior y yo de nuevo justo hacia él, pero en el último momento, antes de que nuestros vehículos chocaran entre sí, bajó del asfalto y yo pasé como alma que lleva el diablo, mientras él frenaba de golpe recuperando, seguramente, la respiración.

Lo había asustado, y ese era el inicio de mi venganza, pero esto no es venganza para mí, sino el deber de cobrarle lo que hizo a mi padre enfermo, pero llámenle como quieran.

Pasó el tiempo y una noche que andaba con mis amigos en la diversión me tomé unas copas y me salió la rabia, entonces decidí ir solo, yo no necesitaba montoneros como él. Me subí a la camioneta y fui hasta el predio y fácilmente encontré

su casa, y me puse a dar vueltas y vueltas amenazándolo de muerte, tirando balazos a la puerta y a las ventanas.

La noche estaba serena, nadie salió, ni se asomó a esas horas, así que seguí dando vueltas a la casa en aquel paraje desolado hasta que se me acabaron las balas, y decidí tomar de nuevo el rumbo a la ciudad, sintiendo el sabor primario de la venganza.

A los pocos días un conocido le comentó a mi padre que decían que yo había amenazado a los Rodríguez, pero como no quería meterlo ya más en problemas le dije que eran puras habladurías, pero él me corregía con firmeza.

—Mira, Marco, tú apenas eres un párvulo, no puedes contra esos traicioneros que siempre atacan juntos, y por la espalda. Mejor no te pongas en el tocadero…

—Tienen que pagar lo que le hicieron, padre.

—Si tú matas a uno por desquite, te refundirán en la cárcel, *mi'jo y* eso es el infierno. Tú, a tus pocos años ni siquiera te imaginas lo qué es vivir enjaulado. ¡Entiende! Tu madre moriría de tristeza y yo me vuelvo loco… No les sigas el juego, déjalos, ¿oíste?

Tenía razón, ellos atacaban en jauría y yo siempre andaba solo, sin hermanos, ni primos, ni amigos pero de algún modo tenía que desquitarme por lo menos del Fabián, ese que siempre le tuvo tirria a mi padre, y envidia por sus tierras, ¡eso era! Si tan solo el maldito pagara por impedir que me padre se hubiera defendido como Dios manda, tal vez, me sentiría satisfecho o por lo menos, sin tantas ganas de vengarme, sin tantas ganas de verlo sufrir.

Como a las dos semanas lo volví a encontrar por la misma carretera, la suerte lo ponía de nuevo en mi camino, más allá de la empacadora, y se la jugué igualito. En cuanto lo divisé me dejé ir directo a su carril con marcha reforzada sin

dale tiempo a regresarse. Iba decidido a matarlo, es decir a matarnos, a chocar de frente con él para darnos en todita la madre, y él sabía bien que yo no tenía miedo a nada, ni a la muerte. Era tanto mi deseo de cobrarle el ultraje que no me importaba morir al hacerlo. Pero el Fabián ese, en el último instante, lleno de miedo bajó otra vez de la carretera sin medir siquiera si se iba al desfiladero. Prefería arriesgarse y lanzarse al abismo que seguir hacia mí, porque sabía que no iba a detenerme.

Así se la hice varias veces en esa mentada carretera que debíamos recorrer para llegar a nuestros destinos. Pero después ya no lo encontré, así que tuve que esperarlo varias veces durante horas, fumando escondido entre los matorrales cercanos a la Rivier.

"Ya no quiere salir", me dijeron días después. Entonces fue cuando decidí volver a visitarlo *pa'* no perder la costumbre, y así seguí en otras ocasiones, después de alguna fiesta y de copitas encima me brotaban las ganas de llegarle a media noche: tirando balazos y dando vueltas y vueltas como hámster desquiciado alrededor de su casa, gritándole que saliera, amenazando que lo iba a matar, pero nunca salió el cobarde ni tampoco contestó el fuego, nunca se asomó, ni prendía tan siquiera una luz pequeñita. La casa se quedaba siempre igual de silenciosa después de mi ataque como si estuviera abandonada o muerta. Los vecinos de la otra ranchería estaban muy lejos, y si acaso escuchaban disparos no llegarían a esas horas. Después me retiraba prendido, sintiendo que mi propósito maquiavélico estaba surtiendo efecto, como si los tendones de mi odio empezaran a reforzarse.

¿Por qué los delincuentes creen que pueden abusar del débil, dañar al inocente o aprovecharse del anciano? ¿Por qué piensan que la justicia nunca los alcanzará? ¿Por qué a

esos animales no les entra por la cabeza que a cada acción, a cada palabra, y a todo lo que hagan con alevosía se levantará un efecto destructor? Alguien vendrá en la oscuridad de la noche o de la vida a cobrarles la misma moneda. En mí, el abuso de los Rodríguez me dejó una rabia que ni el tiempo, ni la venganza misma borrará.

Los días, las semanas, y los meses cayeron como gotas de agua que nadie percibe, aisladas y distantes en este territorio desértico. Aquí ya ni la brisa llega, ni *pa'* calmar el ansia, ni el delirio que provoca el sol. He crecido, ya tengo unos añitos más, y me siento un hombre recio para enfrentarme a los Rodríguez, uno por uno, claro está. Pero acabar con Fabián me conforma, ese maldito tendrá que pagar por ser el causante de todo, del dolor y la angustia de mi padre y de esta horrible sed que me quema y me brota en la memoria. Mi venganza no claudica, ni apagará esta llanura de odio que sigue creciendo en mí.

Un día que andaba por el Lienzo charro, sus compas me siguieron hasta mi casa para advertirme a punta de balazos que no estuviera amenazándolo, así que tuve que escapar a toda velocidad cerrando el portón como pude, salvándome de puritito milagro de todas las balas que me rociaron los desgraciados, solo me dieron un rosón en mi brazo izquierdo, pero ya empieza a sanar con las curaciones de mi madre que es enfermera.

Dicen que el tal Fabián ya no sale para nada de su casa, y que nunca abre las ventanas de madera ni para que entre un rayito de sol. Dicen que duerme durante el día, porque en la noche escucha disparos en la oscuridad y gritos que no terminan nunca de amenazarlo.

Dicen que sufre, minuto a minuto, una angustia que le brota por los ojos, esperando a que llegue a matarlo a cualquier hora, sin avisar.

El miedo le ha paralizado los deseos de vivir, y ahora ya no puede conciliar el sueño ni de noche ni de día, porque piensa que llegaré descalzo y lo acribillaré en su lecho, pero lo que no sabe, es que ya no hay necesidad de eso ni de ninguna otra cosa.

Ya el miedo le penetró la médula y se pierde en la locura, en la lacerante incertidumbre, en la espera desquiciada que no tiene fin. Ahora escucha sin remedio mis pasos sin sonido, mi voz sin voz, mi figura sin peso, y mi venganza sin terminar, porque esta no se sacia ni se agota en este mundo, es perenne como la hierba que recibe de la brisa, su humedad.

***

Ha muerto, preso de la angustia, encadenando sus últimos años al miedo, a la incertidumbre mortal que finalmente paralizó su corazón.

El color

No recuerdo bien si lo conocí en algún taller o algún curso, solo cuando lo encontré en una presentación cuestionando un libro, dijo que la autora de *Hojas de magnolia* lo había terminado apresuradamente porque el final –consistente en siete poemas– no iba de acuerdo con la calidad de los demás. Si el libro apenas estaba viendo la luz, ¿cómo pudo conocer el contenido, tener tiempo para analizarlo, y afirmar esto? Esta crítica incomodó a muchos de los asistentes que cuestionaron su aventurada opinión, sobre todo cuando lo vieron esconder, bajo su saco, una botellita ámbar.

A pesar de esa tendencia, creció en su trabajo, ubicándose como buen poeta, y se fue haciendo con el tiempo más cordial, y cada vez que nos encontrábamos me sonreía con insistencia. Después me localizó para mostrarme y compartir sus trabajos. La amistad, entonces, creció entre nosotros como una plantita silvestre.

Pasó el tiempo, y nos encontramos varias veces en la plaza cuando se dedicó a la promoción de sus libros. "Aunque la poesía no vende, vale un cacahuate –decía desanimado."

—¡Claro que vale!, ¡hay que hacer más poetazos y buscar al otro Rafita pues Ávila se nos adelantó en el camino! ¿A ver cuál de tus libros me falta?, *La lámpara*? –intentaba apoyarlo y aprender de su experiencia.

En los últimos meses de su vida lo encontré con frecuencia afuera de mi oficina. No sé si nomás andaba caminando por ahí o me esperaba a propósito. Era evidente su aspecto descuidado, olía intensamente a esencias de varios días, y eso era lo que me preocupaba, verlo así, de ese modo, consumiendo su vida, lacerando su cuerpo, destruyendo su talento con licor.

Tiempo después, una mañana intensamente fría, iba yo a unas oficinas cercanas con un abrigo largo, cubriendo mi cara con una gruesa bufanda cuando de pronto sentí que alguien me tomaba cálidamente por la espalda; cuando giré él pronunció mi nombre y dijo que era yo la mujer más bella del mundo.

—¿A poco sabes quién soy? –le pregunté, porque con el abrigo y la cara cubierta era según yo, irreconocible.

—Claro, eres mi musa de la capital del mundo…

—Ah, entonces me descubriste por la voz –dije para contradecirlo.

—Claro que no, mi bella dama, si aún no emitías ninguna palabra. Te reconozco siempre, aún de lejos, por tu forma de caminar, por tu estatura, y por tu cabello rizado.

—¿Qué estás leyendo –pregunté interesada, mirando el libro que traía bajo el brazo– o también lo vendes?

—No, este no lo vendo, este lo tomé prestado –me dijo sonriendo.

Por su forma de reír y la entonación de sus palabras, deduje que lo había sustraído de alguna biblioteca particular, porque resultó como decía el personaje del cartero: la poesía –en este caso el cuento– es de quien lo necesita.

—Mira, compañero, mejor pídelos en donación, y así no te metes en líos –sugerí– verás que te los regalan, ¿cuál es ese?

—*El color* de Lovecraft.

—Me gusta el autor, pero aún no he leído ese cuento…

—Entonces, te lo vendo –ofreció de pronto.

—Pues, ¿no qué este no?, pues ¿quién te entiende?

—Es que necesito dinero, amiga. Préstame algo…

—No traigo dinero.

—No me quieres prestar, ¿verdad?

—Es que ya te he prestado, acuérdate…

—Es que no traigo nada, no me crees ¿verdad?

—Pues es que…

—Crees que voy a comprar tequila…

—Entonces, ¿para qué lo quieres?

—Para comer.

Cuando dijo esto, no sé qué sentí. Me conmovió como otras veces, y le respondí, recordando la supuesta seguridad de mi trabajo.

—Está bien, te daré para que vayas a comer, pero que sea cierto, porque si me vacilas ya no te vuelvo a prestar. Iré a la oficina a traerte algo, espérame. Y mejor devuelve ese libro, ¿oíste?

Cuando regresé estaba entretenido leyendo, sentado apaciblemente bajo un ciprés. Me recordó a Gandhi, ya que era un hombre de paz.

—Bueno, te voy a dar este pequeño préstamo –le advertí– pero con una condición, vas a comer aquí en la cafetería de la vuelta; te vas directo hasta la esquina y luego a la derecha, y al rato te alcanzo para comer juntos –le dije para asegurarme de que se alimentara.

—Está bien, gracias amiga –dijo tomando el dinero, y se fue.

Cuando llegó a la esquina volteó, y al darse cuenta de que yo lo estaba viendo, dobló a la derecha como le expliqué, pero noté algo sospechoso, y fui tras él con la esperanza de que acudiera a la cafetería, pero cuál va siendo mi sorpresa que al llegar a la esquina vi que mi amigo iba ya para el rumbo contrario. Por ello le grité, precisando:

—Oye, a la cafetería, a la cafetería…

Entonces él retomó el camino correcto, presionado seguramente al escucharme, y tratando de poner mayor distancia entre nosotros, molesto, tal vez por mi vigilancia.

Cuando comprobó que seguía empecinada, detrás de él, entró a propósito a unos baños de caballeros, intentando des-

hacerse de mí, pero yo que soy terca, me senté en una banquita y me dediqué a esperarlo con la paciencia del orfebre. Pasaron unos minutos que me parecieron breves, y después otros que se me hicieron más largos, y el poeta no salía y no salía.

El sol ya empezaba a calarme en la cara, y el frío de la banca a entumecer mis glúteos, pero yo permanecía ahí, sentada con una tenacidad inquebrantable, tratando de afianzar mi fe en la humanidad, confiando en mis corazonadas.

Después de un tiempo inmemorial se asomó el hombre de semblante demacrado, pero sin abrir completamente la puerta, tratando de verificar el campo enemigo. Me descubrió luego luego, y entonces, sin otra alternativa, salió corriendo hacia el exterior del circuito. Me levanté de prisa, decidida a continuar mi desafiante persecución, sin embargo, el abrigo largo me impedía correr, y tuve que ir con cautela para no resbalar, evadiendo partes del pavimento mojado, pero seguí tenaz sobre la senda del hielo a riesgo de morir de un golpe mortal en una caída.

—Espérame –le gritaba con fuerza para que se detuviera, y pudiéramos aclarar las cosas. Pero él, apretando el libro como si este fuera su salvación, corría a gran velocidad para librarse de mí.

Ni experta en cien millas hubiera podido alcanzarlo, porque él llevaba ya la premura macabra del alcohol.

El mundo del olvido

Cuando decidí ser médico no pensaba mucho en las enfermedades mentales, creía que los locos andaban sueltos por el mundo, perdidos como vagabundos, cometiendo atrocidades o engañando a los demás, pues la locura no está en guerra con la inteligencia, por eso enfoqué más mis estudios a las enfermedades del cuerpo, aunque no se puede separar totalmente la cuestión psicológica. Recuerdo que me reía con frecuencia con mis amigos, argumentando que estar loco era simplemente navegar en otra frecuencia.

En el séptimo semestre de la carrera había que cumplir con ciertas prácticas médicas y realizar varias visitas a hospitales neuropsiquiátricos. A Martín y a mí nos tocó visitar el Sanatorio San Juan de la Cruz que nos quedaba muy lejos, pero decían que era el mejor para aprender y hacer nuestras prácticas.

***

Cuando llegamos al nosocomio nos recibió el encargado del centro, el doctor Uriel Rivas quien portando una bata escrupulosamente blanca y peinado con espuma fijadora en su cabello abundante y rizado nos veía con extraño interés.

—Bienvenidos, colegas –nos dijo en actitud alegre y positiva– ya esperan los pacientes, empezaremos con el pabellón tres.

Entramos a una sala amplia donde varios enfermos vivían su propio mundo, solitarios en aquel espacio poblado. Unos, se acomodaban a propósito en lugares apartados buscando seguridad. Otros, jugaban entre sí, combinando las cartas de

juego con exagerada alegría, y otros expresando su enojo cuando iban perdiendo.

—Estos pacientes en su mayoría son depresivos, y están atendidos con citalopram y flouxetina.

—Puede también funcionar la serfralina.

—Claro, también puede dar buenos resultados.

Algunos enfermos parecían estar pendientes de quién entraba o quién salía del hospital, tal vez con la esperanza de escapar del encierro. "La mayoría piensa que este lugar no es el indicado para ellos." El encargado parecía adivinar nuestros pensamientos porque se extendía en las explicaciones: "esos son paranoicos, generan altos niveles de sospecha y desconfianza, se creen víctimas del odio, de celos o del resentimiento de otras personas. Son de cuidado, porque a veces, supuestamente, se defienden muy agresivos sin causa ni razón."

Estuvimos atentos, observando a estos pacientes especiales que han llegado aquí por fatalidad o por no atender a tiempo su salud. Nos faltaban ojos para percibir lo que no es posible asimilar de inmediato, por eso anotábamos todo lo que llamaba nuestra atención. En eso una mujer se acercó cautelosa y dijo, preocupada:

—Doctor, doctor, voy a tener un hijo y no me dejan salir, por favor dígales a los guardias que abran la puerta, pronto, pronto. Escúcheme, ¡óigame!

Nosotros nos alejamos de ella y ni siquiera la tomamos en cuenta porque no mostraba ningún embarazo, y pues sabíamos que era una manifestación más de patología, pero nuestro guía, el médico que gentilmente nos asesoraba en la ronda, con todo cariño y atención tomó a la mujer por los hombros, la condujo a unas sillas y diciéndole palabras dulces logró calmarla con suma paciencia, y después regresó visiblemente satisfecho por su poder de convencimiento.

—Disculpen, jóvenes, por esto, pero deben comprender que esto es parte de mi trabajo: dar atención a todo aquel paciente que me necesite. Ella presenta un desorden de somatización, es un caso muy raro, y toma mucho tiempo controlarlo. Tiene un historial largo y complicado y presenta síntomas dramáticos, pero vagos que demandan la atención continua e inmediata del médico.

Pero, adelante, distinguidos galenos, ahora veremos el caso más extraño de este sanatorio. Este hombre cree que es Supermán y que salvará a la ciudad entera. Tiene escondida la kriptonita en aquella caja de zapatos, y no deja a nadie tocarla por ningún motivo, y si alguien lo llega a hacer ya sabrán el problema en que se mete. Esta semana mandó al hospital a tres pacientes, porque revisaron sus cosas y simplemente le dijeron que en la caja no había kriptonita.

—Pues mucho mejor, porque si existiera, moriría el tal Supermán –comentó Martín sin que el médico atendiera su comentario, al contrario muy serio continúo:

—Insiste que debe salir a vencer a los malvados que siempre andan sueltos por las calles provocando el mal. Por eso ya lo hemos aislado por unas semanas y lleva un tratamiento riguroso, pero no responde al medicamento. Tendremos que trasladarlo a otro nosocomio de más seguridad porque ya ha intentado escaparse varias veces, golpeando a los guardias.

—Es un problema de esquizofrenia, seguramente –añadió mi compañero.

—¡Diagnóstico acertado, colega, así es! Este individuo presenta síntomas positivos es decir, creencias irracionales, alucinaciones de pensamiento, ansiedad intensa e incontrolable y comportamiento extraño. Miren, aquel paciente del jardín es el señor Hipo, es decir hipocondríaco. Aunque este padecimiento se presenta más en mujeres, ya saben en qué

consiste, ¿verdad? Se trata de un desorden facticio porque crean apariencia de enfermedades físicas, pero para que se les administre alguna droga, insisten en una o en varias enfermedades que no tienen…

Mientras explicaba este caso se acercaron unos muchachos con la mirada extraviada y nos arrebataron de repente las carpetas, las plumas, y hasta los lentes que traíamos puestos, pero el doctor con su oportuna y amable intervención nos ayudó a rescatar nuestras pertenencias, por lo que agradecidos le dimos varias veces las gracias.

Nos disponíamos a subir por una escalera para el segundo piso cuando un joven empezó a gritar y a lanzarnos semillas a la cara, las arrojaba tan fuerte que parecían proyectiles de alto impacto. El médico tomándolo por un hombro y apartándolo un poco, con gran paciencia le explicó que podía lastimarnos con las semillas de durazno y aguacate. El paciente lo escuchó por varios minutos, y ya después, aún confundido entregó los proyectiles que guardaba en una bolsa.

Muy triunfante, el médico regresó hasta nosotros con la bolsa y algunas semillas en las manos, de repente, empezó a tirarles a las lámparas y con tan buena puntería que de inmediato las rompía. Después empezó a reír con euforia, entre más acertaba a sus objetivos más acentuaba su risa, y en imitación, dos observadores solidarios usaron las semillas de aguacate que traían entre sus ropas y empezaron a tirarle a las ventanas. Los cristales caían como bombardeados por gatilleros entrenados.

Alguien utilizó un silbato de alarma, y aparecieron varios custodios con camisas de fuerza. El que traía una jeringa escondida se acercó al médico, y lo inyectó en un brazo a pesar de su resistencia, unos corrieron tras los imitadores que salieron a esconderse, y dos de ellos agarraron al médico

cuando a propósito se tiró al piso al reconocerlos, gritando y defendiéndose…

—Váyanse antes de que los encierren –nos advertía– de aquí nadie sale vivo. Huyan, muchachos. Que ahí viene la plaga blanca. Corran –alcanzó a decir antes de desvanecerse por el potente medicamento.

Nosotros nos miramos sin decir palabra, y deducimos que el supuesto doctor era paciente del hospital. Nos dirigimos preocupados a la salida sin acordarnos de que en la administración nos firmarían la práctica para amparar las jornadas médicas, pero al llegar a la puerta nos lanzaron unas redes metálicas desde el segundo piso y nos atraparon. Ahora no nos dejan salir.

—Oigan, nosotros no somos pacientes. Somos practicantes.

—Sí, cómo no, y nosotras somos artistas de cine –respondió la señora que llevaba ahora un muñeco en sus brazos– ya tengo mi bebé, se llama Ricardito.

—Auxilio, auxilio. Déjenos salir, por favor.

—*Pos* hasta mañana que venga el doctor Terrores, a ver si quiere.

—Nosotros somos médicos… Por favor…

—Y nosotros somos los príncipes de Inglaterra. Ja, ja, ja.

—¡Suéltenme, les digo que nos suelten!

Las flores de Irene

A Luis Nava

Te amaré siempre pase lo que pase, porque no puedo dejar de amarte, pero ahora es necesario que me vaya de tu lado por un tiempo para salir de esta mala racha. Voy a tomar el trabajo que me consiguió Damián en la base petrolera de Odessa. Mira, pagan muy bien, claro que es un trabajal terrible, los hombres duran varios meses metidos en unos tanques enormes. Ha de ser bien duro, yo creo que no se puede respirar metido ahí adentro, sintiéndote preso para siempre, pero claro que vale la pena trabajar allá porque pagan muy bien, no como aquí, en este país con salarios de hambre, ¿cómo quieren que uno salga adelante y progrese?, si chambeando a pulso nunca pagan para vivir como Dios manda. Todo tan caro y con el mínimo sueldo de risa y burla para todos los mexas ¿qué vamos a hacer?, por eso tengo que irme, no me queda de otra. Pues, allá tú, Manuel. Tú sabes lo qué haces, yo ya te dije lo que estoy pensando. Y yo también te digo que la pienses mejor, si me voy a trabajar te doy tiempo y de seguro se te pasa esa idea del divorcio, porque una cosa sí te digo, primero verte muerta que con otro. ¿Oíste?

No, yo no me quiero ir con ningún otro, quiero ir con mis papás que están tan lejos, y quiero ponerme a trabajar en Monclova. Es lo mismo, Irene, me dejas solo, y yo me casé contigo a la buena y a la buena te quiero tener para siempre, pero si tú ya no me quieres prefiero que te mueras a que me abandones. ¿Qué no sabes que las divorciadas y las viudas están en peligro? Apenas se quedan solas y prontito les llegan

los buitres, pero son puros desgraciados, esos, muy diestros en engañar muchachas, y las muy tontas creen en sus falsos amores y más tarda un gallo en cantar que ellos en aventarlas, y entonces sí que sufren toda la vida, porque se dan cuenta de que nomás las quisieron por un ratito, solo por cambiar de modelo.

Eres muy exagerado, yo no quiero ningún buitre. Nomás déjame ir a darles una vuelta mientras tú estás en el otro lado. Ya te dije que no, tienes el deber de esperarme y si no entiendes, Irene, entonces allá tú, yo he cumplido mi deber con decirte las cosas y abrirte los ojos, pero tú terca y terca sigues con eso del divorcio: que porque ya no nos entendemos, que porque soy muy seco, que porque ya no tengo tiempo para ti ni te llevo a pasear… Híjole, pero si sabes que me la paso en la chamba haciendo turnos extras para que no te falte nada y para que puedas vivir contenta con lo que te doy, pero no, ni así. Ahí te mantienes leyendo esas historias falsas de la fortuna y pensando cosas raras que te enferman la mente, y te juntas con esas amigas que han de ser unas liberales porque cada día te lavan más el cerebro y te meten esas tontas ideas de irte a vivir quién sabe a dónde.

No es por eso, ya te explique a dónde quiero ir. No, Irene, entiende. Yo sé que si tuvieras hijos las cosas serían distintas entre tú y yo, pero con esas ideas de seguro quieres irte a probar mundo. Claro que no, yo solo quiero ir con mis padres y vivir en paz. Ya sé que te molesta que te diga esto, ¿verdad? Ya, Manuel, déjame tranquila. Ya no me sigas diciendo tantas y tanta cosas que me pones de nervios. ¡Mejor haz lo que dices! Ve a buscar un buen trabajo y mejores oportunidades, de mí no te preocupes, me quedaré aquí a ver si la vida y el tiempo me ayudan para que me des mi libertad. Te esperaré medio año y solo por tu mamá, pero si no regresas para entonces

lo más seguro es que ya no me encuentres aquí. Allá en mi pueblo me conoce la gente y podré trabajar en alguna escuela o algún consultorio.

Ya no me estés rezongando, mujer, volveré, ya verás, mientras te encargo a mi *amá* que ya está vieja, la pobre. Claro que la cuidaré, no tienes ni qué pedírmelo. Ella siempre me ha querido y me comprende, es el único ser que sabe que en el corazón no se manda. Ya, Irene, no quiero que sigas con lo mismo, yo solo quiero que me dejes quererte y que me quieras como antes, ¿qué no te acuerdas cuándo nos casamos? Te veías tan contenta, verdad de Dios, eras una princesa. Sí, una princesa que pronto se convirtió en Cenicienta. Me mantienes casi encerrada, no me dejas trabajar para que cuide a tu mamá, porque ahora está más débil con el problema de sus reumas, en fin…

Mira, Irene, tú ya no eres la misma, ahora estás muy alzadita y eso no es bueno. Ah, ¿ahora resulta que tengo que estar callada para no molestarte? Es que ya no quiero estar aquí porque no nos entendemos, ¿para qué me quieres así? Tú nomás te mantienes en el trabajo, con tus amigos del dominó y tomando cerveza, y ¿cuál vida es esta?, mientras yo aquí, encerrada con tu mamá… Cállate. ¡Te digo que te calles! Ya te advertí, tú no vas a ir a ninguna parte. Aquí tendrás que seguir, si cuando regrese del otro lado me quieres dejar, entonces *pos* ni modo, no te voy a impedir que te vayas, pero tienes que darte tiempo para pensar bien las cosas y no así, nomás porque a ti se te ocurre y de buenas a primeras quieres romper el matrimonio pues ¿qué ya anda alguien tras de ti? Nomás eso faltaba, seguramente por eso quieres separarte. ¡Dime la verdad! En el casorio no hay arrepentimientos, aquí uno da su palabra y nada de andarse haciendo *pa´* atrás. Nosotros no estamos de acuerdo con la

modernidad y menos con el divorcio. Yo no estoy de acuerdo con esas cosas de moda que dicen los licenciados: incompatibilidad o no sé qué. Aquí nos aguantamos y seguimos la ruta marcada. Ya te dije y te vuelvo a repetir. Déjame hablar, pues, nomás tú hablas y hasta gritas y no me dejas ni… No, ni madre, primero me oyes y después alegas. Ya te dije que primero muerta que verte por otros rumbos o con otro. Te prefiero aquí, aunque te mueras. No me digas eso, me das miedo. *Pos* eso me deberías de tener siquiera. Un poco de miedo y de respeto a ver si así me vuelves a querer. Respeto sí te tengo, y por eso no me he ido, porque quiero que por las buenas me dejes ir. Bueno, bueno, si me esperas a la mejor. Está bien, pues. Te voy a esperar para que no digas que no te di oportunidad. Irene, fíjate y habla bien… Nos vamos a dar otra oportunidad, verás que el tiempo reforzará el amor y me volverás a querer como antes, júrame que me vas a esperar. *Pos* tú también júrame que me vas a dejar ir si así lo decido. No hay necesidad de que te jure, tú no te vas a quedar si no quieres. Te podrás ir, pero yo te aseguro que de alguna manera te seguiré teniendo, lo verás tú, Irene, te lo juro. Bueno, pues ya juraste y tendrás que cumplir tu palabra. Mira, Irene, acuérdate lo que te estoy diciendo, prefiero verte muerta antes que… Ya, ya, no me estés repitiendo lo mismo y lo mismo, además ya prometiste que respetarás mi decisión, ahora déjame dormir.

Mañana me voy y ¿quieres qué me duerma?, si ahora es la última noche que pasamos juntos. Por eso mismo, mejor ya duérmete que nos tenemos que levantar temprano para terminar la maleta. Bueno, dame un beso. Cuando regreses, ahora tengo mucho sueño. Nomás uno, ándale no seas mala. No, no, déjame por favor. Bésame, Irene, bésame. Déjame, Manuel… Déjame… Déjame.

II

Hijita, te llegaron estas flores, mira qué lindas están. Son Lilis, las flores que eligió Manuel, ¿te gustan? Sí, señora, gracias. Son perfectas para regalar, por ejemplo las azules significan sensibilidad y seducción. Tú sabes que eso quiere *mi'jo*, volverte a conquistar. Mira, las pondré aquí en tu recámara para que sientas que él está siempre a tu lado, y ¿cómo amaneciste?

Bien, muy bien. Estoy durmiendo toda la noche de un tirón. ¡Qué maravilla es el sueño! Yo no puedo dormir bien, verás tú, en la noche me pongo piense y piense en el pobre de Manuel que anda por allá con los gringos trabaje y trabaje y nosotras aquí muy cómodas y seguras. ¿Y qué quiere, señora? ¿Le gustaría que yo me ponga a trabajar? No, niña, cómo crees, y luego, ¿quién me cuida? Ya ves que yo no puedo hacer muchas cosas ni arreglar la casa y luego cuando me ponga mala no tendré a nadie que vea por mí, ni que me tienda la mano. Oiga, y ¿cómo mandará, Manuel, las flores? Pues dijo que tenía un amigo de una florería y le pidió que te trajera flores varias veces a la semana, porque no quiere que pases un solo día en su ausencia que no tengas flores junto a ti, aquí en esta notita me dijo que las quiere cerca de tu rostro, en el buró o donde estés tú, y que no te va escribir para que tengas tiempo para pensar bien las cosas sin su *infuencia*, pero las flores estarán cerca de ti para iluminar tu sonrisa y alegrarte. ¿Para qué voy a querer tantas flores? Con una vez que me mande está bien, ¿para qué gasta tanto, pues qué no se trata de ahorrar? Es una decisión de *mi'jo* que te ama tanto y se muere por ti, mira que andar tan lejos, trabajando de sol a sol para hacer arreglos a esta casita o comprarte otra mejor a ver si así te tiene más contenta. Eso es amor, hija, de los buenos, créeme. Sí, sí señora.

Le pondré un terrón de azúcar a las flores para que te duren más, así el deseo de mi hijo se cumplirá pronto. ¿Cuál deseo, señora? Pues que estés a su lado y que lo quieras más. ¿Verdad que sí lo quieres? Si usted, lo duda, señora, entonces por algo es, pero mejor venga, vamos a almorzar, le prepararé avena, fruta y a ver qué más… Venga, yo la ayudo a subir los escalones. También le haré pan tostado con chocolate, porque el café le hace daño, irrita mucho el estómago y después anda con calambres.

Dame nomás una tacita de café, nomás una, es que el café me quita esta pesadez de la cabeza y me da un poco de fuerzas para moverme mejor. No, café no. Ya verá, usted siéntese, y déjese querer. Verá que ahorita en un santiamén prepararé el desayuno y arreglaré la casa. Ahora lavaré las cortinas de la sala y mañana las de su cuarto, ¿qué le parece? Pues bien, *mi'ja,* ¡qué movida eres, con razón Manuel te quiere tanto! Mire, doña Cleo, mire qué rico desayuno y ¡ya no esté pensando cosas tristes! ¡Vamos a estar bien, con el favor de Dios, usted verá!

III

No sé qué te pasa, niña Irene. Ya tienes varios días en la misma, pues ¿qué comiste? Pues más o menos lo mismo. Te veo muy desmejorada casi desde que se fue *mi'jo*, ¿qué no estarás embarazada? Eso ha de ser, te has preñado y ahora estás más delgada, por eso están tan pálida, claro por eso hasta te sientes triste, pero no estés triste, un hijo es la mejor bendición de Dios. Verás como las cosas entre ustedes se van a mejorar muchísimo; ahora con un niño en esta casa las cosas van a cambiar. ¡Alabado sea Dios! No, señora, lo que pasa es que me duele mucho la cabeza y siento como si un gran peso cayera

sobre mí o como si un mal hechizo me estuviera quitando las fuerzas y el ánimo. Ah, entonces si no es embarazo, será seguramente la ausencia de Manuel que ya te está calando; es que a veces, los hombres la cansan a una y por eso creemos que ya no los queremos, pero en cuanto se van lejos, empezamos a echarlos de menos, ahora que Manuel anda lejos de seguro lo estás extrañando.

Por favor, señora, tráigame una limonada a ver si me refresco un poco y se me pasa el mareo. Hay mañanas que no puedo levantarme, créame, pues ¿qué me estará pasando? Te digo que mi nieto viene en camino, mujer. Mañana mismo le hablaré a Manuel *pa'* decirle que ya estás encinta, esperando un hijo. No, no, señora, no le vaya a decir eso, porque la verdad no lo creo.

Ponte contenta, Irene, que ya verás que no me equivoco, esta casa se alegrará. Si es niño se llamará Manuel como *mi'jo,* y si es niña pues como yo, Cleotilde. Bueno, bueno no te vayas a sentir, mejor como su madre, porque tiene un nombre más bonito que el mío. Total, yo la voy a querer tanto como si se llamara igual que yo. Ah, ya te voy a hacer la limonada fría o mejor un tecito de doce flores para que te sientas mejor. Ahora iré, mujer, es que tengo que caminar despacio para no resbalar, a mi edad ya no se puede sostener uno. Solo este bastón me ayuda a mantenerme en pie, es que me voy de repente como *pa'* atrás y a veces como *pa'* delante. Pero ya voy.

No se apure, señora, aquí la espero, no tengo prisa, creo que todavía tengo muchos días por delante, y se me va a ser eterno hasta que regrese Manuel. Ya quiero que venga, porque le tengo que decir que me tengo que ir con mi familia, es que estoy preocupada porque están tan solos… ¿Qué dices, Irenita?, no te escucho, niña. Ya sabes que no oigo bien y menos de tan lejos…

IV

No puede ser, no puedes seguir en ese peso y con esa tristeza. Ya ni siquiera volteas a ver las flores, y mira, ahora llegaron más Lilis: qué tiernas y delicadas, las rojas significan amor ardiente y pasional, bueno eso dice en la tarjetita. Pero tú como si nada, como si las flores no fueran para ti, y con esa cara de enferma, ya me pusiste nerviosa, pues ¿qué no crees que Manuel va a regresar? No, si no es eso, no estoy así por Manuel, la verdad casi no lo extraño, pero no sé qué tendré, como usted dice, tengo que ir con un doctor. *Pos* desde cuando deberías de haber ido, puedes irte en taxi si te cansas mucho en el camión. Ahora, ¿si quieres te acompaño?, pero vas a batallar conmigo, mejor me quedo para hacerte un caldito de garbanzo, verás que te va a caer mejor que el de verduras que apenas probaste ayer. Es que se me revuelve el estómago y no tengo hambre. El dolor de cabeza y esta debilidad no me dejan comer. Duérmete pues para que agarres fuerzas y te puedas levantar temprano para ir al doctor. Ya nomás tómate este té. Sí, ahí déjelo, al ratito me lo tomo.

V

Cómo te tardaste, qué bárbara, ya me tenías preocupada ¿cómo te fue? Mira nomás apenas traes fuerza para caminar, pues ¿qué te dijo el *dotorcito*? Pues que estoy bien, me mandó hacer análisis, y por eso me tardé, ya ve que no desayuné y eso me sirvió porque de ahí me pasé al laboratorio y con buena suerte me atendieron, pero después me sentí mal cuando venía en el camión, es que de vuelta ya no quise pagar otro taxi y… Te dije que lo pagaras al cabo ni vas todos los días.

¿Y qué te dieron? Pues reconstituyentes, dice que a la mejor ando anémica, y que por eso estoy tan débil. ¿Nomás eso te dio, para eso fuiste a pasear toda mareada y a perder casi todo el día? Ay, no, esos *dotorcitos* de ahora a nada le atinan, solo sacan el dinero luego, luego. Estudian mucho, la verdad, pero cobran cada día más caro. Muchos ni se acuerdan del juramento a Hipó… crates, de ayudar, ya no ven la urgencia de la gente porque han perdido humanidad, *pos* ¿cuánto te cobró? No, no, mejor ni me digas que me da un infarto. Ven acuéstate, ahora te voy a traer agua para que te tomes esas vitaminas. Verás tú que esas pastillitas no te sacan del apuro. Necesitas unas inyecciones, esas sí levantan muertos. Mejor hubieras ido con Delfina, la enfermera de la colonia, ella sí es buena para los males de amores y hasta te hubiera dicho si es embarazo o no. Ya me dijo el doctor que no, además ya hice bien las cuentas. Así que no se esté animando con lo del nieto, deme pues agua, ya me quiero recostar a ver si me compongo.

Vino Romelia, te trajo unas manzanas cocidas, dice que eso te alimenta mucho y te pondrás mejor. No, ahora no quiero comer. Oiga, señora, fíjese que se me hace que las flores me están mareando, mejor sáquelas de aquí. No niña, no pueden ser, menos estas tan conservadas, mira que frescas y lindas están, casi recién cortadas del jardín. Es que no sé, mi recámara tiene un olor muy extraño, ¿no le parece? A mí no se me hace, huele a flores frescas eso es todo, y al contrario debes disfrutar el aroma de las flores que *m´ijo* manda para ti desde tan lejos; yo no sé ni cómo le hace para pagarlas, fíjate ya son varias semanas y no faltan ni azules ni rojas.

Ay, pues no sé, y ahora todo me molesta, los aromas se me han vuelto insoportables. A la mejor es la alfombra. Pues no creo, ya tiene años y nunca te había molestado. Mejor

descansa, Irenita, a ver si al rato quieres comer algo, tengo caldo de ayer y un poco de sopa. Gracias, señora, usted es muy linda conmigo. Y cómo no voy a ser, si tú eres lo que *m'ijo* más quiere en este mundo, mira que andar tan lejos solo para juntar más y comprarte todo lo que tú quieras, y para que estés más contenta con él. Ay, señora, ahora no tengo fuerzas ni para platicar, pero quiero que sepa que quiero irme con mis papás. Ah, entonces, ¿ya no quieres a Manuel?, por eso te quieres ir, ¿verdad? Sí lo quiero, Cleo, pero no como él quiere que lo quiera. Ah, entonces es verdad lo del divorcio, ¿es cierto que ya te quieres separar? Ay, Dios, yo no sé quién inventó eso, ha de ser cosa del demonio.

Pues yo creo que es lo mejor para los dos. ¿Y cómo fregados vas a saber tú qué es lo mejor para *mi'jo*? Él te quiere a ti; no te quiere, te adora, Irene, y no puedes dejarlo, además él se moriría primero que dejarte ir. Al contrario, me dijo que prefería verme muerta antes de verme con otro, pero no tengo otro, de verdad. Las flores, señora, se me hace que las flores sueltan un olor muy penetrante, me marean señora, por favor abra la ventana. Ay, ya se te puso ahora que huelen mal. Se nota que ya ni las flores de *mi'jo* quieres. ¡Qué bárbara, ojalá que Manuel nunca vaya a saber que te molestan sus flores! ¡Qué ingrata eres Irene, él con tanto fervor que manda rojas y azules para que no te olvides ni un día de él, y tú quejándote de ellas!

Ay, señora, usted disculpe, pero es que me marea ese olor tan fuerte. Ya te dije que no es eso, ¿así está bien la ventana? Sí, gracias, señora, así está bien, verá que ahora con el aire me voy a mejorar; tiene razón, no son las flores, soy yo, señora la que está mal, pero cuando me den los resultados veremos qué es lo que me está enfermando. Así señora, deje por favor la ventana abierta. Pero no toda la noche, te puede hacer daño

el sereno, de por sí estás mal y luego si te pega un aire frío en la espalda, de segurito te pondrás peor. Dejaré la ventana así, pero más tarde pasaré a cerrarla porque cala más el frío en la madrugada. Gracias, señora, gracias.

VI

Son las flores, oh Dios, las que me han puesto enferma, ahora sé que es el olor de estas flores las que me cortan la respiración y me causan este dolor de cabeza. ¡Me están matando! ¿Qué estás diciendo, Irene? ¿Cómo puedes creer que estas inocentes flores te pueden causar un mal?, estás loca, eso no puede ser. Disculpe, señora, pero ya le dije que tienen cierto olor insoportable, por favor llévelas al pasillo. Claro que no, por ningún motivo voy a permitir que desprecies las flores que *m'ijo* te envía con tan sagrado horario. Las flores son inofensivas y tiernas, tienen un aroma que tú no sabes apreciar. Mira qué lindas: rojas como el amor, y estas llegaron temprano pero no las cambié, porque ve, comprueba tú misma que las del jueves están fresquecitas es que les puse Aspirinas para que duren más, así que las pondré en tu baño. No en el baño no, señora, por favor. Bueno, bueno, entonces las llevaré a la estancia, para que vistan la ventana, ya ves que a veces vienen amigas a preguntar por tu salud, por cierto no las he dejado entrar para que no te molesten, pero fíjate que toda la colonia está preocupada por ti. Oye, ahora las flores duran más con lo que les pongo así que las tendremos por toda la casa, ¿qué te parece? Pues muy mal, si le estoy diciendo que me están haciendo daño y usted no me hace caso, entonces ¿no le importa mi salud?

Mira, Irene, entiende, no son las flores, es imposible que

este milagro hermoso de la naturaleza le haga daño a alguien. No puede ser, simplemente estás equivocada y ahora te has aferrado a la idea de que te hacen daño, pero sigo sospechado que no las quieres, porque son de Manuel, y eso sí no lo voy a aceptar, ¿oíste? No señora, no es por eso. ¡Pues entonces qué ideas las tuyas! Ya duérmete y deja las flores en paz.

VII

Irene, Irencita, ¿cómo amaneciste? Despierta, niña, mira, ya son las doce y tú, dormida, acuérdate que tenías que ir por los resultados. ¿Ya se te olvidó? No puedo levantarme, señora, vaya con doña Amelia para que mande a uno de sus hijos al laboratorio. Vaya señora, ahí en la cómoda está el nombre, queda por la calle Rivera. Sí, ahorita mismo iré. A ver si de una vez salimos de dudas con tu famosa enfermedad, te digo que yo conozco de esas cosas y *pa'* mí es la cigüeña que viene en camino. Ojalá, señora, ojalá.

Mira nomás qué casualidad, anoche vinieron tus amigas y te trajeron un enorme ramo para alegrarte la vida y para que te compusieras pronto y ¿qué crees? Qué casualidad, pero casi todas las flores del ramo son Lilis. Estas sí huelen para que veas, porque son muchísimas, están en un jarrón inmenso, ahorita mismo te lo traigo para que las veas. ¿Más Lilis? Sí, muchísimas Lilis, ¡son una maravilla! Y las demás, ¿qué son? Son alcatraces, y follaje verde, pero la mayoría son Lilis, aunque blancas, no rojas, ni azules como las que te manda *m'ijo*, pero mira qué casualidad, mandar también Lilis. Bueno, iré con doña Amelia, ahorita vuelvo para traerte un atolito. Gracias, señora, mejor nomás tráigame un té de tila. Pero ¿cómo que tampoco ahora? si ayer te la pasaste vomitando,

no tienes nada en el estómago. Tienes que comer, porque te vas a poner peor.

No puedo, señora, de veras, nomás deme té. Ay niña, ya le voy a tener que hablar a Manuel para que se regrese y te atienda. No señora, ya me voy a componer, verá usted. Mire, también dígale a doña Amelia que por caridad lleven los resultados al doctor Rodríguez para que me recete algo, el consultorio queda en una calle más arriba; explíquele que no puedo ni levantarme. Sí, ya sé lo que le tengo que decir, pero es que tú no te sobrepones ni pones nada de tu parte, tienes que comer, entiende si no se te va a complicar. Sí señora, ya voy a comer.

VIII

El doctorcito mandó decir que no tienes nada, que estás buena para mucho rato, los resultados dicen que estás bien, así que te levantas ahorita mismo y te pones a comer como es debido, lo que tienes es debilidad, así que levántate, yo te ayudo. Al ratito voy a comer, señora, ahora no puedo.

Ah, anoche que me levanté al baño alcancé a ver las flores en el pasillo y me di cuenta que contradices mis órdenes por eso las volví a meter a tu cuarto, las puse atrás de la cortina para no hacerte mucho ruido. ¿Están aquí, atrás de la cortina? ¿Y por qué las volvió a meter? Pues para que veas que las flores no tienen nada que ver con tu malestar. Si eso no es, ¿entonces por qué sigo así, dígame, señora?

No sé, hija, y tampoco sé qué remedio darte para que te compongas. Ya la idea del embarazo me parece atrasada porque con el tiempo que tienes sola, pues ya no hay ninguna esperanza de algún chamaco. Estoy pensando que es solo tiricia, a la me-

jor sí estaría bien que te fueras un tiempo con tu familia. No, señora, ahora no puedo irme así, mis padres se preocuparían muchísimo al verme tan delgada. Estás desmejorada eso que ni qué, pero con una manita de gato te verías mejor y además yo te acompañaré, Irene. Yo te llevaré a tu casa, aunque se moleste Manuelito, pues en este caso ¿qué más podemos hacer? Ellos te atenderán mejor que yo, que ya estoy tan achacosa y no puedo ni lavar ni hacer comida y menos atender enfermos; trata de ponerte mejor y te llevaré con tus papás. Ahora no, señora, pero le agradezco, ¿y qué me recetó el doctor, pues? Nomás mandó un jarabe y unas pastillas para el dolor de cabeza y el mareo, dice que te tienes que componer con esto y que trates de salir para que te dé el aire.

Sí, sí, eso es, abra la ventana por favor, así de par en par para que se vaya ese olor tan terrible. Ya te dije que no hay ninguno, ¿qué no entiendes?, aquí no hay malos olores, son figuraciones tuyas, mujer. Aire, aire, señora, eso es lo que necesito, aire para purificar mis pulmones. Pero qué barbaridad, hace mucho viento, mira nomás cómo entra polvo. No, no, ahora no podemos tener la ventana abierta. Por favor, señora, ábrala. Solo abriré la del baño, porque por esta entra muchísima tierra y yo no puedo andarme agachando ni limpiando los muebles ni el piso. Por favor, señora, tan siquiera un rato. Ya te dije que no, nomás la del baño y nomás la mitad, porque también entra el terregal.

IX

Irene, Irene, despierta, despierta. Mira, abre los ojos, aquí están tus amigas que han vuelto y quieren verte, despierta. Son Luly y Olivia, ¿te acuerdas de ellas?, y Mague y Agueda

que también se enteraron de tu enfermedad, y ¿qué crees? te trajeron flores, porque Oly les dijo que nos encantan. Fíjate, son precisamente Lilis, igualitas a las que te manda *mi'jo* con todo su corazón, y las paga con Money orden. Sí, sí... gracias... Pero mujer, levántate un poco para que las saludes. Ah, te trajeron panecillos de miel y galletitas de hojaldre. ¡Mira qué delicia! Ya las probé, y claro, con esto te vas a componer, y ya verás que pronto darán resultado las medicinas que te dio el doctor. Sí... ya voy... a estar... bien... Irene, ¿qué te pasa, te mareaste? Un poco, un poquito... Ya nos vamos, señora, esperamos que pronto se recupere Irene, volveremos pronto a ver cómo sigue. Mil gracias por las flores. Irene, dales las gracias por las flores... Sí, grac...ias, que l e s v a y a... bien...

X

Querido, Manuel, te he llamado al teléfono que me mandaste, pero me dicen que ya no trabajas ahí, solo tengo la dirección de Damián que te consiguió trabajo. Te escribo para decirte, aunque no sé cómo decirte, porque sé que la noticia te causará una fuerte impresión, pero debo decirte de todas maneras, aunque no encuentro el modo de decirte que ayer, nada menos que el terrible día de ayer, murió tu mamá.

Fíjate que ya tenía varias semanas cuidándome, porque me enfermé desde que te fuiste, me dio un dolor de cabeza que me mareaba por completo, pero ella estaba siempre pendiente de mí y de las flores que siempre envías. Se obsesionó tanto con ellas porque creía que estabas con nosotras, y las movía de un lado para otro. Se entretenía todo el tiempo de noche y de día, cambiándoles el agua, poniéndoles azúcar y aspirinas, y llevándolas siempre hasta donde yo me encontraba, porque

quería que estuviera con tus flores, pero ayer temprano entró a mi recámara con ellas para ponerlas en mi buró y se cayó, se golpeó la cabeza y murió al instante entre las flores.

Nada se pudo hacer, pero no sufrió, me aseguró el doctor que vino a verla.

Los vecinos han estado pendientes de nosotras y me han ayudado para velarla aquí mismo en la casa. Ahora está tendida como una bella durmiente y quiero decirte que todos los amigos y vecinos han enviado ramos iguales a los que tú envías. Ahora está rodeada de miles de Lilis, esas flores hermosas y por cierto muy aromáticas que le alegraron tanto la vida y nos han acompañado desde que te fuiste. Me quedaré aquí unos días para arreglar algunas cosas de la casa y del panteón.

Siento mucho su lamentable pérdida y tu dolor, Manuel, tú sabes que siempre la quise, porque se portaba muy bien conmigo. Cuídate, Irene.

—Por favor, un boleto para Monclova…

La lámpara de Aristo

¿Otra vez te dijeron lo mismo? ¿Pues qué pasará? ¿Por qué tardan tanto en pagarte? Si quedaron la última vez que ahora sí, que luego lueguito te pagarían esos honorarios, y tú tanto que estudias, te la pasas lee y lee para hacer esos textos que cambias tantas veces para mejorar. Algo pasa, no sé si eres tú quien no reclamas lo debido o ellos no valoran tu trabajo, ni de escritura ni de investigación, pues andas de una lado para otro, visitando las bibliotecas y librerías de la ciudad, y como si los libros estuvieran tan baratos, no podemos ir ni al cine, pero qué tal compras, en cuanto puedes, otro librito de teoría como le llamas tú y que yo no entiendo ni jota, como los *Bosques narrativos*, pues ¿qué es eso? ¿Son bosques o relatos? Creo que ni lo uno ni lo otro. Todas las noches te quemas los ojos leyendo con esa luz tan parda, y te quedas ahí horas y horas hasta que la oscuridad aprieta y ni la sientes. Y yo espérete y espérete hasta que el sueño me vence sin remedio.

Hago tiempo, primero arreglando los pantalones de los hijos que crecen tan rápido, y luego, viendo las noticias y las desgracias del mundo que me llenan de ansiedad, pero luego me vence el cansancio y cuando vienes a la cama ya estoy en el quinto sueño. Otro día, será, pienso a media noche cuando me doy cuenta que ya descansas junto a mí, rendido siempre, a mi costado izquierdo.

Ay, Aristo, me da tanta tristeza que no se apiaden de ti, con la falta que nos hace ese dinerito. Tan seguro y bien ganado que lo tienes. Ya sé que no es mucho, pero con esa cantidad que me dijiste, primero iba a cambiar las cortinas, pues ya están muy asoleadas, pero después pensé en algo más necesario, cambiar las chapas de las puertas que ya se atoran a cada rato;

un día de estos nos vamos a quedar sin entrar o ya no vamos a poder salir. Pero ahora sí que nos urge, porque la llave del fregador y la del lavadero están tirando agua y eso me duele hasta la conciencia pues hay muchas colonias sin agua y luego con el calorón es un crimen desperdiciarla, y además el agua no retoña.

Es que esos ingratos no se ponen a pensar que uno necesita el dinero, nosotros no tenemos tarjetas ni créditos, bueno solo el de doña Romelia en sus abarrotes, y el de la señora de la frutería.

Ahora más que nunca necesitamos ese dinero, producto de tu trabajo honrado, porque tú no andas por ahí viendo a ver a quién friegas, tú te la pasas leyendo para escribir, para componer algo que valga la pena, original y creativo como dices tú, pero ¿qué pasa?, te retienen los honorarios por diez motivos, y cuando te lo dan ya vale menos, y dices que no sabes si es culpa de las secres tan despistadas, de las contadoras que no llevan al día sus cuentas o de los directores que siempre andan ocupados en otros lados que les llaman los invisibles porque no se dejan ver, o ya no hay dinero, porque lo usan para propagandas del partido o tal vez quieren ver si ya de plano se te olvida cansado de dar tantas vueltas. ¡Qué barbaridad!, cómo se nos va a olvidar si todo el tiempo pensamos en eso para solucionar un poco nuestras carencias.

Es que ellos no saben lo que es vivir al día, siempre esperando a ver qué más cae aparte de las clases de ¿sesenta pesos la hora? Pues ¿por qué tan poquito? ¿Así pagarán en el otro lado o en Europa? Dicen que el sueldo mínimo en México es el más bajo en Latinoamérica, ¿será? Ya ni friegan, no toman en cuenta la dificultad del trabajo, la preparación, ni todo lo que repasas y repasas para ir a dar las clases allá, ocupando todo tu tiempo con libros y papeles aquí, y yo esperando eter-

namente para comprar un poco más de mandado, y siempre a las mil preguntas y siempre sin respuestas para pagar recibos de agua, gas, y luz, y a cobradores que no dejan a uno ni a sol ni a sombra.

Ahora no sé qué voy a hacer, pues ya no vendo como antes los pasteles, porque en Soriana y Walmart venden retebarato y reterico, según esto, aunque esos son de pura azúcar y harina refinada que es rete mala para el corazón y te engorda mucho más, por eso yo uso solo un poco, primero para que me rindan las recetas. No por nada, pero yo hago mejores pasteles con harina integral con buena mantequilla y azúcar mascada, digo mascabada, porque es la mejor, pero no sé porque a la gente le gusta lo malo: compran esos coloridos pasteles, rellenos de merengue, crema batida y manteca por eso les da alta *diabetis*. Dios nos libre de esa enfermedad. Es lo único bueno que tenemos ahora: la salud gracias a Dios. Imagínate que te enfermes ¿qué vamos a hacer si no tienes servicio médico ni nosotros tampoco?

Dedicarse a la cultura, a la academia y a las artes no asegura ni nos mantiene, ¿verdad? Bueno a los que tienen plaza con horario completo, pues sí, y además tienen muchos incentivos como dices tú. Pero ¿por qué será que la cultura y educación que promueve la justicia, el sueldo igualitario entre hombres y mujeres nos tiene a nosotros tan pobres. ¿Quién diría?, en casa del herrero cuchara de palo.

No te pongas triste, Aristo, si no te estoy reclamando nada, yo sé que tú siempre haces la lucha para ganar un poco más y vivir mejor, eres un guerrero, publicas tus textos tú solo, no como algunos que se juntan de siete o diez para hacer un trabajito de dos cuartillas, dependiendo del tema de alta investigación. Reconozco que es el sistema, como dices tú, que se han vuelto más burocrático, y las encargadas de

pagar pierden mucho tiempo en el *whatsapp* o en el *tuiter* y no se apuran para que salgan pronto tus honorarios por las conferencias que diste en Guanajuato, ¿hay feria ahí o solo cervantinos? ¡A la próxima voy contigo! Y como te decía, las que diste en las Jornadas. Yo sé que la cultura cuesta, pero ¿a quiénes les pagan? Pues de segurito a los de siempre o los que se repiten en todo, a los que agarran como símbolo del estado grande, grande de problemas, de atrasos, pero en fin siempre los mismitos conocidos. A esos sí les pagan bien y pronto, y de seguro les pagan el doble o el triple, porque andan viajando por *altri mondi* y se creen las divinas garzas y ni a patos llegan.

Bueno, si no estoy ofendiendo a nadie, lo digo con todo respeto, y ya ves al pobre de tu paisano, el poeta peregrino que viene desde tan lejos, por eso mismo se quejó y luego se hizo un escándalo en prensa, porque dijo que no le pagaban su participación en el paso del norte, pero a ti tampoco te pagaron y tú ni dijiste nada, ni alboroto hiciste. ¡Lo qué son las cosas! Ah, ¿qué a ti no te ofrecieron pago? Ah mira, qué chistositos, pues si contratan es porque van a pagar, eso está rete entendido. ¡Los abogados y los médicos cobran desde la primera consulta y cada vez más! Pero es que tú eres muy institucional, y ellos no, solo sus intereses y su tiempo cuenta.

No, sí ya no voy a decir nada, mejor guardo silencio como tú, que te aguantas todo. Pobre de ti, Aristo, si eres una alma de Dios y te vas a ir al cielo con los tenis puestos un día de estos y por infarto al *miocardio.*

¡Qué mundo es este como dices que decía Rulfo! Nadie lo creería, pero has estado echando vueltas y vueltas desde las lunas de octubre, las más hermosas, y ya va a empezar la primavera y no te han pagado; no lo puedo creer, si ya fuiste

hasta con el encargado de usuarios creativos. Te han pedido que cambies el recibo varias veces para que esté exactamente como ellos indican y rebajarte los impuestos, pero después te lo vuelven a pedir, porque cambió el año y el formato, y tú vuelves a dar vueltas y vueltas con el contador y el impresor que bien te quita para las sodas cada vez que vas a que cambie el recibo.

Ah, y ahora por cierto me estoy acordando que el día que fuiste a Durango a dar la conferencia sobre la lucha de los pueblos oprimidos ni te pagaron lo del camión, nomás te dijeron que les dieras el boleto que tú pagaste, y nada, ni así te repusieron el dinero del pasaje.

¿No será mejor que te dediques a otra cosa?, porque eso de la cultura creo que no conviene; este negocito no deja. Mira, estoy pensando mejor poner un puesto de hamburguesas o de burritos por ahí, por la avenida que se llama como tu escuela, hay una parte libre cerca de un estacionamiento y tal vez ahí nos puedan dejar poner el puesto. Mira, yo hago todos los guisados y tú me ayudas a comprar las cosas, y atiendes el changarro, porque yo debo limpiar la casa y ver por los hijos. ¿Cómo ves, te gusta la idea?

Pues si ya sé, Prietito, todo el tiempo que te quemaste las pestañas, y todo lo que te costó porque la carrera es muy cara, y más en este estado tan amplio, donde las universidades son las más caras de todo el inmenso país, eso dijo la encuesta del Diario, yo no, y luego con todo lo que gastaste en la maestría que si no hubiera sido por tu padrino que quería tanto a tu papá, pues ni la hubieras terminado, pero hay que ver la realidad, tenemos muchos gastos, y no alcanza con tus esfuerzos dedicado a la cultura, y a las artes tan bellas…

Si no te quiero molestar, de veras, yo admiro tu inteligencia y tu capacidad, de eso no tengo duda. Eres un hombre prepa-

rado, pero la vida está rete difícil y además las oportunidades se las dan a los recomendados, ya ves cuando hiciste el examen de oposición para conseguir tu plaza, empataste al doctor, y al periodista lo dejaron solo, en una línea, es decir, no hubo ninguna oposición, ¿verdad? ¿Entonces por qué lo llamaron examen de oposición si no le opusieron a nadie? ¡No entiendo este mundo!, Agripino.

Fue por eso que a ti te ganaron, mi Aristo, es que tú te hubieras puesto en una línea, en una categoría directa como dijiste, pero ay qué va, sé que no tienes injerencia, ahí los acomodaron previamente en el arrancadero ¿verdad? Si yo conociera al gober o al direc de algún periódico o alguien importante tal vez te hubieran dado la plaza. Si todavía me acuerdo *requete* bien que te prometieron en un acto de piedad o de mentira, reconociendo tus méritos, que pronto te darían algo, ¿algo de qué? Pues de nada, porque ya ves que ese algo jamás llegará. ¡Ni la mitad partida de plaza o tiempo!

¿Qué mundo es este, Aristo? Dios mío, no entiendo, fíjate bien: los mandatarios… ¿Mandatarios de quién? si a ellos nadie los manda, entonces ¿qué es un mandatario? Pues explícame tú, tú que eres él que sabe. Los políticos piensan que todo lo creemos, que tenemos una rayita y una ruedita en la frente, pero aunque somos pobres todavía pensamos y sabemos cómo se mueve el mundo y como son algunos que se rebelan a los de más arriba, porque no les dejaron el puesto que les ofrecieron y luego los asilencian con candidaturas, lanzando a sus señoras de la cocina a la presidencia. Hay que sostenerse, digo yo, y que no nos compren así nomás, pues ¿qué creen que no sabemos pensar? Fíjate, yo estaba muy admirada con la actitud defensiva del señor *Mesada,* pero pues lo convencieron, ni modo. Dinero es dinero y poder es poder aquí y en las Antillas.

¿Qué qué tiene que ver esto?, Aristo, pues si lo estoy diciendo por lo mismo, pues los recomendados vienen de arriba, de las decisiones y conveniencias de los que mueven las teclas del poder y uno solo ve subir a otros, bueno, algunos que ni estudian, ni se esfuerzan, ni nada, y lo peor es cuando son ventajosos y hasta tranzas, y uno desde abajo se queda mirando como el chinito, ¿a poco no es verdad? Si pudiéramos contarle al mundo o de perdiz al Heraldo todas las injusticias que hemos visto y hemos vivido en propia piel, crees ¿qué estaríamos vivos? Ay, claro qué no, sí, ya sé que estoy exagerando y no estamos en Venezuela, en ¿Venezuela matan a la gente? Aquí hay mucha pobreza, porque faltan empleos y pagan muy poco, una miseria mejor dicho como allá con Maduro que es muy rudo y ya acabó con el país completito, pero a lo que voy, mi Prieto lindo, es que tienes que buscar a alguien que te apoye, que vea tu trabajo y te ayude para que te paguen mejor las clases y las conferencias. A ver, dime ¿por qué te invitan? Pues porque tú sabes, mi alma, tú las puedes aquí y en cualquier parte del mundo. Pero, entonces ¿qué pasa? Dime, por favor.

¿Cómo? ¿Qué tienes qué estudiar? ¿Qué tienes que volver a estudiar y ahora para el doctorado? Ay, no, imagínate, eso sería el acabose: si acaso no comemos para que estudies el doctorado y luego te vuelven a dejar igual sin pagarte bien, entonces ¿para qué estudiar de nuevo si seguimos en las mismas? Imagínate, tú con un título más, y todos muertos de hambre, y ¿ya para qué? Vamos a tener para entonces anemia plástica o muerte cerebral por definición, digo inanición, y tú serás el flamante doctor de la familia, pero si no tienes quién te recomiende o te ayude seguirás en el mismito lugar de siempre. No, no, mejor quédate así, es menos frustración nerviosa y menos gastos porque ¿cuánto sale un doctorado ahí, donde das las clases gratis?

No, si no me estoy burlando, si vivo minuto a minuto tu misma historia Aristóteles, solo quiero librarme de la angustia, de la opresión de los oprimidos por el sistema del mundo, por la falta de trabajos, por la falta de un sueldo digno que alcance para vivir, por la falta de pagos justos y rápidos, por la falta de equilibrio en la vida misma. Y no hablo de equidad de género, ese *pa'mí que* ya es una lucha de poder, hablo de equidad de vida, de correspondencia en las cosas simples. Por ejemplo ¿cuánto cobran a los alumnos de escuelas particulares, y cuánto pagan al maestro? Con lo que cobran a tres o cinco alumnos pagan el sueldo raquítico de un maestro, pero eso no es justo, ¿verdad? Ah, la CENTE, eso es otro cantar ahí están los malos maestros de las películas, ¿y los de la SENTE? Pues ahí hay que analizar la reforma, porque deben de reformar para cosas buenas, útiles, y justas, pero para los alumnos que son los dueños y receptores de la educación. Que sean ellos los primeros beneficiados y después los maestros y no los líderes ni los falsos maestros o administrativos. Pero volviendo al tema de las particulares, si tomaran en cuenta lo que ganan con los alumnos de cada salón, que por cierto son como cincuenta, porque esa es otra, siempre están sobresaturados y eso es antipedagógico ¿cuánto deberían pagarle al maestro de escuela particular?, ¿cuánto sería verdaderamente justo? Tomando en cuenta los estudios, los títulos, la trayectoria, la revisión, la preparación de clase y demás, y no solo las horas en que van a pararse ahí, a torear literalmente a los jóvenes que ahora nomás están en su telefonito y a veces ni entienden o entienden de más, y eso está peor, porque se ponen al tú por tú con el profe quien sufre las de Caín si no sabe salir airoso del paso, ¡mi matador!

Sí, ya está bien, ya no voy a decir nada. Nomás te lo digo a ti, mi buen mozo, bueno aparte de mi compadrita que

siempre me comprende, de mis hermanas que son testigo de tus esfuerzos, de mis vecinos que también andan en la lucha, y de mi amiga Gertrudis que ya se va a unir al movimiento ciudadano para levantar la voz y manifestarse en El Ángel, y si se pone la cosa color de hormiga pues van a tomar la puerta de Palacio, como si fuera la *alondriga* de Granaditas. ¿Alondra o cómo? ¡Va a estallar Troya!, pero lejos del Mediterráneo. Nomás a ellos les cuento, pero no es ninguna novedad, no creas que los sorprendo con mis quejas, ellos saben cómo se mueve el agua en esta tierra sin agua.

Pero, ya cariño, olvídate mejor de todo lo que te dije al menos por esta noche que puede ser la mejor noche de nuestras noches, y si quieres mañana tempranito vamos con mis tíos a limpiar su casa tan grande, ya ves que cuando vamos nos pagan muy bien, los amorosos viejos.

Ay, sí, ya me acordé que no puedes, porque te dijeron que fueras mañana por el cheque. Bueno, pues ojalá y Dios y la Virgencita y todos los santos del séptimo cielo y del orbe entero quieran que al fin ya te paguen lo que te deben, porque el que espera, desespera, pero no se cansa de esperar.

¿Te espero a dormir o vas a seguir revisando tu ensayo sobre la justicia social? Ay, no, ¿a quién se le ocurrirá llamar a estas horas? Bueno, bueno… Sí, sí señor. ¡A qué caray! ¡Aristo, Aristo, te hablan de la escuela, qué es urgente!

Los silencios

Los espacios se iluminan siempre con la presencia de los estudiantes. Los grandes ventanales dejan entrar el sol, y mirar el verde intenso de los jardines. Distintas voces se escuchan en constante murmullo. Una pregunta concentra la atención de todos.

—¿Cuándo nos dará Elodia, las calificaciones?

—Quien sabe. Ya sabes que ella es así, le gusta mantenernos en ascuas, esperando desesperadamente el resultado de nuestros trabajos.

—No es justo, ¿verdad Roberto, qué deberíamos quejarnos a la Dirección?

—Sí tú, cómo no, ¿para qué después nos repruebe?

—No puede hacer eso, estás loco.

—Claro que puede, no tiene corazón.

—Hemos hecho varios trabajos y participaciones y no nos ha dado ninguna calificación. No sabemos ni qué onda con su materia. ¿Qué pues?

—Además ya llevamos varias exposiciones y tampoco. A mí ya me dan ansias, verdad de Dios, por terminar este semestre que ha sido el peor de la carrera.

—Pues sí, ahora está peor que nunca pues nos hace ver nuestra suerte, es cada vez más terrible, ya no es la cantidad de trabajo que nos exige, sino su forma, a veces déspota y a veces hipócrita, porque es así, de acuerdo a su estado de ánimo: llega de pronto muy contenta hasta cantando las de Juan Gabriel y quiere que le festejemos sus ocurrencias, pero ya ves, otras veces llega con una cara de orangután que espanta a todo el mundo…

—Vamos a ponernos de acuerdo y a hablar seriamente con ella.

—¿Para que te ponga bombo como a Claudia, que el otro día apenas le iba a preguntar lo del último examen y se le echó encima?

—Pero no fue por el examen difícil que nos puso, sino por la forma en que hace las preguntas tan rebuscadas que ni ella misma las entiende. Es su arma.

—Es que le gusta jugar al acertijo. Se parece al Guasón.

—Ándale, por su gran ironía. Ah, y por su gordura también.

—Ja, ja, ja. Qué bárbaro, Roberto. No digas nada, porque si te oye, del puro coraje se pone a dieta y va a quedar *espirifláutica*.

—Ay, si estas paredes oyeran estarías reprobado antes del fin de semestre.

—Si sin darle motivo, ya ves cómo se porta, ahora toreándola, ¿imagínate cómo se pondrá?

—Ay, muchachos, ojalá no venga ahora a clase, pues no tengo ni tantitas ganas de verla. Anoche me quedé sin dormir por su culpa, terminando el mentado trabajo de Juana la Larga que nos pidió a última hora.

—Yo no lo traje, al cabo ni los califica, Gloria.

—Ella asegura que sí, por eso se tarda tanto en devolverlos.

—Pero ni los devuelve, ¡no manches, esto es antipedagógico! Debería de haber una comisión especial que revise el procedimiento de clases y sobre todo para estipular las formas de evaluación, porque, ¿cómo es posible que no entregue ninguna mugrosa calificación en todo el semestre?

—Estamos como el primer día, en blanco, sin saber ni qué.

—Lo hace adrede para tenernos en ascuas.

—Mejor dicho en sus garras, para hacernos sufrir. Nos somete a un estrés inútil, pues ¿qué tiene formación hitleriana y nacista?

—Narcisista, dirás…

—Casi psicópata integrada, ¿verdad?

—Pero no es de las que matan…

—Pues casi, pues te trae todo presionado, agotándote hasta el extremo…

—Además se cree sabelotodo y bordada a mano, la que ha viajado por todo el mundo a costa de los demás, ja, ja, ja.

—Eso solo algunos lo saben, pero volviendo al tema, cree que aplicándonos todo el rigor de su ley, respondemos mejor, pero resulta contradictorio porque sin retroalimentación no hay avance.

—Miren, lo que pasa es que tiene complejo de inferioridad y lo demuestra al revés, haciendo esto siente poder sobre nosotros.

—Se me hace que le faltan algunos tornillos.

—A mí no me parece tan exigente, se me hace que están exagerando, a veces es buena gente, muchachos.

—A veces… ¡Tú lo has dicho!

—Ay, sí, Laura, como no, lo que pasa es que tú eres una barbera, le traes chocolatitos y le ayudas a conseguir copias.

—Ay cómo son, muchachos. Nomás una sola vez le traje chocolates que yo misma hice.

—¿Y la vez qué le regalaste a Donoso?

—¿Y cuándo le trajiste la muñequita de Morelia?

—Es cierto, algunos alumnos se le acercan por barberos.

—Y otros, porque le tienen miedo. Un temor pavoroso de repetir semestre.

—Pues nomás imagínate el gran tormento chino o inquisitorio de tener que pasar otro semestre a su lado.

—¿Qué creen que me dijeron? Que habla pestes de nosotros en las juntas y nos pone mal con el asesor. Es una hipócrita.

—¿Quién te pasó el chisme, Fernando?

—Pues…este… este…

—Oigan, oigan, ahí viene. Ya no estén diciendo cosas. Los va a oír.

—Buenos días, jóvenes. Hoy vamos a ver la energía nuclear, espero que hayan hecho su trabajo, porque además van a tener que investigar sobre la globalización y también sobre el efecto invernadero y los cambios climatológicos. A ver Roberto, ¿qué pasó con tu trabajo?

—Oiga, maestra, ya es mucho, eso no nos había dicho, no viene en el pro… grama…

—Mira, Fernando, así les parece ahora, porque han bajado mucho la guardia, en este grupo se han vuelto lentos y apáticos; ya no son los mismos del inicio de la carrera. Antes eran muy entusiastas y trabajaban con más ganas, pero ahora no sé qué les pasa, han retrocedido y se dejan llevar por una inercia fatal. Por eso tenemos que agregar materiales y ver otros temas, a ver si se despabilan… A ver Roberto, te dije que me dieras tu trabajo.

—Oiga maestra, disculpe, pero queremos saber cuándo nos puede entregar los trabajos anteriores, para saber cómo andamos.

—Mira, Ignacio tú dedícate a cumplir y a estudiar, y no estés preocupando por eso, al final del curso sabrás.

—Pero ¿cómo?, ¿hasta el final de curso? Entonces ¿ya para qué? a la mejor ya estamos bien reprobados o infartados. Ya no podremos hacer nada.

—Ya, ya, no quiero quejas, pónganse a estudiar y listo, y además quiero decirles que sí van a tener examen final de todo, oyeron bien. S í v a n a t e n e r e x a m e n.

—Oiga, maestra, pero si el examen final no viene tampoco en el programa. Usted dijo que iban a ser puros trabajos y exposiciones.

—Pues ya cambié de opinión, así que pónganse a trabajar, ya escucharon. ¿Qué pasó con el trabajo, Roberto? Te estoy esperando y no tengo todo el día…

—Pues, no lo alcancé a terminar, porque como lo encargó muy tarde ya no tuve tiempo de ir con mis primos a pedirles su máquina, y además el centro de cómputo ya estaba cerrado.

—Pues allá tú, esto te va a afectar muchísimo en tu calificación, ¿oíste?

—Oiga, maestra qué tal si me permite y mañana se lo entrego…

—No señor, dije que para hoy y no doy ni un minuto más.

—Es que mire, maestra… Permítame…

—Ni una palabra, no se diga más. A ver tú, Laurita, dame tu trabajo.

—Sí, querida maestra. ¿A ver qué le parece?

—Tú siempre tan responsable, Laurita, de seguro es un excelente trabajo como siempre. Te felicito… En cambio los demás me dan tanta tristeza… que quiero llorar… todo el día.

II

—Hemos llegado a final de cursos, hoy es nuestra última clase y es necesario hacer balance de nuestra materia. Tenemos que analizar los logros y reconocer las fallas. Yo sé que he sido muy estricta con ustedes, pero quiero que sepan que lo hice, porque me interesa mucho que aprendan. Fue para mí una verdadera preocupación el llevar a buen término el programa de mis materias. En verdad les he puesto toda mi dedicación para que ustedes salgan preparados en esta clase tan rica e importante. Sé que fui un poco dura, pero fue por su bien

y quiero decirles que han sido ustedes el mejor grupo que me ha tocado en muchos años. Ustedes son unos estudiantes trabajadores y cumplidos, por eso quiero decirles que estuve feliz y me llevo un grato recuerdo de cada uno, porque son especiales para mí desde que tuve la fortuna de conocerlos.

Cada uno tiene sus propias cualidades y talentos que los hacen únicos y diferentes, además quiero decirles que siento una tristeza enorme, porque ya no estarán conmigo el próximo año.

Ustedes volarán a otros espacios y conocerán otros maestros, pero como quiero que se lleven un grato recuerdo y no me olviden nunca, ya no les pondré el último examen que les había dicho, así ustedes verán que los he calificado benévolamente. Sí, sí, ya sé que ya están listos y preparados para el examen, pero de pronto he sentido que ya no hay necesidad de hacerlo. Sí, sí, también me imagino que se desvelaron estudiando y se les juntó todo ahora al final de semestre, pero relájense porque ya no les voy a poner ningún examen, ahora nos dedicaremos a recordar los buenos momentos que tuvimos en clases y a despedirnos como los buenos amigos que siempre fuimos.

Para mí, ha sido una experiencia enriquecedora haber estado a cargo de tan brillante grupo; reconozco sus habilidades y destrezas y me siento sumamente orgullosa de haber sido su maestra y de que hayan pasado por mis manos, porque ahora los veo más logrados y capaces. Serán ustedes grandes profesionistas que pondrán en alto grado el nombre de nuestra querida escuela. Ustedes demostrarán a los demás lo que han aprendido en una forma cordial y humana al servir a los demás, teniendo paciencia y tolerancia con todos. Me gustaría que cada uno diera su opinión sobre mis clases para guardarlos en mi memoria. ¿A ver, Laurita, tú qué dices?

—Ay, maestra, yo estuve feliz, aprendí muchísimo y me sentí muy reconfortada por su comprensión, además es usted la maestra más preparada e inteligente de toda la escuela; en verdad siento una gran pena, porque ya no será mi maestra.

—Te entiendo, Laurita, y pienso lo mismo, porque tú has sido una alumna ejemplar, y a ver tú, Claudia, ¿qué opinas al respecto?

—Este, yo pues, ¿pues qué le diré?, pues he aprendido, y pues estuvimos bien, y creo que no la vamos a olvidar nunca.

—Gracias, Claudia, yo tampoco los olvidaré a ustedes, porque han sido maravillosos en mi clase. Pero, a ver, vamos a ver qué dicen los demás, pues ¿por qué están tan calladitos? ahora pueden expresar lo que gusten, para eso estoy como siempre: para escucharlos, para atender sus opiniones que para mí son sumamente importantes. A ver Nacho, cuéntanos tu punto de vista sobre la clase.

—¿Yo, maestra?

—Sí, tú. ¿Dime qué te parecieron mis clases?

—Pues no sé.

—¿Cómo qué no sabes?

—Digo, que no sé cómo explicarlo.

—Ah, pues mira, dilo con palabras sencillas, nomás que sean sinceras y que tengan sentimiento, que salgan de tu dulce corazón…

—Pues, este, me parecieron bien, y creo que aprendí, maestra.

—Bueno, bueno, pero sé más explícito, puedes ahondar más en tu comentario. A ver, dime ¿te pareció adecuada mi forma de ser y mi cátedra? Dilo, hombre, dilo.

—Pues, este, me pareció un poco… Digo me pareció bien, aunque…

—¿Aunque qué?

—Aunque no sepa expresarme…

—Ah, menos mal que aclaras, pero por eso no te apures, yo sé que eres hombre de pocas palabras. A ver, ¿quién sigue?… ¿Nadie? No puede ser, algo tendrán que decir de todos estos semestres que pasamos juntos. A ver piensen en algo agradable, algo que… Sí, sí, Laurita, te escucho.

—Quiero decirle que estuvimos muy contentos siempre y que aprendimos muchísimo porque usted es una persona muy generosa y amable y muy profesional y nunca la vamos a olvidar en toda nuestra vida…

—Gracias, linda Laurita, tampoco yo olvidaré a los alumnos como tú, que son tan recíprocos y generosos y que saben aprovechar los conocimientos de su maestra y que son sumamente agradecidos con quien les tienden la mano y los ayuda a superarse, pero bueno vamos a continuar con nuestra despedida, ¿quién quiere hablar ahora? ¿Nadie? ¿Cómo es posible que no se les ocurra nada? No puedo creer que no tengan nada que decirme. Bueno piensen bien lo que les estoy diciendo ahora, porque deben saber que así como sé apreciar y agradecer los buenos comentarios, también sé interpretar los silencios y créanme que los tomaré muy en cuenta y los tendré presentes en el preciso momento en que ponga las calificaciones finales. A ver Roberto, ¿tienes algo que decir, ahora?

—Bueno, bueno, maestra, ya que usted insiste, tengo que reconocer que a veces uno se equivoca en las primeras apreciaciones y creo que usted nos ha enseñado a analizar y a no quedarnos con la primera impresión, sino que hay que ir al fondo de las cosas; por eso cuando conocemos a alguien nos podemos equivocar fácilmente; yo al principio pensé que usted era de un modo muy distinto, pero con el transcurso del tiempo y durante toda la carrera me di cuenta que usted es diferente a como pensé antes.

—Gracias, gracias, Roberto, eres muy amable y muy inteligente por saber valorar la calidad de las personas. ¿Alguien más que se anime? ¿Nadie? Bueno, en fin, ya no voy a insistir más para que hablen los calladitos, mejor doy las gracias a los que externaron su opinión, por sus palabras tan cariñosas y tan amables. De todas formas me voy muy contenta, porque confirmo que pude transmitirles grandes conocimientos y enseñarlos a ver las cosas diferentes, creo que también logré sembrar en ustedes la semilla para que sean más listos. Les deseo mucha suerte. Ah, las calificaciones estarán listas para el jueves y no quiero reclamaciones por ningún motivo, porque ya les advertí que también sé interpretar los silencios. Que les vaya muy bien, muchachos. Ojalá me recuerden bien porque la vida da muchas vueltas y podemos vernos por ahí.

Es más, como los quiero tanto compartiré con ustedes mi nueva alegría. Les daré una gran sorpresa, una noticia que les encantará a todos, pues de seguro estaremos juntos el año que viene, es que estoy terminando el doctorado y les daré clases en maestría, así que: ¡Los espero muy pronto! ¡Felicidades!

TERCERA PARTE

La pequeña Any

A Marce, quien se inspiró en
este cuento para realizar una obra de arte

Estaba en una caja de madera amarrada con alambres. Tenía el rostro cubierto por una máscara que apenas dejaba ver sus ojos y labios. La noche anterior había llovido durante horas y bajó mucho la temperatura lo cual dificultó su búsqueda.

Al amanecer la encontraron en la cañada, inmóvil como uno más de los troncos de árbol que arrastra el río. Cuando la descubrieron, los rescatistas pensaron que estaba muerta, hasta que la empezaron a revisar se dieron cuenta de que respiraba como si estuviera dormida y se apresuraron a liberarla; con mucho cuidado rompieron las tiras de alambre y retiraron cada una de las tablas frontales que le ceñían el cuerpo, después uno de ellos intentó retirar la máscara pero se dio cuenta de que no era un simple antifaz, tenía adherida multitud de luciérnagas que iluminaban su rostro; los insectos empezaron a volar uno a uno, después en decenas alrededor de su cuerpo.

Los curiosos no dejaban de observarla y sin poder creer lo que estaban viendo se fijaron que gran cantidad de hormigas cubrían su cuerpo y sin escapar de su asombro retrocedieron cuando cientos y cientos de abejas salieron de sus ropas húmedas; los insectos volaban haciendo un círculo continuo sobre Any, y hasta que abrió los ojos las abejas se esfumaron en un acto instantáneo de magia, las hormigas desaparecieron y las luciérnagas cegaron su luz.

La niña fue internada en el hospital más cercano, pero no tenía ningún rasguño, ni siquiera el piquete de un insecto. Su

temperatura era normal a pesar de haber permanecido toda la noche a la intemperie.

***

Días después la policía encontró un hombre perdido por las calles que repetía sin cesar: "No estoy loco, no estoy loco, ella traspasa la madera, vuela como mariposa y brilla como una estrella.

La lejanía

Me dejaste sola en el jardín inmenso. Antes de irte me miraste fijamente durante mucho tiempo sin decir palabra, cuestionando tal vez nuestro adiós apresurado y sin sentido. Es verdad, ni tú ni yo esperábamos que nuestras ilusiones de seguir juntos se acabaran de esta manera, pero ahora sabemos que la incertidumbre es la certeza de la existencia. Te fuiste al anochecer cuando la penumbra nubla los objetos y los convierte en fantasmas perturbando el sueño.

Te sentí marchar, tan lento como si te pesara el alma, mientras yo me quedé más sola que el silencio en este lugar solitario absorbiendo tu sombra.

No me gusta que vengas a verme cuando hay tanta gente por aquí, mejor ven cuando no hay testigos para poder oír lo que me cuentas y escuchar mejor el ritmo de tu respiración como en aquellos días en que tus besos eran mi único alimento. No sabes el esfuerzo tan grande que hago para percibir entre la tierra el ligero temblor que tus pasos marcan cuando vienes a mí.

Cuento los días, las semanas, los meses esperando ansiosa tu presencia y aunque no puedo disfrutarte libremente sabes que revivo cada vez que vienes a visitarme; sin embargo ahora sé que todo es diferente, porque ya no tienes tiempo para mí, y presiento que poco a poco llegará el día en que tu memoria me retenga solo como un eco lejano que se disuelve en el olvido.

Sé de los remordimientos que te atormentan, y aunque eso me duele profundamente no dejo de reconocer que lo

nuestro fue imposible y que es tarde ya para vivir nuestro amor. Tengo sin remedio que aceptar la resolución definitiva y soportar todo el peso de nuestra separación.

Tenías razón al afirmar que las magnolias poseen un perfume más intenso y se conservan más que las rosas, pero ya no quiero que me traigas más flores ni que las dejes sobre mi lápida, pues no me gusta verlas morir…

La rueca

Estoy dormida, siento el peso del sueño sobre mis párpados, mi respiración es cada vez más lenta. El ritmo cardíaco me arrulla poco a poco, mi sangre se precipita sobre los límites elásticos de las venas, puedo escuchar a lo lejos el viento danzando con las hojas de los eucaliptos. La casa adquiere el color tenue del silencio y solo un sonido mecánico interrumpe la quietud, marcando sin prisa el paso ineluctable del tiempo.

Me doy vueltas en la cama, enredo mi cuerpo en la rueca del insomnio y cuando el cansancio me suelta, mi respiración se armoniza con mis latidos. Empiezo a caer en una profundidad donde no hay luz, ni sonidos.

Sé que debo dormir y no pensar más en esta incertidumbre que me angustia, y empiezo a rezar en los últimos vestigios de mi vigilia.

Sigo en las redes del sueño, presa entre los hilos transparentes de una araña afanada en apretar vigorosamente sus nudos. Crece mi desesperación ante la nudosa oscuridad y me escondo bajo las sábanas como si fueran el refugio más seguro.

A mitad del sueño escucho ruidos precisos en el techo, ecos inconfundibles de pasos lentos que descienden del lado externo del muro contiguo a mi habitación, después intuyo una sombra deslizarse abajo de la puerta, y sé que es él que viene a robarme la noche, a despojarme de mis sueños.

Siento un sudor frío recorriendo mi cuerpo, una sensación de miedo y gozo. Percibo su aliento húmedo de arcilla, sus manos ásperas sobre mi cuerpo; quiero gritar, pero no puedo, algo apaga mi voz ni siquiera puedo emitir sonidos indescifrables de terror.

Droseras

Son seres que han perdido el entusiasmo y el interés por vivir. Aparecen como largas sombras en la niebla del amanecer, se incorporan a su pequeño mundo conforme avanza la luz del día. Se alimentan del aire y del calor de la tierra para conseguir suficiente fuerza, y navegar sin brújula en su pequeño universo. Van y vienen labrando con dificultad su existencia, esperando con ansias el anochecer y en el fondo, la contradicción de la muerte.

Celia se dedica a elaborar adornos de macramé y él a sumar las cuentas de los acreedores. Ella teje a la luz de la vela, y sus sueños se cuajan con el frío que marchita los jardines.

Desde hace muchos años conservan un negocio de aparatos ortopédicos donde atienden esmeradamente a los clientes. Al concluir la jornada, el cortinaje desciende, mientras la penumbra germina e impone el silencio: amo y señor que inevitablemente los eclipsa.

Todos los días a la misma hora, ella enciende la estufa para calentar la comida que compra en la cocina económica de la esquina. Beben café con delirio, es lo único que logra calentarles el cuerpo y entibiarles el alma. Beben sin prisa, y sin romper el sopor que asfixia la habitación cada amanecer de verano, cada noche de otoño, cada tarde de primavera e invierno. Habitan simplemente y se mantienen juntos por la inercia que se sostiene a merced del tiempo, sellando sus labios desde aquella siniestra noche de abril.

Son plantas, crisantemos negros que no ceden, no otorgan, no despiertan; nada ni nadie los mueve, ni los motiva, la esperanza se esfuma entre la inercia de los días. El silencio sigue siendo el dueño de las horas amparadas por el

recuerdo. Nada brilla, ni tampoco da calor a sus vidas; han dejado que la frialdad entre ellos crezca y los devore poco a poco.

Celia y Jacob se mantienen unidos con la alianza que la ley establece y con las cadenas que va forjando la resignación. Sus vidas no tienen arreglo ni compostura, están condenados al distanciamiento por el rencor que flota y se sostiene como amargo fruto del aire.

El silencio crece cada día, cada navidad y cada primavera, porque nada tienen ya qué decirse; sus palabras han emigrado como golondrinas a las grutas del olvido. Ambos prefieren el silencio para que ninguna palabra evoque los días tortuosos cuando brotó la duda, y el color rabioso de los celos endureció la corteza del amor, para que la conversación no despierte la desconfianza, ni avive el odio que persiste aún en las manos tensas y amarillas por el arrepentimiento.

Los años caen como pesados fardos sobre sus espaldas. Nada intimida su resentimiento, ni el espléndido reflejo de la luna, ni las crujientes noches de tormenta, ni los eclipses malignos. El despecho crece entre ellos como una planta carnívora que se alimenta de corazones.

Han perdido la última bondad de sus nombres y de su historia. Con el tiempo sus cuerpos van adquiriendo la rigidez de las esculturas, y sus miradas conservan el maldito resplandor del desencanto. Cada noche tiemblan de frío, pero ni en su dolor, ni en su abandono pronuncian palabras de consuelo, no surge entre ellos ni una leve caricia, ni siquiera la aproximación discreta de sus cuerpos; prefieren renunciar a los dulces frutos del perdón antes que brindarse un poco de afecto ante la dureza del invierno.

Los meses y los días avanzan voraces y solemnes sobre sus miembros; sus cabellos han perdido el color, y su piel, la

brillantez satinada de la luna. A veces se preguntan, como si olvidaran de tanto recordar. ¿Cuándo y cómo surgió el cansancio que los invade?

Celia ahora teje con lentitud y sus manos se crispan ante la tesitura del hilo cada vez que recuerda la carta: algunas letras se han borrado, la tinta está diluida por antiguas lágrimas, y deja visible solo unas cuantas frases aisladas y sin sentido, pero ella siempre revive en su memoria las partes dañadas por el tiempo, y reconstruye el final de la historia: la confesión inesperada y letal que desvío su destino.

Ahora lamenta el tiempo perdido, la salud quebrantada, la aridez de su vientre, viviendo con un hombre que la desafía con su mal humor, que la cuestiona sin hablar, que la maltrata sin reproches y a veces la asedia con la mirada lasciva, con la respiración entrecortada cuando el alcohol altera las neuronas de sus recuerdos.

Los juguetes

Con cariño a Lety

A media noche, cuando suena el reloj de la iglesia, me parece ver a contraluz cómo empiezan a descender algunos espíritus de la cúpula mayor del templo y avanzan hacia acá, creo que me estoy volviendo loca, porque a veces escucho voces en el techo y las paredes, y he visto esas mismas figuras en la terraza; son seres ligeros, de humo y viento que parecen buscarme y me llaman desde las alturas, tal vez para hacerme cómplice o atestiguar algún secreto.

Hace varios meses que los siento más cerca y estoy segura que desean decirme algo que les roe el alma, porque avientan piedritas al cristal de mi ventana desde que empieza a oscurecer, y rondan y rondan hasta que amanece, y se van, cansados de tanto vagar y rendidos cuando surge la luz del sol.

Así se han mantenido con esa misma conducta durante semanas hasta que se han aproximados cada vez más, y ahora creo han entrado a la casa. En la oscuridad, cuando el silencio apresa todas las cosas y el frío se hace más intenso empiezan a jalarme las cobijas y a destaparme los pies. "¡Son ellos!" Al principio les tenía mucho miedo ni siquiera lograba moverme cuando intuía que entraban a mi recámara cerrada a propósito con llave o cuando escuchaba sonidos como aletear de murciélagos y percibía la humedad de un viento frío entre mis ropas, ¿serán de sangre fría?, no sé y ya ni me interesa, pues me he ido acostumbrando a su presencia, ahora habito y convivo con ellos como si fueran mis huéspedes.

Cada vez estoy más segura que quieren seguir aquí, creo que han llegado para quedarse, a veces esconden mis cosas o

las mueven de lugar, por eso los regaño, y cuando me colman ahuyento sus esqueletos de humo, pero aún así no se van, siguen en casa como si fueran los propietarios; ahora van y vienen, suben y bajan por doquier.

A veces estoy tan cansada que no les hago caso, escondo la cabeza bajo la almohada y los dejo saltar, cantar y bailar; bueno eso imagino que hacen, porque siento un ligero temblor en la cama y escucho melodías y risas en lo más profundo del sueño. Sin embargo, cada día me estoy encariñado más con estos pequeños intrusos que revuelven y tiran los juguetes que guardo con tanta devoción y cariño.

Hace tiempo mis vecinas me sugirieron ver a un sacerdote para que espantara, según ellas, las fuerzas malignas de la casa. Vino el padre Prudencio y nomás movía y movía la cabeza de un lado a otro repitiendo la misma letanía: "Descansen en paz, descansen en paz, descansen en paz" al esparcir agua bendita por toda las habitaciones, pero al entrar a mis aposentos empezó a rezar con mayor fervor, porque es el lugar preferido de las ánimas "Aquí están", dijo en voz baja, y por eso escucho ruidos y movimientos tan cerca.

Han pasado los meses y los años y siguen aquí, no se han ido ni con mis regaños, ni con el agua bendita, ni con los rezos del padre Prudencio, porque los que habitan aquí son almas buenas que siempre me acompañan; ahora conocen mis hábitos, saben de mis temores y mis esperanzas, y me han visto llorar y reír muchas veces cuando recuerdo las travesuras y las ocurrencias de mis pequeños que ya no están conmigo desde aquel terrible día cuando se perdieron en el campamento infantil de invierno.

Acantilados

A mi esposo
Francisco Javier

No sé con certeza cómo regresé al mismo lugar ni por qué tengo ahora la capacidad para elevarme por los aires y atravesar cualquier muro y frontera. Me he convertido en una sombra vagando por las calles en una espiral infinita donde solo las almas ambulan en el tiempo, contagiadas de alguna pena. Ya no siento la humedad ni el abultamiento de mi pecho, ahora mis articulaciones son más elásticas y mis pies no se entumen con la escarcha y el frío; soy parte de la oscuridad y del viento, puedo jugar entre los álamos difuminando mi cuerpo entre sus ramas y descender los acantilados de la oscuridad hasta llegar al vértice de la vida, vigilando el destino de mi hija.

Es cierto que puedo vigilar sus pasos y mirarla desde cualquier parte del universo, aunque cierre puertas y ventanas puedo traspasarlas y acercarme para expresarle todo mi amor acumulado aún por el arrepentimiento, pero ella no me escucha, porque mi voz es solo una brisa sin eco y sin sonido, y mis caricias breves palpitaciones de luz.

Ahora estoy sentenciada al silencio y este es precisamente mi condena. Ella jamás podrá oírme, porque para el mundo simplemente no existo, dejé de vivir al amanecer cuando el acero cortó el hilo de mi existencia. Ahora sin remedio debo ambular sin fin en este universo sin tener la paz y el descanso eterno para mi alma, por eso vuelvo siempre a este lugar donde pasé sorteando el juego incierto de la vida.

Ahora tengo distintas facultades en mi nueva existencia que disfruto con intensidad, especialmente cuando ascien-

do al firmamento y el aire desenreda mi cabello y seca mis lágrimas, cuando desciendo la escalera térmica entre nubes, cuando floto y mantengo el vuelo sin más obstáculos que los recuerdos porque estos laceran mi memoria a pesar de la metamorfosis.

Soy testigo de acontecimientos inesperados e íntimos, he presenciado el nacimiento de galaxias y la agonía de algunos ríos, conozco las alas negras de la muerte y la fragilidad inquebrantable del amor. Tengo ventajas sobre el espacio y soy dueña del tiempo, por lo menos del tiempo que se me ha asignado para cumplir mi sentencia.

Estoy aquí, porque un dolor me lacera sin remedio, la preocupación por mi hija me mantiene despierta todo el tiempo, y ahora es más fácil permanecer en vigilia ya que el sueño no es un elemento importante en mis requerimientos corporales, resulta solo un método para olvidar instantáneamente lo que me angustia.

Un presentimiento grave me oprime el corazón sin saber la causa, es tan fuerte que me obliga a ser la sombra de mi hija, seguir sus pasos y vigilar sus movimientos para que nadie le haga daño, por eso intento materializarme. Todos los días practico diferentes formas para concentrar mi energía en una sola parte de mi cuerpo, concretamente trato de ejercer presión sobre mi mano derecha para darle solidez, y tengo la certeza de que mi intento resultará, porque he sentido cómo mis dedos empiezan a tomar consistencia en la sustancia invisible que los contiene.

Este ejercicio se ha convertido en una obsesión, en una función necesaria que me provee de entusiasmo al pensar que pronto sentirá mi presencia junto a ella y la seguridad para ambas de que aún soy parte de su vida. Mi mayor deseo es verla dichosa, y si en ocasiones, se siente el ser más desafortunado

de la tierra es porque todavía no comprende la verdadera esencia de la vida ni capta la dimensión del amor, confundida por las incongruencias y la superficialidad del mundo.

Conforme pasa el tiempo observo con mayor frecuencia sus ojos acerados de tristeza, entonces deseo explicarle que la vida es una oportunidad para ser feliz, aunque se requiere de esfuerzo y disposición para valorar los diferentes aspectos que la enriquecen. Ella aún no descubre el valor de la salud y de la naturaleza que mantienen su equilibrio con el único fin de conservar la vida.

Por su juventud no comprende que el aire y el sol vitaliza y comparte su fuerza con los seres mortales y es el dueño del universo quien trasmite el soplo divino. Tampoco reconoce que los seres humanos tienen una sola oportunidad y un tiempo para disfrutar el maravilloso viaje de la vida, cuyo espíritu permanece en el viento, en los campos, en los mares, en los espejos de la luna, y sus acciones quedarán plasmadas para siempre en el territorio fértil de la memoria.

Cada vez estoy más afligida por ella, la observo ir y venir en la cotidianeidad, y cambiar drásticamente de estados de ánimo; a veces florece como una estrella, pero otras, sucumbe como un lirio sin humedad y permanece sin luz, por eso lamento lo que le ocurre y aunque no tengo el suficiente poder para adivinar sus pensamientos, sé que las dudas la atormentan, pero no puedo intervenir en su vida ni orientarla por mejores caminos a pesar de mis poderes, paradójicamente puedo contemplar los horizontes marinos y volar sobre el eje central del universo y sus asteroides de luz, y danzar entre gotas de lluvia y escuchar la música nocturna desde cualquier ángulo continental, pero no puedo conseguirle una vida dichosa.

El tiempo escapa entre mis dedos, pero ya no me preocupa que se diluya ni me apura la lenta devastación de la belleza,

ni el término de la vida, ahora conozco otros cánones diferentes a la superficialidad y al materialismo, comprendo que la verdadera belleza radica en el alma y aunque ahora solo soy una ráfaga conservo la esencia de la maternidad; han pasado los años y aún siento palpitar la vida en mi vientre sobre todo cuando escucho el llanto de mi hija que sufre en este mundo sin escuchar mis advertencias; nadie atiende mis palabras, mi voz se pierde entre la atmósfera citadina y los ruidos extremos de la modernidad, sin embargo puedo vagar inexplicablemente por las calles y las avenidas, ahuyentando sin querer a los pocos mortales que tienen el don de percibir mi apariencia invisible.

He permanecido pendiente de mi hija mucho tiempo sin poder revelarle mi identidad, aunque tengo la certeza que a veces me presiente, pues al sentarme en la orilla de su cama, despierta mirando a su alrededor en busca de algo o de alguien en la penumbra de la habitación, mientras me delineo a la luz de la vela, tenuemente en sus pupilas, pero desaparezco al hundirme mágicamente en el iris de sus ojos.

A veces escucho el dolor rasposo que la atormenta, el oleaje alterado de su respiración y de nuevo su llanto delgadito y sin fuerza que se eleva como una plegaria.

Este amanecer se ha levantado de prisa, hurgando entre los cajones del armario y extrae de la parte más alta un bulto negro, lo desenvuelve desesperada y nerviosa. Tiene su rostro enrojecido, sus ojos inflamados y su frente húmeda. Empiezo a temblar de pronto al distinguir un arma entre sus manos y me basta solo un instante para comprenderlo todo. Me acerco rápidamente tratando de detener el vuelo de su mano que oprime el gatillo para disparar. Es tal mi desesperación que por

un acto inmaculado de fe, mi mano se materializa, toma fuerza para desviar el arma justo en el momento en que una bala escapa rasgando su frente. Mi hija cae desvanecida y yo junto a ella en esta luna roja en que vuelvo a desintegrarme.

Viaje a la ciudad antigua

Las nubes se desvanecen con el aire y la oscuridad manifiesta lentamente su rostro mientras avanzamos hacia la ciudad antigua de nuestros padres. Mi esposo, aunque se encuentra cansado no quiere dejarme manejar, pretextando estar ya al final del viaje. Los hijos duermen el sueño de la inocencia después de jugar y cantar durante el camino. Viajamos a ciento veinte kilómetros, cuando en una curva rodeada por álamos sentimos que algo golpea la camioneta.

Me sobresalto intrigada y mi esposo dice: "es el viento, mujer, solo el viento." Sin embargo considera lo sucedido como una advertencia e instintivamente empieza a aminorar la velocidad encendiendo las luces como acto de protección, aunque todavía los rayos del sol iluminan tenuemente el camino. Me doy cuenta que la carretera se encuentra solitaria y al comentarlo con mi esposo me dice: "Es verdad hace tiempo que no vemos ningún vehículo y esta es una carretera muy transitada." Seguimos avanzando y sin decir palabra nos concretamos a escuchar la música deseando llegar pronto a casa.

De pronto, alcanzamos a mirar la figura de una mujer alta y vestida de blanco que hace señas desde una orilla de la carretera, levantando desesperadamente su mano derecha para llamar la atención. Fernando no alcanza a disminuir la velocidad en ese momento y pasamos de largo, dejando atrás la figura femenina salida de la penumbra. Seguimos el viaje discutiendo si debemos o no regresar, pues intuimos que la mujer necesita auxilio. "Puede ser alguna trampa", argumento temerosa, pero él no me hace caso, disminuye la velocidad, buscando un espacio para regresar hacia el lugar donde apareció inesperadamente la extraña mujer.

Fernando mide la distancia y con gran cautela empieza a bajar del asfalto. A doce metros de profundidad apenas se distingue un automóvil entre mezquites y huizaches, volcado seguramente por accidente. Mi esposo baja de prisa, diciéndome: "Es grave, vamos a ver en qué podemos ayudar." Nerviosa, le contesto: "Mejor yo me quedo con los niños", pero él agrega tomando una linterna: "Gabriela, los niños están dormidos, cierra bien y acompáñame." Obedezco de inmediato, siguiéndolo hacia la pendiente con el viento frío del anochecer. Descendemos durante algunos minutos, resbalando y haciendo equilibrio entre los arbustos y peñascos del paraje solitario hasta llegar al lugar donde el automóvil se encuentra destrozado. Mi esposo llega primero, dirigiendo la luz de la lámpara al interior del auto y con gran asombro contemplamos un cuadro impactante. Al frente del volante está una mujer con la cabeza herida. Los asientos y su vestido blanco muestran las manchas rojas de la muerte. No puedo respirar de la impresión, sin embargo mi esposo reacciona de inmediato, se acerca y coloca su mano derecha sobre la yugular de la pobre mujer que además tiene el brazo izquierdo atrapado con la placa metálica de la puerta. "Está muerta, no respira", pronuncia conmovido.

En este instante se escucha un ruido en la parte trasera del automóvil; Fernando, dirige la luz hacia donde proviene y vemos en el piso algo que se mueve entre la oscuridad. Nos miramos asombrados y sin decir palabra mi esposo me entrega la linterna y trata de abrir la portezuela de atrás sin lograrlo, entonces se inclina por la parte delantera para tomar un pequeño bulto que bajo la luz se manifiesta más claro. Son varias cobijas, y nervioso me dice: "Gabriela, alúzame, parece un bebé." En efecto, al desenvolver las cobijas aparece un bebé sofocado seguramente por el golpe y enrojecido

por el llanto. “Tenemos que dar aviso y llevar al niño a donde lo puedan atender –indica Fernando, apretándolo contra su pecho cuando empieza a llorar.”

No sé por qué, al momento de retirarnos, se me ocurrió dirigir la luz a la mujer muerta. Al mirarla con mayor detenimiento la identifico plenamente ¡es ella! la dama que vimos flotar con su vestido blanco al borde de la carretera.

El río

Nuestros caballos a galope sorteaban el enjambre de huizaches y mezquites tratando de llegar al rancho, mientras la lluvia humedecía lentamente la tierra y nuestras ropas. En el camino nos dijeron unos cazadores que el arroyo venía crecido, así que al llegar intentamos cruzarlo en diferentes puntos hasta donde parecía más tranquila la corriente. La tarde nebulosa se intensificó dejando que la oscuridad nos invadiera por completo. Sin poder dar marcha atrás por la densidad de la noche e impulsados por el reflejo de la luna que se retrataba en el agua decidimos atravesar la corriente que ya cubría las patas de los caballos encabritados.

Reforzamos la rienda, obligando a los animales a avanzar a pesar de la fuerte corriente, cuando escuchamos el grito de un hombre pidiendo que le cruzáramos al niño que traía en brazos. Como mi primo Manuel ya iba más adelante, sentí el deber de ayudar al desconocido que sufría seguramente el mismo apuro que nosotros.

El desconocido se acercó y sin dar explicaciones me entregó un bebé envuelto en cobijas; cuando voltee para indicarle que montara en las enancas del caballo, había desaparecido y por más que lo divisé hasta donde se distinguía en la oscuridad el contorno de las cosas, no lo vi, por eso pensé que se había lanzado al agua para nadar hasta la orilla; entonces sujeté fuertemente la rienda para obligar al alazán a obedecer, ya que empezó a elevar con desesperación la cabeza tratando de evadir la bravura del agua.

En esa lucha estaba obligando al alazán a obedecerme, cuando me di cuenta que Manuel alcanzó la orilla sin contratiempo.

Al llegar al centro del torrente sentí que el niño pesaba más que al principio y dentro de mi confusión comprendí que el peso era demasiado para su tamaño, pero lo que me urgía en ese momento era controlar al alazán que más nervioso, movía la cabeza de un lado a otro, presintiendo un gran peligro. De nuevo volví a sentir el peso de aquella criatura, y con el estruendo de los relámpagos y la fuerza intempestiva de la lluvia aumentó mi angustia. Pesaba tanto aquel bulto que intencionalmente le busqué la cara, y alcancé a verlo en el mismo instante que un rayo iluminó su rostro; entonces con espanto descubrí su carita rabiosamente diabólica que al sonreír me mostró sus colmillos de fiera.

Veintiocho de diciembre

Estaba sola en mi casa, mi esposo andaba de viaje y mis hijos en una fiesta. Aproveché para arreglar bastillas y terminar una novela de suspenso. A media noche me pareció escuchar ruidos en la planta baja, pero después el silencio se extendió por toda la casa, me pareció extraño, entonces decidí ver qué sucedía: llegué al borde de la escalinata, bajé la mitad de los escalones, y desde ahí revisé la parte inferior y me pareció todo en orden.

Subí de nuevo los peldaños, pero algo me hizo voltear y fue entonces cuando surgió mi temor al ver una sombra en el quicio de la puerta del estudio. Noté que alguien se movía con rapidez para esconderse, al descubrirlo mi primer impulso fue gritar, pero me contuve pensando en protegerme con las tijeras que había dejado minutos antes en el buró de mi cama, pero sin que eso me convenciera fui por la pistola que guardaba mi esposo. Me puse a buscar el arma en el antiguo ropero, pero al no encontrarla decidí mejor ir por las tijeras, sin embargo al salir de la habitación me estremecí al ver a un hombre subiendo por las escaleras, su rostro me aterrorizó y retrocedí instintivamente, mientras él subía tan rápido que pronto quedó cerca, decidido seguramente a atacarme, entonces empecé a gritar desesperada: "Rodolfo, tráete la pistola, Rodolfo."

El hombre se detuvo cuando escuchó mi voz alterada por el miedo, pero sin inmutarse siguió acercándose más, lentamente, desafiándome al darse cuenta que no tenía escapatoria, entonces, presa de la angustia estrujé la bata de nervios y fue entonces cuando sentí el metal en una de las bolsas, sujeté las puntas con fuerza en el preciso instante en que el hombre se

lanzó sobre mí y de un solo movimiento enterré las tijeras en su pecho, de inmediato se contrajo en un quejido de dolor y la sangre empezó a brotar, salpicándome.

La cara del intruso mostró una espantosa sorpresa, sus ojos me miraban aterrados, parecían suplicantes, pero yo en lugar de soltar el instrumento de costura lo encajé más en su carne, entonces cayó a mis pies tratando con sus manos de detener, inútilmente, sus palpitaciones sangrientas.

Escarlata

A Mario Arras,
mi maestro por siempre

Ha dormido horas y horas sobre el sofá empolvado por el tiempo, de pronto abre uno de sus rasgados ojos, despertando como si obedeciera una orden extraña. Baja estirándose con facilidad, se desliza por el jardín hasta llegar al jacuzzi donde el agua templada se apropia de su cuerpo blando y elástico. Las manchas amarillas se intensifican con el agua en las partes más fibrosas de su piel. Se sumerge de nuevo, empieza a nadar pausadamente, y sin prisa va dejando una estela raída y alargada en la superficie, una ruta instantánea que se difumina suavemente con el fluir del viento que sopla ligero sobre el agua.

"Estoy aquí esperándote en tu propia guarida, aquí en nuestro nido que abandonaste por irte a buscar fortuna o ¿fuiste a buscarla a otras tierras?"

La casa permanece solitaria, a veces llega una mujer a limpiar y a dar comida a los perros, el jardinero, a regar el pasto cumpliendo sin esmero, su trabajo.

"Estoy mejor ahora, parece que el dolor se ha ido, ya no siento que se me retuercen las entrañas ni que me explota el… ¿tendré corazón? Ahora puedo dormir y disfrutar las tardes soleadas y las noches frescas de tu casa; digo tu casa, porque siempre fui para ti una extraña que compartió una etapa de tu vida."

Los días pasan en la mayor quietud, ella está pendiente de los ruidos, de los movimientos, de los pasos… "Entrar y apoderarme de tu territorio, fue más fácil de lo que pensé, pude entrar sin ningún problema, pues los perros reconocieron mi aroma aún con mi cambio corporal."

Ella se esconde cuando alguien llega o anda por la casa. Elige cualquier rincón y se guarda inmóvil, a veces confundiéndose entre el paisaje decorativo de las plantas y las cortinas o entre los dibujos matizados y oscuros de las alfombras. Sale triunfante cada vez que la casa queda solitaria, sin testigos para su plan, sin impedimentos para lograr sus propósitos…

"Sé que algún día volverá, y entonces tendré la oportunidad de mirarlo nuevamente a los ojos."

La empleada ya nada más viene una que otra vez, limpia los muebles más próximos a la entrada y sale de prisa después de revisar los grifos de los baños y la cocina; el jardinero no ha vuelto desde que empezó la temporada de lluvias.

"Miraré sus ojos negros y entonces terminarán sus sueños." Esta idea pura y soberbia la sostiene noche y día; claro que a veces desea salir al mundo, pero una obsesión la hostiga y la paraliza en el mismo sitio. "Los perros que antes ladraban y ladraban ya se cansaron de ladrar, ahora solo comen higos que caen sobre la hierba…"

Ha entrado alguien… Se escuchan pasos en el pasillo que se encaminan a la sala, y avanzan torpemente entre los muebles… Ella duerme el sueño prolongado de la espera, pero despierta de pronto al escuchar los ruidos y apenas tiene tiempo suficiente para escabullirse atrás de un sofá.

Un desconocido con ropas raídas y sucias dirige la luz de su lámpara encima de los muebles y al descubrir una repisa chapeada intenta abrirla; jala con fuerza, pero la cerradura no cede, entonces, el hombre extrae de entre sus ropas sucias una segueta y empieza nervioso a cortar la parte más delgada.

"Puede ser un ladrón, pero nadie debe saber que me encuentro aquí, nadie… Nadie…"

El hombre, después de varios minutos logra abrir la repisa, extrae algunos objetos de plata, los echa en un saco buscan-

do la salida apurado, agarrando y tirando algunas cosas en el camino. Sale, se pierde como una sombra sin peso y sin sonido dejando abierta la ventana del jardín. El viento fresco invade la casa. Ella respira gratamente sin dar importancia al intruso, recordando los placenteros días del amor, pero emite una sentencia: "Te cobraré todo lo que me hiciste sufrir… Tendrás que pagar por tus engaños."

Permanece en calma y con la mejor disposición: "No importa cuánto tardes." Sigue ahí, asechando las horas, hilvanando los días, cultivando los meses, esperando tal vez años a que regrese para mirar de nuevo sus ojos negros de traición y muerte. Continúa esperando con verdadera paz, envuelta en la quietud más lenta y más fría que la circulación de su sangre.

Transcurre el tiempo, se precipitan lentamente las arenas del reloj. Las hojas de los árboles adquieren el color ocre del otoño y un viento nuevo trae luz medieval a los recuerdos. Era buen amante, realizaba un ritual mágico que la envolvía con su hechizo y su encantamiento. Caía sin remedio entre sus brazos con la tibieza del verano y con la redención del invierno. Su mirada era el embrujo que adormecía su razonamiento; la convertía en una tierna gaviota que se abandonaba en la musculatura febril de su cuerpo.

"Los perros babean de encierro y de hambre… El jardinero olvidó desencadenarlos… Sufren ahora la misma rabia que me transformó."

***

Finalmente ha llegado el día que anhelaba con esperanza, la sombra del recuerdo se asoma a los umbrales de esta casa

vacía. El péndulo en movimiento produce el sonido final de su historia. Ella abre los ojos destellantes e inmaculadamente húmedos. Sabe con certeza que ha llegado, lo percibe en cada poro de su piel texturizada, escucha sus pasos resonantes en la loza del pasillo, y el sonido de las valijas que caen en la entrada de la habitación, mientras ella se escabulle sin prisa entre los cojines que están encima del lecho… La sábana de seda cae hacia un lado, mientras ella oculta entre los pliegues del edredón, la extrema delgadez de su cuerpo.

Las luces exteriores penetran por los ventanales e iluminan los muebles y la figura de Oswaldo, quien de un solo movimiento se desploma en actitud de derrota: se hunde extenuado entre la espesura del lecho, cansado de su largo viaje y sus excesos. Parece que las luces exteriores se intensifican cuando ella acerca su cabeza extremadamente ancha, y con sus ojos vibrantes mira ansiosa y por última vez sus pupilas negras. Sin reproche alguno sostiene la mirada de Oswaldo angustiante en el último instante, y solo le basta la rapidez de un relámpago para extenderse y dar el golpe mortal en su cuello: "Te devuelvo todo el mal que me diste con tus besos." En la almohada aparece un minúsculo punto escarlata…

Sigilosa sale de la casa, deslizando su cuerpo esbelto, frágil y elástico entre la húmeda oscuridad del jardín.

La espera

A Helvia

Doy varias vueltas alrededor de la mesa, una, dos, tres y giro sobre mis talones y vuelvo a dar una, dos tres, cuatro, cinco vueltas más alrededor de la mesa y giro de nuevo sobre mis talones y vuelvo a dar una, dos, tres vueltas más, caminando en círculos por la desesperación: pensando, pensando, ¿por qué diablos me dejaste de querer? Vuelvo a dar una, dos, tres, una vez más, otra vuelta, una más alrededor de la mesa, pensando ¿por qué diablos me dejaste de querer? Si te he dado mi tiempo, mis esperanzas y mis mejores sueños embrujada por tu olor; si te he dado mi cuerpo sano fortalecido por el ejercicio; claro que sin exageraciones, sin cirugías ni artificios; ¿qué más quieres?, ¡hombre imbécil!, ¿qué no miras tu cuerpo flagelado por el tiempo y los excesos?

No sé por qué debo confesar esto a usted, si no es ningún padre de la caridad ni sacerdote; si es solo un representante de la justicia. Ante todo deseo comentarle que soy una mujer que ha sufrido y se atormenta por el amor que se presenta con apariencia de ternura y fuego, pero que es inevitablemente efímero, pues se evapora cuando uno menos lo espera, por su inconstancia, por su terrible fragilidad y por la deshonrosa palabra de los hombres. ¡Y mire lo que son las cosas, ahora todo este calvario de revisiones y preguntas, de exponerme a la crítica y hasta el desprecio, después de visitar el infierno!

¿Por qué me dejaste de querer?, ¿por qué te vas con tus amigos en noche de luna? ¿Con tus amigos?, me pregunto desconsoladamente. Por qué me dejaste de querer si no veo telenovelas enajenantes, ni programas vulgares, ni me mantengo en los té canasta apostando lo que no tengo, ni tampoco me voy a tomar la copa con amigas, ni me dedico a hacer chismes, y menos a exterminar enemigas con difamaciones injustas y crueles, ni me junto con las infelices por su producción de envidia, ni con las que fortalecen su autoestima resaltando las líneas del cuerpo, ni pierdo el tiempo en cafés con las parlanchinas del club, ni tampoco saturo las tarjetas en Palacio de Hierro comprando ropa de vanguardia que no tiene fin, ni soy como las compañeras que van los jueves a la jugada a jugar el juego maligno del nuevo infiel, ni frecuento la ruleta desafiando mi suerte en el casino, ni tampoco abrevo en la psiquiatría con pagos excesivos, ni consultas médicas para liberarme del hastío, de enfermedades inventadas o flechas de indiferencia o de la carga esquizofrénica de los celos… Y pensar que todo por tu terrible culpa sufrí tanto: me clavaste una espada aquella, aquella noche abominable cuando descubrí tu negra traición, aún así con la cabellera al viento, me sacudí el polvo y me incorporé a la vida en la perturbación del miedo, elevando mis manos al cielo.

Curaste mis heridas con besos apasionados en un arrepentimiento estéril y fugaz para dejarme de nuevo en la hora más hiriente del recuerdo, después de disfrutar sin merecer, ingrato, los frutos de mi perdón.

Doy una vuelta, una y otra más alrededor de la mesa como otras noches en que me domina el sentimiento y se incrementa mi desesperación ante tu conducta extraña, incongruente, contradictoria, mientras el tiempo transcurre lento, lento como cada día, como cada atardecer, interminable, sutilmente

lento y agobiante imponiéndome como hierro ardiente este silencio.

Ahora escucho el ladrido de los perros bajo la palidez de la luna, me asomo a la ventana tratando de evadir con firmeza el advenimiento de tu olvido y entonces escucho pasos… ¿Son tus pasos? Sí, claro, has regresado a nuestra casa. Finalmente has recapacitado, has reconocido tus errores y has regresado a mis brazos.

Son tus pasos, claro, los reconozco en la quietud de media noche… Son tus pasos que te conducen hacia mí. Finalmente has comprendido que eres un ingrato: ¡Mi cruel y terrible amor, sabes que te amo tanto!

Son tus pasos… al fin. Avanzo hacia la entrada esperando que abras la puerta para abrazarte. Reconozco tu figura remarcada atrás de la puerta.

Se rompe el cristal de golpe… Las hojas se abren intempestivamente, un hombre cae sobre mí.

¡No son tus manos ni el olor de tu cuerpo, no es tu peso sobre el mío, no es tu respiración, ni tu aliento!

Mi pluma se encaja en su garganta.

Visiones

Un zarpazo de llamas me despierta, siento olas de fuego que abrasan mi cuerpo cuando trato de incorporarme. El sudor empapa mi ropa y solo alcanzo a distinguir objetos, destellos de intensa luz, círculos de diferentes dimensiones que se reproducen constantemente. El vértigo empieza a dominarme y ya no puedo sostenerme en pie, sin embargo hago un gran esfuerzo apoyándome en los muebles para caminar.

Siento que las luces se incrementan, intermitentes y exageradas, los foquitos multicolores del árbol parecen ojos de sapos que me miran con locura; el verde hiere mis pupilas, el amarillo es relámpago que me obliga a cerrar los párpados, el rojo es un intenso fuego que quema sin tocarme. Las distintas figuras de adorno adquieren una deformidad monstruosa. Los siervos y los camellos de felpa son seres extraños de otro planeta. Los caballos y las ovejas son animales mutilados y apocalípticos. Santa Claus, con rostro iracundo se convierte en un golem desfigurado y ridículo que se acerca sonriente.

Las esferas giran y giran en una espiral infinita donde se va alojando la incredulidad y la desconfianza. Los ángeles encantados en el árbol se volatizan de pronto dejando una estela raída de espuma negra.

Nadie detiene mi caída, cedo de golpe. La dureza del suelo se mueve de un lado a otro, se expande y se reduce multiplicando imágenes que cambian de color y de forma. ¿Qué me pasa? Mi pulso acelerado, mi mente confusa. ¡Estoy mal! El clima se torna intolerablemente frío y la humedad filtra mis huesos, pero contradictoriamente siento después un calor intenso que me sofoca. Mi cabeza da vueltas, el contorno de las cosas se pierde entre la nebulosidad que habito. El mareo

me ocasiona una terrible náusea y solo puedo avanzar arrastrándome para llegar al baño. Estoy frente al retrete asida a él como si fuera el único recurso para afianzar mi condición humana. Mis sienes palpitan con vigor, siento que la cabeza me explota y que mis ojos se inflaman con esta fiebre convulsa.

Me pierdo en un extraño laberinto, me desprendo fácilmente de los cuadros, de los muebles, de canastillas, de los adornos de terciopelo y de todo lo que se encuentra alrededor. Nada detiene mi desconcierto, sucumbo en un sopor inclemente donde no comprendo lo que sucede. Empiezo a imaginar sombras, figuras que a veces me parecen siluetas femeninas y otros seres extraños que invaden mi territorio. También escucho voces más allá de mi conciencia. Son conversaciones lejanas, extrañas, duplicidad de sonidos indescifrables e incongruentes, pero reconozco que son producto de mi mente confinada por el encierro.

Las figuraciones pierden vigor, han sido apariciones, producto de un mal sueño, ¡sí, pesadillas! Mi imaginación débil, enfermiza o tal vez… será que… Siento gran debilidad, y un sofocamiento mayor anula los intentos que hago por sobreponerme. No tengo noción del tiempo, no sé cuántas horas han transcurrido desde que empecé a ver animales moribundos por todas partes.

Por instantes creo recuperarme, apenas puedo abrir los ojos y con gran dificultad percibo entre los destellos de las esferas radiantes, la mano de Roberto que gentil me tiende un vaso con agua y vuelve a darme el medicamento. Su mano es cálida y fuerte. Rigurosamente musculosa, y… la detengo por uno momento, pero escapa ágil, huye ligera y segura. "No te vayas" suplico con el eco de mi respiración, detengo entre mis labios las palabras delgaditas y sin fuerza que finalmente se pierden… No me escucha… No me atiende…

Respiro hondo, profundo, inhalando una y otra vez el aire, tratando de controlar mi cuerpo cuando la náusea se incrementa, y empiezo a vomitar de nuevo. Expulso la patética duda que lastima mi memoria. Quedo exhausta, ya no tengo fuerzas ni siquiera para mover los ojos.

El dolor de cabeza me hace temblar, estoy entumida por la frialdad del piso, y ajena me pierdo sin tiempo en un vacío interminable, me deslizo en un pozo donde solo habita la oscuridad. Sin embargo no suelto la vida, me adhiero esperanzada a la última partícula de realidad. ¡Tengo que recuperarme! ¡Tengo que estar bien!

A lo lejos, vuelvo a escuchar voces, murmullos que no logro identificar. Mi percepción se agudiza, fijo la vista tratando de distinguir las figuras y sombras de la habitación contigua. ¿Figuraciones de nuevo? ¿Otra vez las mismas imágenes? Es mi mente confusa que inventa cosas, seres extraños, personas desconocidas… No sé, ya la oscuridad me invade, y no quiero pensar.

No sé cuánto tiempo ha trascurrido, pero ahora puedo ver mejor entre la penumbra. Me voy recuperando poco a poco, me incorporo con dificultad. Ahora descubro todo, veo cuando mi esposo la besa y la acaricia. ¡Es ella! Mis manos caen, ceden de nuevo ante la oscuridad que me gobierna. Vuelvo a caer en delirio, expulso toda la rabia que me sofoca. ¡Es ella!

La oscuridad del visón

Una tarde de invierno, Armida estaciona su automóvil cerca de la Quinta avenida, una de las más cotizadas de la ciudad de Nueva York, donde se encuentran infinidad de tiendas que exhiben el último *crie* de la moda. Camina frente a los aparadores atraída por el poder de la novedad, en el recorrido por los establecimientos de vanguardia, encuentra una tienda A. Giorgio Collection, Inc, direct importer, fine furs & leathers que la atrae irresistiblemente por el original anuncio "Pieles genuinas para tu piel." Entra fascinada al ver las pieles más bellas del mundo. Descubre un abrigo de piel exótica que luce majestuoso sobre el maniquí, y comenta a la dependienta, mujer de aspecto extraño, su deseo de probárselo. La dama le muestra varios modelos similares al del aparador, pero ella insiste en probarse el modelo que se encuentra a la entrada. En esos momentos se acerca un caballero de intensos ojos negros que la mira fija y detenidamente. Ella se pierde en las pupilas que le despiertan una inesperada inquietud. El dueño ignorando a su empleada, le pregunta:

—Deseas probarte el abrigo, ¿verdad?

—Sí, por favor…

—Ven, yo te lo muestro –indica– soy Omar Kuslim, ¿te gusta nuestra tienda?

—Sí, señor… Tienen poco tiempo aquí ¿verdad?

—No, no, lo que sucede es que cambiamos de giro, ahora estamos probando suerte con la piel.

—Es un buen negocio, aunque muy criticado por las formas de conseguirla, ¡pobres animales, qué culpa tienen!

—Es una industria como otras, además recuerda que el hombre desde épocas cavernarias se cubría con pieles.

—Lo sé, pero ahora es distinto, hay otras alternativas, además no siempre se usan por el frío, sino por banalidad… Pienso que… Bueno, creo que usted no tiene porqué saber…

—Pero intuyo, créeme. Adivino el pensamiento femenino, por ejemplo sé lo que estás pensando en este momento.

—Es muy fácil, piensa usted que solo quiero lucir las pieles sin tomar en cuenta la crueldad con que se consiguen.

—No siempre…

—Siempre, porque ¿cuántos mueren en las terribles trampas solo para que los humanos aumenten su estatus y su frivolidad?

—Eres muy radical…

—Es que hay miles de especies en extinción y a pocos les importa… No hacemos nada…

—No digas eso, y háblame de tú. Se nota que eres sincera, porque reconoces tu atracción por las pieles y respecto a lo demás es cuestionable, ¿no crees?

—Ahora solo quiero probarme el abrigo –agregó Armida– cambiando drásticamente la conversación.

—Claro, mira nada más que belleza… Te va a encantar.

—Es demasiado largo, me hubiera gustado tipo chanel o más corto.

—Es el largo perfecto para ti: tienes buena estatura.

El iraní la ayuda gentilmente a quitarse el saco de lince, y entonces descubre un cuerpo delgado, y contempla con fascinación el overol negro que ciñe la estilizada figura, después coloca la prenda en el perchero, toma el visón oscuro y con exquisita delicadeza la viste, mirándola detenidamente a los ojos.

—No le he dicho mi medida –replica ella esquivando la mirada– ¿acaso adivina?

—Eso es fácil cuando se tiene tiempo en este negocio; la supe desde que te vi entrar –aclara Omar sin mentir.

Termina de ponerle la prenda y sin soltar la solapa la sigue mirando. Ella recibe su mirada y escucha el ritmo acelerado de su corazón. Él, a propósito, acomoda con gran lentitud, varias veces, el cuello del glorioso abrigo.

—Ya ves, te queda exactamente. Mírate –exclama el propietario– luces espléndida.

Armida se mira orgullosa al espejo, y acariciando la textura sedosa de la piel dice para sí: "Es hermosa", reconociendo que acentúa su belleza.

—Te quedaste seria, ¿en qué piensas?

—En la cantidad de animalitos que tuvieron que morir para hacer este abrigo, ¿cuarenta o cincuenta?

—Depende, si son salvajes o de cultivo… Si son de cultivo como treinta…

—¿Los cultivan?

—En criaderos, y ahí no se usan trampas. Ya ves… No sufren…

—Pues de todas formas, qué ingratitud. Viven encerrados su corta vida.

—Modela pues ese bello ejemplar de la naturaleza. Ese visón es para ti.

—Costará una fortuna –argumenta ella como defensa.

—Tú vales una fortuna –agrega el hombre– puedes poseerlo si tú quieres.

—Existen pieles que no tienen precio –afirma desafiante la joven.

—¿Estás segura de lo qué dices? –añadió él, mirándola con fuerza secreta, mientras se sitúa frente a ella, y empieza a cerrar lentamente el primer botón, y sin dejar de mirarla abrocha el siguiente de la misma forma, y cuando va a cerrar el

tercero se detiene, no concluye su objetivo, suelta la prenda y enseguida desliza ambas manos sobre el busto de Armida que detiene la respiración. Ella, advierte de pronto que el hombre no mide su atrevimiento y piensa que debe reclamarle, pero la sensación que ha despertado se torna más fuerte que su razonamiento. Durante instantes se sumerge profundamente en la oceanía oscura de sus ojos enigmáticos.

Intenta sobreponerse al hechizo, pero el varón desprende su broche, y el cabello cae como cascada sobre sus hombros simulando una flama húmeda y cobriza. Él se acerca para aspirar el perfume del cabello, después se inclina hasta el cuello para besarlo. Ella siente un ligero temblor entre sus muslos y se deja besar sin moverse siquiera. No puede creer lo que está viviendo, un encuentro insólito, no puede ser, si hace apenas unos minutos que ni siquiera sabía que ese hombre pudiera existir en el universo, y ahora está aquí, pegado a su cuerpo y besando ardientemente su cuello, entonces trata nuevamente de reaccionar, pero él la sujeta con firmeza por el talle y enseguida desabrocha los botones recién cerrados para explorar una tierra desconocida.

Recorre las curvas sinuosas de sus senos, la brevedad de la cintura y un estremecimiento entero lo sacude. Ella cede ante la fuerza que la gobierna, cierra los ojos y se deja llevar por la extraña marea del deseo.

—Señor… Omar… No está bien que usted… –Armida apenas puede pronunciar por primera vez aquel nombre.

—Dime, te escucho –responde él con palabras delgaditas y sin fuerza.

Ella no responde, siente la suavidad placentera del visón, y se deja llevar en ese lugar anónimo donde flota una brisa apenas perceptible y una música lejana, de un país extranjero que no logra identificar.

Esa noche la besan como nunca la han besado, la acarician como nunca la han acariciado y se pregunta si por el efecto retroactivo del engaño o por el hecho de robar intimidad a la fortuna se siente de esa manera. Se pierde en sentimientos contradictorios, piensa que no es necesario justificar ese encuentro sublime, pero también concibe por momentos, indecisa, imponer su rechazo. Cierra los ojos mientras él retira con lentitud la espesura del abrigo, y lo deja caer, enseguida retira también el overol dejando al desnudo los senos ámbar de la joven.

Ella se ocupa en imaginar dónde empiezan a tornearse los hombros del iraní, a imaginar su dorso y a delinearlo con sus manos, recorre sin prisa la estepa suave de sus hombros, fina como la piel de visión, hasta detenerse en el surco de la espalda para después rodar sigilosamente sus palmas hasta el declive íntimo del muslo. Ambos se sumergen en una espuma de placer tendidos sobre la oscura naturaleza animal. El tiempo no existe, el reloj deja de activar sus manecillas. Todo se detiene, el mundo, el ruido, la realidad. Ella solo siente un dulce peso sobre su cuerpo y una rítmica ascendencia en su vientre.

***

Horas después despierta sola y desconcertada en la oscuridad, se incorpora, se viste con torpeza, y se da cuenta que ni él ni el abrigo están ya en la habitación, sale de prisa y encuentra a la dependienta cerrando las grandes puertas del establecimiento.

—Señorita, espere –solicita nerviosa– ¿y el señor? Tengo que verlo.

—Ya se fue, pero aquí le dejó el número de su teléfono –contesta la empleada misteriosa, entregándole una tarjeta sin levantar la vista.

—¿Y el abrigo que me probé? –pregunta confundida.

—¡Ese abrigo es del señor!

—Quiero comprarlo, es mío –expresa, tomando una decisión impulsiva, porque sin preguntar el costo de la fina prenda, extiende a la dependienta, una de sus tarjetas bancarias.

—¡Ese abrigo no está en venta!

—¿Cómo no? ¡Quiero llevármelo!

—No insista, ya no tengo ese abrigo…

—Hablaré con su superior –agrega la joven, visiblemente molesta y sale con arrebato.

La noche ha extendido sus alas, las luces intermitentes de los aparadores han disminuido. Escasos clientes circulan por la Quinta Avenida porque a esas horas empiezan a salir espíritus vagabundos, sombras peregrinas que se adhieren a las paredes de la noche, fantasmas anónimos entre la oscuridad y el frío. Armida marcha apresurada y nerviosa hasta el estacionamiento donde dejó su automóvil, y regresa a casa entre la avalancha luminosa de los autos.

Esa noche no puede dormir, la emoción la inquieta, sueña una y otra vez con aquel hombre de piel ceniza. No deja de pensar en sus ojos profundamente sombreados y menos en aquella entrega inverosímil.

Al amanecer solo espera la hora oportuna para llamarlo, siente la necesidad imperiosa de escuchar su voz y sobretodo saber por qué se ausentó sin despedirse.

—Buenos días, señorita, por favor con el señor Kuslim. Sí, señorita, escucha usted bien, páseme por favor al señor Omar Kuslim. ¿Cómo dice usted? ¿Pues quién es el dueño? ¿El señor Jack Ermia? No, no lo conozco, ¡páseme al señor Kuslim! Sí, ya oí, pues ¿qué no es ahí, la tienda "Piel genuina para su

piel?" ¿Cómo qué no? Si ayer estuve en ese lugar. Dígame ¿es el número 313-645-667? ¿Qué ahí no venden pieles señorita, qué nunca las han vendido? No puede ser. Mire, déjelo, usted no entiende nada –afirma con indignación la joven, colgando el auricular del teléfono.

Armida conduce impaciente por el *freeway* que a esas horas de la mañana va sumamente congestionado hasta llegar después de una hora al centro de Nueva York, deja el automóvil en el estacionamiento y se encamina de prisa por las mismas calles que recorrió el día anterior, se va ubicando y desde una de las esquinas reconoce la tienda identificada por el impactante jaguar de cobre que se mantiene en la entrada, aunque ahora el aparador exhibe ropa diferente. Llega decidida a averiguar lo que ocurre, pero cuál va siendo su sorpresa al encontrar todo completamente distinto. Entra y se queda mirando estupefacta el interior del establecimiento. De inmediato sale a su encuentro una joven pelirroja de minifalda que muy sonriente le ofrece las bolsas y los zapatos más estrafalarios de moda.

El mismo aparador que exhibía exuberantes y exóticas pieles naturales, muestra ahora chaquetas de mezclilla ácida y pantalones de campana valenciana con telas raídas y despintadas a propósito.

—¿Le muestro alguna prenda?, ¿algo especial? Seño, dígame… ¿Qué anda buscando?

Armida no puede creer lo que está viendo y sin responder las preguntas de la empleada que la sigue al interior, avanza reconociendo de inmediato el lugar donde estuvo antes, pero ahora con una decoración diferente.

No hay duda, es la misma tienda, el mismo lugar, los mismos candiles góticos, idénticas las columnas y el mismo

estilo de marcos extraños, y al fondo de una de las piezas, en la pared más amplia, luce avasallante el mismo espejo arquitectónico donde el día anterior ambos se miraron desnudos. El piso pudiera ser la clave, pero no recuerda, solo tiene en su memoria la sedosa oscuridad del visón donde durmió con el hombre de piel ceniza.

El círculo

Era de ciudad fronteriza y usaba la ropa extremadamente pegada a la piel. No se parecía a ninguna artista, pero vestida así llamaba poderosamente la atención. Ella también ganó el viaje de Cartier a Mazatlán, en hotel cinco estrellas, con todos los gastos pagados.

Bajamos del avión aquella mañana lúcida con el esplendor de la costa. El hotel Sheraton era un consorcio moderno envuelto entre palmeras y nubes. El primer día tuvimos actividades de integración, las asistentes éramos de diferentes partes de la república. Había mujeres altas, delgadas, jóvenes, morenas y pelirrojas, también rubias y bajitas. Parecíamos un harem, conjunto de damas al azar, donde la edad y la condición social diferente no impedían un ambiente agradable y afectuoso. Ella participaba en todo, quería ser la modelo, repartir cosas, ganar premios y además interrumpir todo el tiempo. Hubo momentos en que me pareció insoportable por su afán de sobresalir a base de lo que fuera, aún de quedar en ridículo.

La última noche tuvimos una cena de gala y todas llegamos muy arregladas como si asistiéramos a un baile. Durante la ceremonia entregaron placas de reconocimiento a las mejores vendedoras de las diferentes áreas del norte. Nos sentíamos altamente gratificadas y triunfadoras; nuestros esfuerzos tenían recompensa con aquel viaje que nos hizo olvidar problemas y deberes. Esa noche, recuerdo, Ella no cenó, se dedicó a beber y a reír por cualquier cosa. Al terminar el evento algunas compañeras decidieron visitar El Valentino, y la directora de la compañía me pidió que las acompañara.

Solo estuvimos breve tiempo en aquel castillo medieval, porque la poca asistencia masculina las desanimó, sobre todo a Ella que propuso ir a otro sitio, y como la mayoría estuvo de acuerdo salimos al malecón, pero siguiendo una corazonada les dije que era tarde y que estaría mejor regresar al hotel, pero Ella alterada, me desafió diciendo: "Oye, ¿qué te pasa, *pos* qué no venimos a divertirnos? –aunque me molestó el tono agresivo de su voz preferí no contestarle."

Esperábamos que pasara una *pulmonía* cuando Ella cambió nuestra suerte diciendo: "Miren, ahí hay buen ambiente –y señaló un antro al aire libre enseguida del Valentino, el Bora Bora." Nos dirigimos al lugar, y en la entrada, a diez metros de distancia, varios hombres bailaban festejando en círculo la danza exagerada de una gringa; por momentos uno de ellos se acercaba para bailar acoplando a su cuerpo sus movimientos rítmicos e insinuantes, mientras los demás también bailaban jubilosos como si ejecutaran un ritual africano o de algún carnaval. Por supuesto que a mis compañeras les pareció atractivo el show bajo la luz mercurial, nomás yo, me sentí incomoda ante el baile dionisiaco y el temblor estridente de la música.

Cruzamos la reja y nos sentamos en la barra. Ella y dos de sus amigas se aproximaron al círculo. Apenas terminamos una Pacífico cuando miré atónita que Ella ya se encontraba en el centro del calor humano, bailaba como poseída por la diosa Convulsión con movimientos candentes y provocativos frente a un extraño que la empezó a acariciar mientras los presentes reían a carcajadas, festejando el atrevimiento. Permanecí inmóvil sin creer lo que estaba viendo y me preguntaba cómo Ella permitía semejante abuso, pero era imposible que adivinara mis pensamientos si se dedicaba a disfrutar el momento como si fuera una bailarina de *table dance*.

Sin pensarlo me acerqué al grupo y le grité: "Ya vámonos."

Ella no escuchó; la música y su cuerpo agitado sin control impedían que mi voz llegara a sus oídos. Entonces le pedí a una de sus amigas que la rescatara a como diera lugar.

Delia rompió el círculo ante las burlas de aquellos hombres que sin recato intentaron también adherirla al grupo para obligarla a bailar, y logró finalmente tomarla del brazo y que le hiciera caso. Al verse presionada, regresó a la realidad recuperando supuestamente la cordura, salió del centro de júbilo y lasciva, pero empezó a discutir con su amiga, después se dio media vuelta enojada, y se dirigió al baño. Delia se aproximó a nosotras diciendo: "Ya la convencí, ahorita nos vamos."

Pedimos la cuenta y pagamos al mesero, pero como Ella tardaba en regresar me pareció demasiado para seguir esperando y fui a buscarla, y cuál va siendo mi sorpresa que en el baño solo estaba una empleada limpiando, en seguida me acerqué al de caballeros llamándola, pero solo oí como única respuesta un fuerte gruñido.

Alarmadas empezamos a preguntar a los meseros si la habían visto marcharse, pero todos se limitaban a decir: "No me fijé." Algunas compañeras regresaron a buscarla al Valentino, otras llamaron al hotel, yo decidí esperarla, porque supuse que se había ido con el mismo hombre del baile cuando me di cuenta que ni él ni sus amigos estaban ya en el bar; en ese instante empecé a sentir un grave presentimiento. Esperamos una hora y nada, esperamos cuarenta minutos más hasta que nos dijeron que iban a cerrar, así que pedimos un taxi y regresamos preocupadas al Sheraton, suponiendo una y otra cosa, y discutiendo sin resolver nada.

El edificio estaba iluminado por una luz halógena que contrastaba con la oscuridad ondulante del mar. Los encargados de la administración nos aseguraron de nuevo que Ella aún no llegaba ni la habían visto. Sin remedio entramos cada quien

a su habitación sin decir palabra, cansadas de un día alterado por múltiples emociones y de esa conflictiva y desagradable experiencia frente al mar. Avanzó el resto de la noche con una serenidad inquietante y me quedé dormida rezando por ella, tratando de escuchar su regreso.

Cuando abrí los ojos eran las nueve de la mañana, y a esa hora teníamos el desayuno con la directora de la compañía, que por cierto no asistió, mandó las nuevas promociones y los bonos pendientes con su asistente. Cuando bajé al restaurante todo parecía normal, ya las compañeras disfrutaban de un rico desayuno y platicaban entretenidas, pero Ella no estaba. A un extremo del salón vi a sus dos amigas y me dirigí hacia ellas, pero cuando me vieron se levantaron a propósito a la mesa del buffet, yo capté su actitud así que las seguí y les pregunté: ¿pues qué pasó? Una de ellas me hizo señas para que me callara, entonces tomé un plato y me serví sin apetito un poco de fruta, y ya no pegunté más, algo grave había sucedido y no querían decir.

Llegó desnuda a las seis de la mañana, envuelta en un cubreasientos, el taxista la ayudó a bajarse, porque casi no podía caminar. En el rostro y en varias partes del cuerpo tenía rasguños, golpes y rastros de sangre. Su cabello era una maraña, húmedo, lleno de sal y arena. Empezó a quejarse cuando subió las escaleras y solo llegó a su habitación con ayuda de un empleado y del chofer.

Dicen que duró varias horas tirada en la playa, expuesta al vaivén de la marea y a punto de ser devorada por la bravura del mar.

Durante todo este tiempo los fantasmas de lo ocurrido me han aguijoneado con mayor frecuencia como si la culpa me oprimiera el alma. Debí de haber denunciado su desaparición

aquella noche, y después a los directivos de la compañía por impedir con su silencio que se hiciera justica, pues la enviaron a Juárez sin reportar lo sucedido.

Ahora, cuando miro dormir a mi hija convertida ya en mujer, me asaltan de repente aquellas escenas salvajes a la orilla del mar, como si yo hubiera presenciado aquel acto brutal que divertía a las bestias. Desde entonces hay mil noches en que el insomnio se apodera de mí, escucho la fuerza del viento mezclado con gritos de impotencia y dolor cuando Ella clama justicia desde el fondo de su ser.

Noche de carnaval

Pasamos los días soleados del invierno con la piel expuesta a las más intensas miradas del océano, ya vamos a cumplir un mes en la coyuntura del trópico donde habitan las más extrañas especies marinas del mundo. El calor planetario nos enrojece el cuerpo como si fuéramos camarones intentando salir de territorio enemigo. Al principio, y a simple vista, todo este paisaje paradisíaco nos encantó hasta que el calor sofocante nos adelgazó el espíritu y, sin duda, parte importante de la memoria, por todo ello deseamos salir cuanto antes de aquí, pero tenemos que esperar a que el barco Pirata, promotor de actividades turísticas venga por nosotras la próxima semana. Es verdad que los primeros días aseguramos que este era el lugar ideal para vivir alejadas de la realidad de la cual cada una intentamos liberarnos, pero ahora no sé qué está sucediendo porque muchas compañeras actúan de forma indebida e incongruente y nos hemos convertido en rivales por razones desconocidas; ya cualquier desacuerdo entre nosotras produce verdaderos enfrentamientos.

La última noche, en este pedazo de tierra salada, algunas compañeras decidimos separarnos del grupo y hemos llegado al malecón donde el carnaval sigue desbordándose con excesos de toda índole y cautivando a los turistas con música de remotas raíces africanas. Los nativos del lugar y algunos extranjeros bailan convulsivamente imitando rituales dionisíacos. Su danza despierta instintos frenéticos y la ejecución rítmica contagia a los presentes con una sensualidad desbordante.

Hombres y mujeres portan disfraces multifacéticos diseñados para resaltar mejor las partes eróticas del cuerpo. La mayoría utiliza antifaces simulando rostros de animales y

monstruos. Hay entre la multitud un hombre que inexplicablemente distingo entre los demás, varias veces me encuentro con su mirada felina bajo un antifaz maquiavélico. Un viento frío me recorre la columna vertebral cada vez que me mira hasta que se va alejando y lo pierdo de vista conforme avanza la procesión. El desfile parece interminable: jóvenes, hombres, y mujeres de rasgos caribeños, unas bellas, esbeltas, robustas, y otras estériles, ancianas y hasta esqueléticas avanzan sin perder el ritmo de la música que se percibe estruendosa entre ráfagas de aire. Se establece un diálogo corporal entre las personas más próximas. El tiempo no existe, solo es un método antiguo de evocar el orden.

Después de vagar por ciertas calles retorcidas entre el exceso de la vegetación, entramos a un antro iluminado con luces negras y multicolores. Encontramos varios grupos de hombres que participaron en el carnaval, parecen de diferente raza, pero predominan los de color oscuro. Pasamos aquí entre risas y juegos más de una hora tomando bebidas de frutas exóticas.

En una de las mesas del fondo se encuentran varios hombres sin antifaz, conversan con entusiasmo y de entre ellos se levanta uno de aspecto mongólico que tiene rato mirándome con insistencia. Trato de identificar su mirada impactante, sin embargo no logro precisarla. Encendiendo un cigarrillo cuando él me pregunta acercándose ¿puedo sentarme? No contesto, intento evadirlo, pero Merlina y Chisty lo aceptan sonrientes. El hombre se sienta, y dirigiéndose a mí empieza a platicar sobre los rumores del ambiente nocturno de la isla. Cuenta historias espeluznantes que, según él, han sucedido durante noches de carnaval. Me encuentro tan absorta escuchándolo sin darme cuenta que mis compañeras nos dejan solos, entonces intento levantarme para buscarlas, pero él

me detiene por un brazo y al contacto con su piel siento una sensación indescriptible donde las líneas de terror y gozo se funden al instante.

Despierto entre sueños. Mi mente no tiene claridad, siento una opresión en el abdomen y no puedo identificar el lugar en que me encuentro. Empiezo a distinguir sombras que se elevan y vuelven a descender. El aroma a hierbas quemadas me llega de golpe. Me reconozco desnuda temblando bajo un cuerpo musculoso y húmedo que transpira un olor penetrante. Me sorprendo al tomar consciencia: mi cuerpo arde bajo el dominio de un hombre desconocido que ejerce movimientos cadenciosos de placer. Mi cuerpo se pierde en un vértigo impreciso, pero conforme recupero la cordura me resisto al éxtasis con un hombre anónimo. Escucho palabras en un idioma indescifrable, entrecortadas, rumores de una región extraña y oscura.

Quiero apartarme, librarme de esta pesada carga, pero estoy sujeta, me aprisiona con fuerza. Trato de reconocer el lugar en una habitación de muros manchados por la humedad y el tiempo. Alcanzo a ver, a distancia, un pasadizo iluminado por velas y antorchas, entonces puedo reconocer a lo lejos objetos y muebles antiguos, pero mi ansiedad aumenta cuando no logro distinguir en la oscuridad las facciones del extraño sobre mí. ¡No sé quién es! Al borde de la desesperación intento de nuevo quitármelo de encima, pero es inútil, mantiene mis manos sujetas y elevadas a propósito sobre mi cabeza. No tengo fuerza para zafarme y mientras más me defiendo más aumento su deseo y más se deleita con mi cuerpo sumido en impotencia y tortura ahora por los golpes. Comprendo entonces el verdadero peligro en que me encuentro. ¡Puede

matarme! El dolor se hace intolerable cuando muerde mis pechos. Me siento mareada y creo que voy a desmayarme, ya no puedo soportar más la presencia diabólica que me asfixia con su boca asquerosamente agria y con el peso grotesco de su animalidad. Nadie escucha mis gritos en este lugar oculto.

Me suelta de pronto, se incorpora con la agilidad de una bestia que conoce los terrenos de las tinieblas y se aleja desnudo produciendo un ruido rasposo al caminar. Cuando avanza por el pasadizo las llamas lo alcanzan, entonces puedo mirar, llena de espanto, sus pezuñas de macho cabrío.

El gato

Ese méndigo gato siempre me cayó mal. Apenas me veía y se atravesaba en mi camino para sobarse en mis piernas, cosa que siempre me molestó. Apenas me sentaba y luego, luego iba a restregarse el lomo, pero le quité la costumbre y en cuanta oportunidad tenía aventaba al méndigo gato, hasta que un día mi cuñado me sorprendió golpeando a su querido minino, y olvidando toda clase de modales me dijo: "No lo vuelvas a tocar, porque la vas a pagar caro." Nunca se me olvidaron sus palabras, ni su cara retorcida por el coraje, ni su calva sudada, menos el tono de su amenaza cuando fui a visitar a mi hermana.

No sé bien todavía, ni por qué le empecé a agarrar tanta tirria al mentado gato, tal vez fue solo por molestar, se me fue haciendo tan fuerte esta idea que cuando fui en otra ocasión con Romelia me di cuenta que mi cuñado estaba dormido y entonces me puse a darle patadas al gato con ganas de quebrarle una pata, pero el mugroso salió despavorido para refugiarse en el cuarto donde estaba mi cuñado vencido por el sueño y la borrachera.

Le digo, señor licenciado, que es toditita la verdad: mi cuñado es el único culpable de todo esto, de veras. *Usté* no sabe, pero el muy canijo me puso mal con Abundio, quién sabe qué tantas mentiras le dijo de mí para que me mandara al carajo. Claro que lo hizo con toda intención de perjudicarme, porque bien sabía que yo estaba loca por Abundio. Por su grandísima culpa, mi amor me despreció y me dejó el muy ingrato, cuando yo más *engrida* estaba.

El malvado de mi cuñado me echó a perder la vida. Sabe *usté*, apenas con veinte años y tengo ahora que pasar veinti-

cinco en este méndigo trochil, ¿se imagina *usté*? y todo por su maldita culpa, porque si él no me hubiera levantado falsos, yo estaría ahoritita mismo contenta y feliz paseando con mi Abundio, pero a mi cuñado nunca le caí bien, y me agarró coraje cuando supo que yo odiaba a su méndigo animal.

Fue el gato el motivo de mi perdición y de mi desgracia. Mire *usté* lo primero que me pasó por la mente fue desquitarme con ese méndigo minino y la verdad no me costó ni tantito matarlo.

Cuando supe todo esto que le estoy contando, me fui como alma del diablo a buscar a mi cuñado para reclamarle su infamia, pero por mala suerte no estaba ni mi hermana tampoco, porque andaba con una vecina, según supe después.

Yo entré encorajinada, viera *usté,* lo único que quería era desquitarme pues por sus negras mentiras me dejó Abundio como le vuelvo a decir, y vaya *usté* a saber qué tantos embustes inventó para que me abandonara como si yo fuera cualquier cosa. Me puse loca de rabia y juré mil veces "que me la iba a pagar el maldito calvo" y así me fui repitiendo esto por todo el camino: "ahora mismo va a saber de lo que soy capaz," fui hasta el taller y a la cantina, pero no tuve suerte, pues no lo encontré por ningún lado, por eso me fui hasta su casa.

Cuando entré, llegué aventando las puertas y las cosas sin sacar la navaja, gritándole al desgraciado que se iba a morir, pero pronto me di cuenta de que la casa estaba sola. Llegué al pasillo donde el méndigo gato se tendía de cuerpo entero en un sillón, calentándose con el sol que entraba por la ventana. Me acuerdo que abrió sus ojitos risueños y me miró adormecido, pero en cuando me reconoció, los abrió enormes e intentó saltar, pero yo que tengo reflejos de rayo, lo agarré del cuello y empecé a apretarlo con fuerza.

Claro que se defendió, sus patas se endurecieron y sus mugrosas uñas se me clavaron en los brazos, pero en vez de soltarlo lo apreté más, pensando en el coraje que le daría al calvo cuando encontrara muerto a su adorado gato.

El animal empezó chillar y a convulsionarse entre mis manos hasta quedar suelto como un trapo, y cuando lo vi todo lacio, pues lo solté y en eso fue cuando escuché el llanto. Me di cuenta de que Efrencito se encontraba en la casa y entonces fue muy fácil, fui hasta la cuna, lo cogí del cuello y seguí apretando, apretando. El gato solo fue un ejercicio…

Índice

Agradecimientos.....9

Prólogo.....11

PRIMERA PARTE

Plegarias.....19
¿Ontán todos?.....*21*
Bungee.....23
Fresas y zanahorias.....28
Las hormigas.....32
Punta diamante.....36
Paseo por la ciudad.....42
El suéter rojo.....46
Estilismo y expresión.....49
Azul eléctrico.....55
Navegando en la marea.....58
La clave.....69
La empresa.....74
Incertidumbre.....77
Milleneals.....80
Nuevos inquilinos.....85

SEGUNDA PARTE

Rondalla.....91
Julissa.....93
La boda.....95
Canto a la vida.....98
Terapia.....103

El vestido de olanes.....107
Margarita.....109
El umbral.....121
Princesa del siglo XXI.....127
Radiante.....135
El fuego.....138
Árboles en mi memoria.....141
El filo del miedo.....144
El color.....150
El mundo del olvido.....154
Las flores de Irene.....159
La lámpara de Aristo.....175
Los silencios.....184

TERCERA PARTE
La pequeña Any.....195
La lejanía.....197
La rueca.....199
Droseras.....200
Los juguetes.....203
Acantilados.....205
Viaje a la ciudad antigua.....210
El río.....213
Veintiocho de diciembre.....215
Escarlata.....217
La espera.....221
Visiones.....224
La oscuridad del visón.....227
El círculo.....235
Noche de carnaval.....240
El gato.....244

Árboles
en mi memoria

se terminó de imprimir
el xx de xxxx de 2017
en xxxx

La edición consta de 1 000 ejemplares

Coordinador editorial
Gisela Franco Deándar

Formación electrónica
Leticia Carrillo Girón